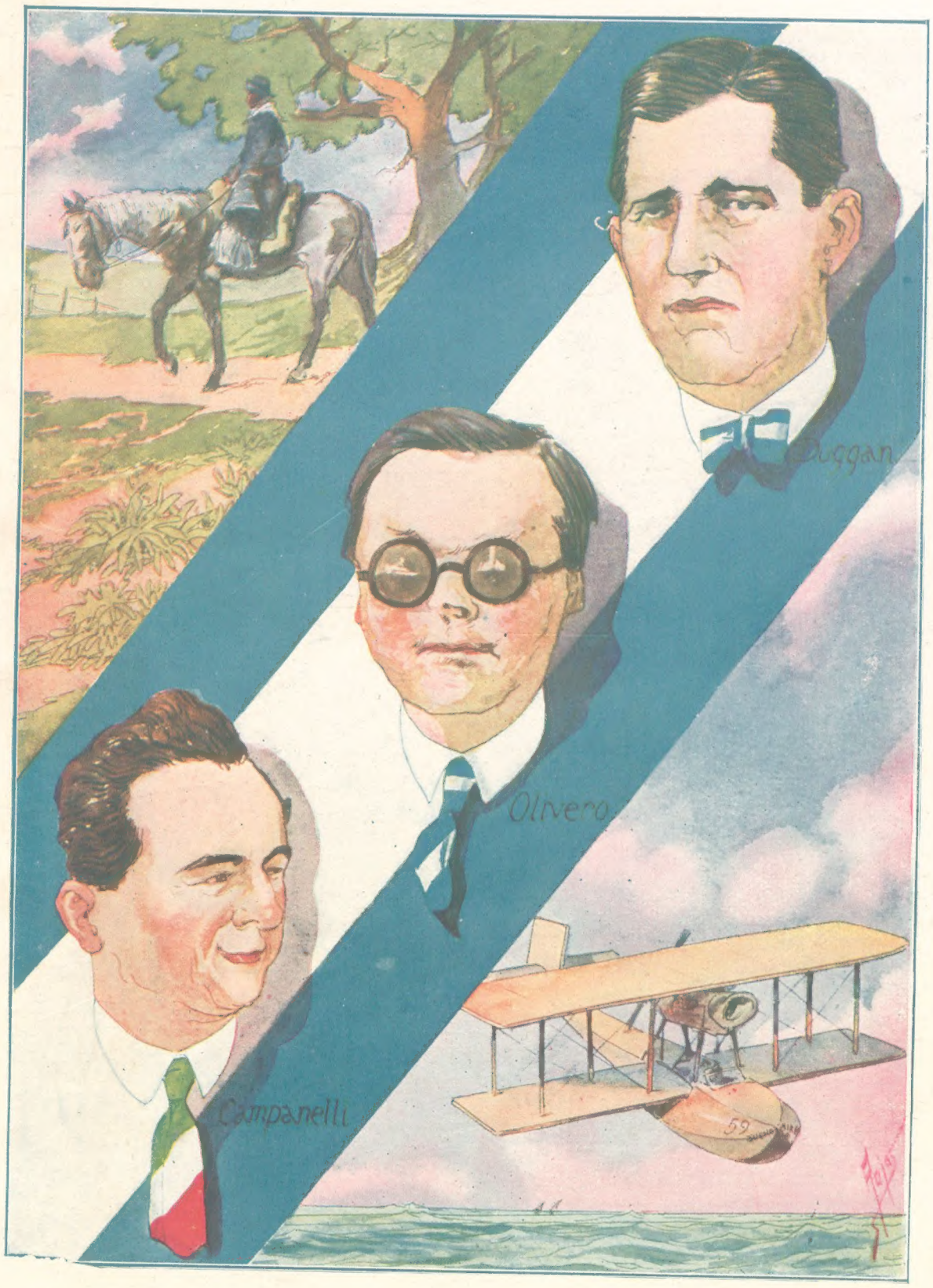
Z/ 13135 : 15,743 (1926)

FRAY MOCHO



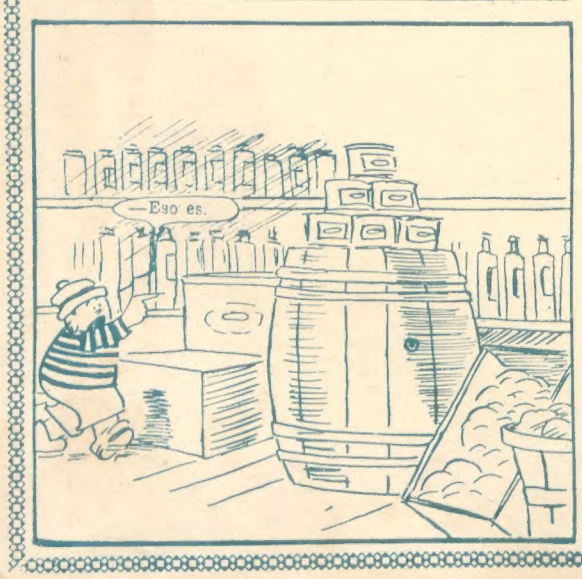
"Blasones de gloria"

(Por ROJAS)

N.º 743

20.7.1926.

AVENTURAS DE PIPIRI



FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 20 de julio de 1926 — N.° 743

Ibero-Amerikanisches Institut Berlin Preußischer Kulturbesitz

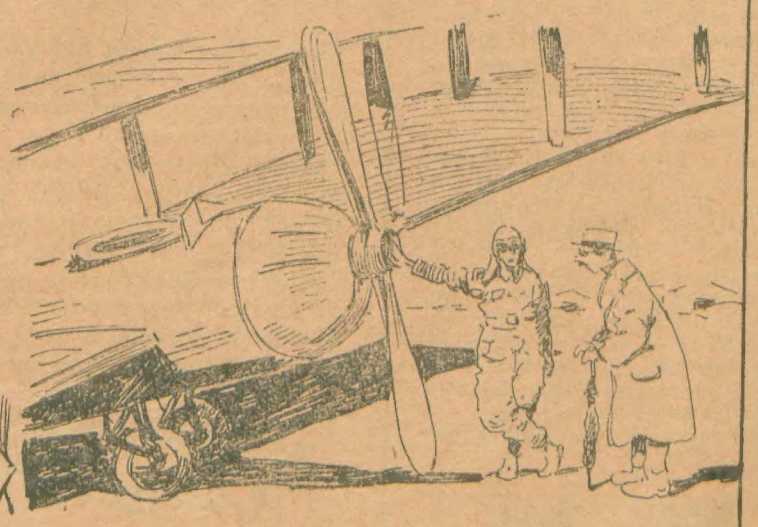
ASI ES LA COSA...., por Rojas

—Voy a ver si me hacen una suscripción en algún diario.
—¿Es usted mecánico de aeroplanos?
—No, señor; pero he venido desde Caballito a la Plaza de Mayo a pie, con botines apretados y callos, y en una sola etapa. ¿Qué me dicen de eso Rada y Campanelli?

—Lo de las minas parece que no se arregla en Inglaterra.
—Vea, para eso de las minas, hay que dejarnos a nosotros.

—El reloj que regaló el gobierno austro-húngaro a nuestra ciudad, que estaba en Perú y Alsina y que luego lo trasladaron a la Plaza de Rodríguez Peña, ahora lo quitan de ahí con el fin de colocarlo en el Botánico. ¿Para qué harán eso?
—Para demostrar que es un reloj que anda.

—Los Estados Unidos han manifestado que si han construído una poderosa flota de guerra ha sido para proteger su comercio.
—Es la teoría del asaltante, que para sacarle a uno el dinero, lo amenaza con el cuchillo.



—¿Y ésta hélice, da muchas revoluciones por minuto?
—Unas dos mil revoluciones.
—Como en Portugal.

La venganza de las rosas

Por Víctor Pérez Petit

Era un gusanillo joven, lleno de vida. Paseaba orgulloso por los enarenados senderos del jardín, echando requiebros a las flores y mirando con afectado desprecio a las locuelas mariposas.

—¡Las mariposas! ¡Bah! Son un pingajo de zaraza chillona arrastrado por el viento,—decíales a sus amigos cuando veía alguna discurriendo de flor en flor; y lo decía con un tonillo de superioridad que disimulaba muy bien la envidia que las tenía.

—Nosotros cuando caminamos, contoneando el flexible busto, somos más elegantes — argüía otro gusanejo joven, de color verde pálido.

—Justamente. Y además, sabemos amar y sabemos mentir. No vamos de flor en flor dando volteretas como titiriteros y sin disimular nuestra inconstancia. Nosotros hacemos la conquista de una hermosa lentamente, científicamente; la poseemos después con todo el ardor de nuestros sentidos, y, para abandonarla más tarde, siempre guardamos las buenas formas.

Forzoso le es confesar al cronista de esta verídica historia, que todo ese raciocinio era completamente falso y que, a haberlo oído un sofista griego, se hubiera quedado con la boca abierta. Pero no nos debemos asombrar por ello: por los tiempos que alcanzamos, sabe más un gusanillo moderno que todos los filósofos y moralistas griegos de la antigüedad. Mas lo cierto es que entre el amor de las deschavetadas mariposas y el de los reflexivos gusanos, era preferible el de las primeras. Serían ellas volubles, inconstantes, desamoradas; irían de flor en flor ofreciendo sus amores, más efímeros, ¡ay!, que el rápido batir de sus alas cargadas de luminosas pedrerías; pero no hacían daño alguno, y con un beso robado, con un beso furtivo, quedaban satisfechas. Las flores, en la mayoría de los casos, no tenían tiempo ni de ruborizarse. Eran paseantes atrevidos que les robaban un beso. — En cambio, el amor de aquellos otros calaveras era muy temible. Llegaban traidoramente, se insinuaban poco a poco, y una vez conquistada la presa, no la dejaban sin funestas consecuencias. En el jardín se recordaban numerosas víctimas de tales mozalbetes. No había más que echar un parrafito con el jardinero para convencerse de ello.

—Son una calamidad, señor,—decía el buen hombre;—son una verdadera plaga. Nada respetan y toda vigilancia es poca. Y lo más grave, es que prefieren las rosas más bonitas, esos capullos blancos apenas entreabiertos que tanto gustan a la señorita de la casa.

Y así era, en efecto. Las fechorías de nuestros galanes no tenían número. Infinidad de hermosísimas rosas blancas, de virginal inocencia, habían caído entre sus brazos y habían muerto después al ser abandonadas por sus pérfidos amantes. Decidme, pues: ¿no era preferible al de estos seductores el amor fugitivo, el arrebatado *flirt* que a las rosas concedían las atolondradas mariposas?

Pero, no es ésta una historia grave, filosófica, y huelgan por consiguiente, las reflexiones morales. Es historia de flores e insectos, para niños, nada más. El cronista debe, pues, concretarse a narrar los hechos lo más agradablemente que pueda.

Llegó, entonces, una hora en la que el gusanillo calavera se sintió hastiado del jardín en que vivía.

—Necesito otros horizontes, amigos míos,—dijo a los bribonzuelos que le escuchaban. — Estoy aburrido de estas rosas angelicales que caen en nuestros brazos como estrellas que se apagan. Estoy harto de estos senderos estrechos, tirados a cordel, pequeños, ribeteados de mirtos. Me abruman estos cuatro arbolitos locos que apenas me prestan sombra. Yo quiero otros amores, otros amores sabios, refinados, exquisitos, que latigueen mis cansados nervios y me procuren sensaciones violentas y desconocidas. Voy, pues, a buscar otro país, otro teatro más amplio para mis conquistas, esos bosques y selvas de que se nos ha hablado tantas veces.

Y todos le vieron partir, lleno el corazón de envidia y los labios cargados de cariñosas despedidas.

* * *

Pasó mucho tiempo después sin que se recibieran noticias del viapero,—un día, dos... ¡qué importa el tiempo, si el tiempo es una medida convencional?—y ya se le creía muerto, cuando un buen día entró al jardín un triste caminante, creo que era un escarabajo, que afirmó haberle visto.

—¿Qué es de él? ¿Qué hace? — preguntaron sus amigos.

—¡Oh! El pobrecillo está completamente perdido, — contestó el viandante. — Si le viérais, no le conoceríais. Era antes un joven listo, arrogante, lleno de fuerza, y de vida; hoy es un pobre ser contrahecho, deforme, tuerto, perniquebrado raquítico, lleno de pústulas, sin fuerzas y casi sin vida.

—¡Qué horror!—exclamaron todos a la vez;—pero, ¿qué ha hecho ese loco para reducirse a tan extrema condición?

—No sé nada a ciencia cierta,—replicó el escarabajo, restregándose las patas filosóficamente.—Hay, al respecto, cierta historia que no sé qué visos de verdad puede tener. Se habla de una rosa hermosísima, color de fuego, exuberante de vida y de perfumes, que cortejaba el infeliz. Aquella rosa era una maga terrible y perversa. Conocía las hazañas del gusanillo y su inconstancia. Entonces un propósito fatídico se incubó en su alma. Durante algún tiempo no bebió más agua que la de un estanque corrompido que había cerca de su rosal,—estanque que, al decir de algunos, estaba formado por todas las lágrimas amargas de las rosas engañadas, — y cuando hubo envenenado con ellas su propio organismo, concedió la cita que su galán le pedía.

—¡Oh, dame tu amor; dame tus besos; dame tu fiebre! — le dijo el desdichado, transportado por la pasión.

—Sí, yo te daré todo mi amor, toda mi fiebre, — replicó la maligna hada, con una sonrisa imperceptible. — Yo te daré besos de amor, sabios, refinados, exquisitos, que quemen tu cuerpo y destrocen tu alma. Ven, amor mío...

Y la maga sombría empezó a llenar de besos no sólo el rostro, sino todo el cuerpo del doncel; y donde ella ponía los labios, brotaba en seguida una rosa... Pero, ¡ay! poco tiempo después, todas aquellas rosas sobre la piel del gusanillo, se transformaron en pústulas...

—Basta, basta,—clamaron todos, mirando con espantados ojos al negro escarabajo. — Nuestros padres nos han mentado ya esas crueles historias, pero nosotros no las creíamos ciertas.

Y bajando más aún la voz, murmuraron:

—Es la venganza de las rosas.

Los aviadores del "Buenos Aires"

¡Cada vez más se vencen los misterios profundos
con la sabiduría y el esfuerzo del hombre...!
Un día un navegante genovés, cuyo nombre
vibra en los corazones y estremece los mundos,
con sus tres carabelas y su visión suprema
de hollar tierras incultas, se dió a la mar gigante,
con esa fe grandiosa que alienta al navegante
que lleva una corona de sueños por emblema!
Y hoy son dos valerosos hijos de nuestra pampa
en donde el sol colora la espiga prometida,
la espiga que conserva mil gérmenes de vida
y en ella el viento llora y sus besos estampa!
Hoy son dos hijos nuestros y otro que comparte
de su hazaña, en la Italia soberana, nacido,
en esa vieja Italia que a América ha ofrecido
el brazo de su prole y el pabellón de su arte!
Alzaron un buen día los bravos aviadores
su pájaro mecánico, sin temor ni desvelos,
en la ciudad sonriente de altos rascacielos,
de las grandes poleas y los regios motores!
Lo hicieron con la misma e idéntica hombradía
que lo hizo no ha mucho un hombre cuya hazaña
lo culminó de gloria, un hijo de esa España
grande, por sus conquistas, bella, por su hidalguía.
Vencer el gigantesco y escarpado camino
de las nubes; los riachos, los montes y llanuras
y escribir las tres letras de "Paz" en las alturas,
uniendo dos Américas, fué su anhelo divino.
¡Y así lo han hecho! Nada detuvo el arrogante
impulso de sus almas; nadie mató su anhelo,
ni lluvias, ni huracanes, ni el imponente cielo
mil veces horadado por el ave gigante!

. . . . . .

Simbólicos cóndores que buscaban las claves
de los astros en lo alto con el gran hidroavión,
que palpita loco igual que un corazón,
entre nubes y aves!
Simbólicos cóndores, ahora que habéis traído
a nuestra patria el beso de paz de otras naciones,
¡Salud! os dicen todos, todos los corazones
que habéis con la pujanza y la fe conmovido!
¡Salud! os dice el viento que da su serenata
y luego por los campos de verdura se expande.
¡Salud! aves fantásticas, también musita el Ande,
y bienvenidos, dice, con su canción el Plata!

Félix B. Visillac

SINTÉTICAS

MILITARISMO

El hombre no se ha contentado con invadir la tierra, el mar y el aire, con numerosos e infernales elementos de destrucción y de combate, sino que ha tenido la malhadada ocurrencia de asociar a sus bélicos propósitos, la pacífica existencia de los seres inferiores, complicándoles en el crimen de la guerra. Caballos, mulos, bueyes, elefantes, camellos, palomas y perros, sustraídos a la órbita de sus naturales funciones, se hallan hoy en pie de militarización y se les obliga a formar, como unidades, en el vasto organismo de las fuerzas armadas.

Durante el reciente desfile militar del 9 de julio, la población de Buenos Aires ha contemplado, por primera vez, el paso de una sección de perros del ejército, perfectamente amaestrados, que marchaban confundidos con los vistosos uniformes y arreos de las tropas de línea. Digamos, en honor de la verdad, que el pelotón canino se ha portado con toda corrección. Ni los acordes de las bandas, ni los aplausos de la multitud, ni siquiera la presencia de alguna emperifollada e insinuante cuzquita de sedosa piel, que, desde los brazos de su ama, les saludara con mimosos ladridos, fueron bastantes para turbar la seriedad de su paciente actitud. Esclavos de rígida ordenanza, haciendo gala de una disciplina a toda prueba, los canes, atentos a su cometido, desfilaron resignados y serenos, si bien con un poco de tristeza en la noble mirada, por el extraño destino que cometiera con ellos semejante perrería...

PROFESIONES LIBERALES

La crónica policial de estos días, ha dado cuenta de que uno o más ladrones, penetraron en el domicilio de cierto abogado de esta capital, y cometieron un robo.

Los rateros no sustrajeron ni dinero, ni alhajas, ni ropas, sino varios ejemplares del Código Penal, sin duda porque han juzgado que lo de más valor para ellos, era meterse la ley en el bolsillo.

Ante este caso estupendo, hay que reconocer que o bien estamos en presencia de unos grandes ironistas, o, lo que es más probable, que la profesión de alzarse con lo ajeno ha llegado a tal grado de perfeccionamiento, que los cacos necesitan los códigos para utilizarlos como instrumentos de la profesión.

COSAS DEL CABLE

Según informaciones procedentes de Colonia (Prusia), frente a las playas de dicha ciudad, naufragó recientemente un buque con cargamento de vinos. Muchas personas presenciaban desde la orilla, el espectáculo del hundimiento. De pronto, un estremecimiento recorrió las filas de los curiosos; dijérase que, ante el peligro de que las aguas se mezclasen con el precioso líquido, consumando una abominable profanación, Baco tocó en el corazón a sus fieles y uno, diez, veinte, cuarenta denodados salvadores se arrojaron al mar, dispuestos a arrebatar su presa a las olas.

La jornada no pudo ser más brillante: gran cantidad de envases fueron depositados en la orilla, entre los aplausos de la multitud. Pero faltaba el acto más patético: los heroicos salvadores, creyéndose con derecho a una recompensa, resolvieron beberse el contenido de los recipientes, y, poco después, quedaron ellos convertidos en los verdaeros náufragos.

Tendidos sobre la arena, numerosos cuerpos inertes daban la macabra sensación de una espantosa catástrofe que parecía marítima, pero que era vinícola. Las ambulancias se dieron prisa en transportar los inválidos adonde inmediatamente recibieron los auxilios médicos; pero, por desgracia, habían tomado tan a pecho su papel, que hubo que lamentar nada menos que cinco defunciones.

Héroes de esta clase son comunes a todos los países; y en el nuestro, a Dios gracias, existen pocos con derecho a que los inmortalice el bronce.

EL SUSTITUTO

por Marcelo Peyret

Federico Hernández, como un gran número de hombres, no conocía del amor más que las caricias que había comprado en las mancebías. En las mujeres honestas que habían pasado por su vida nunca llegó a cosechar otra cosa que besos. Un poco por timidez, otro poco por impericia, nunca había pasado más allá. Y es que a Federico Hernández, como a muchos hombres, le resultaba un difícil problema el hecho de proponer algo, que los avezados jamás proponen: provocan y toman. Es quizá debido a ese error de táctica que el matrimonio conserva tantos adeptos: no es tan solo el logro de un ansia sentimental, sino la conquista de la mujer, de esa mujer que se da y a quien se toma con el placer, nunca gustado, de saberla de uno.

Pero la situación de Hernández, que en la mayoría sólo es un ansia insatisfecha, era en él una gran angustia.

Escribiente de un literato afortunado en lides amorosas, el pobre muchacho era un sediento condenado a vivir a la vera de un torrente cuyas aguas cristalinas, frescas y rumorosas le avivaban de continuo una sed que jamás podría aplacar en ellas.

Su patrón, Hugo Frías, era un novelista mimado por las mujeres. Infinidad eran las cartas femeninas que diariamente recibía, entre cuyas firmantes él elegía a sus amantes, amantes pasajeras que lo hastiaban, quizá debido al poco trabajo puesto en conquistarlas, quizá porque su gran número le impedía fijar mucho tiempo la atención o el deseo en una de ellas.

Como carecía de tiempo o de voluntad para contestar su correspondencia literaria-amatoria, dividía las cartas que recibía en dos grupos: las que le interesaban y las que no le interesaban. A ambas contestaba su escribiente, copiando a máquina uno de los tres modelos de contestación que el literato había confeccionado; al primer grupo correspondía el modelo N.° 1, en que en bellas frases se pedía un retrato y al segundo con el modelo N.° 2, en que diplomáticamente se agradecía "los generosos conceptos" y se "lamentaba que un viaje a provincias me impida por ahora solicitarle el honor de conocerla personalmente". Cuando las del primer grupo contestaban, enviando sus fotografías, el literato elegía las hermosas, a las que su escribiente enviaba el modelo N.° 3 en el que después de alabar a "su incomparable belleza" se solicitaba una entrevista. A las otras se contestaba con el modelo N.° 2, ligeramente reformado, pues se unía a la alabanza, a la belleza, la postergación del "honor de conocerla personalmente".

Federico Hernández asistía, lleno de envidia al espectáculo de esa ternura ofrecida y rechazada, o aceptada y despreciada después. ¡Y pensar que él, nunca, jamás podría conquistar a una de esas encantadoras enamoradas a las que el hartazgo de su amo cerraban las puertas!

¡Tantas mujeres dispuestas a amar, llenas de benevolencias para el seductor, resueltas a no negarle nada, conquistadas de antemano, y él, mísero mortal, debía contentarse con las caricias compradas en la mancebía!

Hasta que una tarde se rebeló.

Su patrón habíale dado orden de desahucio contra una espléndida mujercita que acababa de enviarle su retrato.

El escribiente, extrañado, aventuró una protesta.

—¡Pero, es hermosa!

—Sí, hijo, pero a pesar de ello, ya sabes, el N.° 2 reformado. Estoy invitado a pasar un mes en el campo, en casa de un amigo, y no quiero preocupaciones.

—¡Qué lástima!

—¡Bah! No hay mujer que valga el sacrificio de una temporada como la que voy a pasar.

Esa tarde le dejó encomendado el original de una novela para que lo pasase a máquina y se fué a gozar de los placeres del campo.

Hernández quedó como único dueño del escritorio de su amo. Púsose a la máquina, copió el modelo N.° 2 reformado, lo ensobró, escribió la dirección de la destinataria y luego, tomando los manuscritos de la novela comenzó a pasarlos en limpio.

El capítulo que tenía bajo los ojos transcurría en pleno idilio. La heroína, vencida por las argumentaciones del protagonista, se entregaba, ebria de amor. Hernández no pudo escapar a las sugestiones del tema.

—Yo nunca podré vivir algo parecido — se dijo. Y continuó tecleando.

Pero la imaginación, esa pícara imaginación, culpable de todos sus errores de dactilógrafo, comenzó a hablarle al oído.

—¿Por qué no? — le decía. — ¿Acaso no eres tú un hombre joven, más joven que tu amo, bien parecido, mejor parecido que él, y con un enorme caudal de ternura, superior, muy superior a la que él en mínima parte posee? El es un egoísta, un mercader de la pluma, un seudo artista... Tú eres un artista de verdad toda vez que sientes a la belleza, aunque no la puedas expresar...

Hernández se equivocó. Apretó la tecla de la "a" en vez de la de la "m", que se halla muy distante.

Cuidadosamente borró el yerro y continuó su trabajo. Pero la imaginación estaba en vena de hablar esa tarde. Continuó susurrándole al oído:

—Tú también serás amado... porque lo mereces...; todo consiste en encontrar un medio, en ingeniarte en hallarlo...; mira, si tú no fueras tan apocado, si no te asaltaran las estúpidas timideces que te paralizan ante las mujeres, tú también correrías aventuras.

Hernández dejó de trabajar. Ahora sentía una necesidad ineludible, irremediable de amar y ser amado. ¿Pero, cómo hacer? Sus ojos se posaron en el sobre escrito a la desdeñada. Lo rasgó y cogió el retrato. ¡Qué espléndida mujer! Era hermosa y estaba dispuesta a amar; cruzaba como él por un instante de crisis sentimental que la impulsaba a ir en busca del amor. Y su amo, el imbécil de su amo, la dejaba plantada, la despreciaba, sin sospechar todo lo que perdía.

¡Si estuviera en el lugar de Hugo Frías!

Hernández no quería ni pensarlo. Pocos le serían los momentos para escribirle, suplicándole una entrevista, para arrojarse a sus pies, una vez conseguida, y para amarla... ¡Oh! para amarla como él solo se sentía capaz de amar.

¡Si él fuera Hugo Frías!

Y entonces, de improviso, oyó una voz que le decía:—¿Y quién te impide serlo?

Permaneció unos instantes dominado por la emoción. Su cerebro elaboraba ideas y más ideas con una actividad desusada. Sí; él podía transformarse en Hugo Frías, aprovechando la ausencia de su amo. Escribiría al original de la fotografía.—Elena P., — usando el formulario N.° 3. Y... lo asustó la magnitud del proyecto. ¡Si su amo se enteraba, o si ella descubría la superchería! No, no había ni que pensarlo.

Volvió a mirar el retrato. Vió la boca, una boca pequeñita, de perfecto dibujo; los ojos, grandes, soñadores, el cuello grácil, el cabello ondulado... y pensó él si podía besar y ser besado por esa boca, mirarse en esos ojos, acariciar ese cuello, hundir sus manos en esa cabellera. Podía amar y ser besado por Elena — ahora ya le llamaba así — por Elena, que sería dulce, tierna, buena, cariñosa... y que lo admiraría, que lo admiraría, sí, porque había notado que su amo no necesitaba tomarse mayor trabajo para agradar. Todo estaba hecho ya por sus libros; a él sólo le restaba recoger la cosecha de emoción sembrada en sus páginas. Cualquier cosa que dijera, en cualquier forma que se comportara, siempre era interpretado bien. ¡Ellas estaban tan dispuestas a ver excelsitudes en su ídolo, que la realidad no era tomada en cuenta!

A Hernández lo molestaba ese pésimo concepto, ese nulo valor que su amo asignaba a las mujeres, en la vida, después de tanto alabarlas en sus novelas. Una vez que habíale significado su extrañeza, el literato le contestó:

—Si yo dijese en mis novelas lo que pienso, no vendería ni un solo ejemplar.

La torre mas alta

La torre más alta, madre,
es la torre de aquel pueblo,
la torre de aquella iglesia
hunde su cruz en el cielo.

—Dime, madre, ¿hay otra torre
más alta en el mundo entero?
—Esa torre sólo es alta,
hijo mío, en tu recuerdo.

Tu brazo de siete años
alcanzaba sin esfuerzo
una piedra a sus campanas,
¿te acuerdas, hijo?—Me acuerdo...

Pero la torre más alta
del mundo, es la de aquel pueblo.

FERNANDEZ MORENO.

A CANTAR

Vamos a cantar, hermanos, canciones de esperanzas, como en las tardes moribundas, bajo el rosicler de los celajes y el poniente sol de primavera.

Vamos a hilar ensueños, contemplando a Natura, mientras la parlería loca de los pájaros vaya aquietando los corazones.

Soñadores: para amar el silencio vamos andando; que la paz será con nosotros en la hora del crepúsculo, cuando tienen las fuentes sus líricos acentos y brindan sus armonías las campanas de bronce del anochecer.

Amemos el silencio, bajo la sombra, que el inquietante dolor tendrá calma en la quietud, porque las lágrimas no temblarán en los ojos y no modularán los labios los verbos del hastío.

OSCAR ALBERTO IBAR.

Quizá por ello, o bien debido a su falta de interés, él las trataba displicentemente, dejándose adorar, pagándoles a veces con desaires sus tiernas solicitudes.

Y Federico Hernández se sintió amado, solicitado, transformado en el objeto de las ansias de Elena. Entonces ya no reflexionó más. Rápidamente copió el modelo N.° 3 y lo ensobró después de rasgar el N.° 2, ya copiado.

Al ir a poner la carta en el buzón tuvo un último instante de vacilación. Pero lo ahogó bien pronto con sólo pensar en los ojos, en los labios, en el cuello y en la ternura de Elena.

* * *

A las tres era la cita "en su despacho", y a las dos ya se hallaba Hernández adoptando posturas y ensayando frases. La recibiría sentado ante "su mesa de trabajo", mientras fingiese escribir. Había dispuesto los originales de la última novela de Frías, la que él estaba pasando en limpio, sobre la mesa - escritorio, y con un lápiz en la mano iba recorriendo los renglones, como si le estuviera dando los últimos toques.

Había tardado toda la mañana en hacerse el tocado, tratando dentro de lo posible en remedar a su amo. Una hora trató en conseguir el "negligé" de la corbata y los cabellos, peinados como al descuido, le llevaron otra hora. No era fácil conseguir que un mechón, un solo mechón, cayese sobre la frente obedeciendo a un imperceptible movimiento, para dar lugar a que él lo echase para atrás con el mismo ademán indolente con que lo hacía Frías, y que tan bien le sentaba.

Se trazó un plan de combate. Tenía ya preparadas las frases oportunas con que lo iniciaría, mientras la hiciera sentar a Elena a su lado, en el amplio sofán del estudio. Después... Preparó mentalmente frases y acciones. Sin pedírselo, a medida que la hablaba, y tomando entre las suyas una mano de ella, se acercaría y la besaría.

—Perdón: en mis labios no cabía otro homenaje; la frase era muy pálida y buscó al beso...

Sí, así lo decía el protagonista de la novela: capítulo XII, página 326.

Ella quedaría turbada, fingiendo enojo. Entonces él agregaría:

—Si no quiere conservarlo — y sonreiría con infantil ingenuidad— devuélvamelo usted...

Capítulo XII también, página 327

Hernández no cabía en sí, de gozo. Sus nervios, su cerebro, su corazón, estaban vibrando con una excitación loca.

Se puso de pie, y sin poderse contener se entregó a una improvisada gimnasia. Gesticulaba, movía los brazos, saltaba, como si fuera un niño que esperara un juguete nuevo. Tenía necesidad de moverse, de desplegar energías y hasta hubiera gritado si no fuera por el temor a los vecinos.

Estaba en medio del despacho, entregado a sus vehemencias, cuando unos golpes dados en el cristal de la puerta lo inmovilizaron en el sitio. Con la respiración anhelante y un temblor en todo el cuerpo, se dirigió al sillón del escritorio donde quiso adoptar la postura premeditada.

—Adelante—dijo, o más bien dicho, quiso decir, pues la voz se le ahogó en la garganta.

Los golpes volvieron a hacerse oír.

Hizo un esfuerzo y con voz débil, desfalleciente, articuló:

—Adelante.

Se abrió la puerta, y Elena, la Elena del retrato, mil veces más bella en la realidad, se diseñó en el marco.

Instantáneamente Federico Hernández se olvidó de todo lo que había preparado: frases, ademanes, sonrisas, posturas, se transformaron en una estúpida inmovilidad.

—¿El señor Hugo Frías?

Tuvo que hacer un esfuerzo para retener la frase que se le escapaba: "Ha salido".

Débilmente, vergonzosamente, contestó, poniéndose de pie:—Servidor de usted.

Y se calló. No supo decir más. El esfuerzo lo había agotado. Pero bastaba para transformarlo en el otro, para vestirlo con la personalidad de Hugo Frías.

La joven, tras esperar unos minutos, una pregunta que no hizo, se decidió a presentarse.

—Siéntese usted, se lo ruego.

Estaba más muerto que vivo. Torpemente se dirigió hacia ella y le indicó una silla apartada sola. Como él no hallara donde sentarse, volvió al sillón del escritorio, y como no hallarla qué decirla, sus ojos se refugiaron en el original de la novela.

—Quizá lo molesto a usted. Tendrá que trabajar.

—No, ¡qué esperanza! No tengo nada que hacer.

—Comprendo que he hecho mal en venir; que usted pensará mal de mí. Pero...

Y mientras él la escuchaba, incapaz de interrumpirla para decirla que no pensaba nada, que estaba loco de contento con que ella hubiera ido, Elena le habló de sus grandes deseos de conocerlo, de las vacilaciones tenidas antes de decidirse a escribirle, y de cómo las había vencido a todas con el ansia largo tiempo acariciada de conocer al hombre que la había hecho sufrir y gozar con sus novelas.

—¡Conoce usted tanto el alma de la mujer, que ha de ser benevolente conmigo!

Continuó hablando mientras Hernández se reponía, volvía en sí, reaccionando de su estúpida turbación. Pero ella no se daba cuenta de ese estado, tan lejos se hallaba de suponerlo. Hernández, es decir, Hugo Frías, era un hombre demasiado acostumbrado a esos lances para preocuparse de agradarla. Bien lo comprendía ella y renovaba sus excusas por el tiempo que hacía perder a "su novelista", al grande hombre.

Y el grande hombre, haciendo un esfuerzo le dijo dos o tres frases tontas y la condujo al sofá, donde ambos, muy separados, se sentaron.

Hernández buscaba inútilmente las frases preparadas. Una sola, la del capítulo XII, renacía en su memoria, pero trunca y con la sintaxis alterada. Entonces, sintiéndose en ridículo tuvo una gran corazonada. Y sin previo aviso, sin ninguna preparación se lanzó sobre Elena y la besó. Esta ahogó un grito. Luego, al verse tratada así, brutalmente, sin consideraciones, su ilusión, su fe en el escritor se vino abajo. La trataba como a una aventurera, como a una trotacalles. Y como la única culpable era ella, se puso a llorar.

Hernández, desconcertado por su acto, la miraba en silencio. ¡Qué bella era! Su piel, finísima, blanca, parecía trasparente, dejando ver los hilos azulados de las venas del cuello, que se hincharon por el esfuerzo del llanto. Sus ojos, unos magníficos ojos azules, empañaron con lágrimas su augusta serenidad, y su boca, esa boca de milagro, empurpurada de sangre, se entreabrió para que saliera el suspiro que le henchía el pecho.

Entonces Hernández, ante el magnífico espectáculo de esa belleza llorosa, sintió que su corazón también se henchía, que le ocupaba todo el pecho, y que transformado en un torrente de palabras se le escapaba por la boca.

No, no eran las palabras aprendidas, las galas prestadas, la elocuencia ajena. Era él, él solo el que hablaba, el que suplicaba, el que recitaba la oración de su ternura.

¡Qué elocuente estuvo! ¡Con qué tierna solicitud la consoló, la arrulló, la envolvió en la dulzura de sus protestas de amor! Ella no debía llorar, porque era un crimen que llorara, porque él la quería, la quería mucho, mucho.

Y ese "te quiero, te quiero", ese sencillísimo "te quiero", adquiría una elocuencia formidable. Y es que en amor, la elocuencia no reside en las palabras, en las bellas frases, en los conceptos bien aderezados: está toda en el tono de la voz, en el brillo de los ojos, en la actitud del enamorado.

Y Federico Hernández, que acababa de reconcentrar en ese instante sus largos años de reconcentradas ansias, de deseos de cariño, su enorme sed de ternura jugó una escena de amor como quizá Hugo Frías no fuera capaz de escribir.

* * *

—¿Me quieres?

—Con toda el alma.

Elena, la dulce Elena de sus sueños no había sabido negarle nada. Estaba loca con su poeta, con su grande hombre. Y Federico, loco también de dicha, se asombraba de lo fácil que era conquistar a una mujer, siendo hombre célebre.

Su patrón dejó de parecerle un hábil tenorio: todo el secreto estaba en un poco de audacia: el resto lo hacía la fama, la aureola de que estaba revestido. Federico se asombraba de que sus frases triviales, a las que él no asignaba importancia alguna, fueran interpretadas como poseedoras de ocultos sentidos que él no sospechara.

Todo lo que él decía parecía bien, profundo, cargado de intenciones. En su calidad de escritor, él no podía expresar ninguna vulgaridad, y como sólo vulgaridades se le ocurrían, cuando era imposible desentrañarles un sentido, se las admiraba lo mismo, creyendo que ese sentido era tan sutil que no se alcanzaba a percibir.

Pero no todos los inconvenientes de esa relación se reducían a la confección de frases. Hugo Frías, el verdadero, anunció su vuelta,

PLAZA HOTEL

DE

MENDOZA

Soberbio edificio, el más lujoso, el más confortable, el mejor amueblado del interior de la República.

Cien dormitorios con baños, espléndido salón de baile, gran terraza de sesenta metros de largo por quince metros de ancho, ubicado en la Plaza Independencia haciendo *pendant* con la Casa de Gobierno.

Casino del Plaza Hotel

LEY N.° 832

SALONES DE RULETA, BACCARAT, TREINTA Y CUARENTA. VENTA DE BOLETOS DE LAS CARRERAS DEL HIPODROMO DE PALERMO

Horario: de las 18 a las 21 y de las 23 a las 2.30.

La Administración

cuando Federico estaba en pleno idilio. Era necesario que el embuste no se descubriera. Rogó a Elena que dejara de concurrir al escritorio, diciéndole que se mudaba. Sus citas se realizaron en otros sitios, pero aun así se corría el peligro de que cualquier causa imprevista motivara una catástrofe. Temiéndola, Federico Hernández decidió estabilizar su situación. Era necesario que Elena conociera la verdad, pero debía llegar a ese conocimiento, poco a poco, después de estar preparada convenientemente.

Fué entonces que el enamorado se mostró realmente hábil. Siguiendo el ejemplo del escritor, comenzó a tratar con displicencia a su conquista. Sabía que con eso, lejos de alejarla, la atraía más a su persona. Nunca se desea tanto una cosa que cuando no se ha alcanzado o cuando se siente la inminencia de perderla.

Elena no fué una excepción a esa regla. A medida que sentía que su gran hombre se alejaba de ella, su amor acicateado por el peligro de perderlo, se intensificaba más y más. Hasta que después de una quincena de inquietudes, de ruegos y de lágrimas se planteó la escena magistralmente preparada por Federico.

Fué una tarde, en que él acudió tarde a una cita.

—Ya no me quieres, Hugo.

El hizo un gesto de fastidio:

—¡Bah! Siempre lo mismo...

—¿No ves? te fastidio... te aburro...

—No, no es eso... sino que no podemos estar siempre así... Todo tiene su desarrollo natural. Yo no puedo estar dedicado a ti continuamente, como un tinterillo...

—Es que no me quieres.

—No; es que tengo otras ocupaciones. Mi labor...

—Tu labor... dí más bien que otra mujer...

Se calló para que él se defendiera. Y Federico astutamente no se defendió.

—¿No ves? Otra mujer... estoy segura...

Se puso a llorar. Entonces, Federico comenzó a consolarla sabiamente. Ella no debía ser celosa; debía comprender que él, como novelista se movía en un medio propicio a la tentación. El no amaba a ninguna, a ninguna más que a su Elena, pero...

—¿A qué insistir sobre estas cosas?

No debía dar importancia a esas aventuras; él lo hacía únicamente por debilidad y quizá también por un poco de vanidad.

—Sucumbo más que al amor — todo tuyo — al halago. Son gajes del oficio. Llega una admiradora, le habla a uno con entusiasmo... y... uno se deja llevar, inconscientemente... pero es a tí, únicamente a tí, a quien quiero.

La besaba mimosamente, cariñosamente.

Elena, entonces, lanzó la frase que él esperaba.

—El oficio... ¡Oh, cómo lo odio a tu oficio!

—¿De veras?

—De veras, sí. En un principio me llevó a tí; por eso lo amaba; hoy que nos separa, lo odio...

Federico Hernández reeditó la alegría de Cyrano en el cuarto acto. Elena — su Roxana — era a él a quien amaba y no a Cristián. — Hugo Frías en su caso.

Insistió, saboreando la situación.

—Entonces... ¿te gustaría que yo dejara de escribir?

Ella se arrojó a sus brazos.

—¡Oh, sí! Sería tan feliz... saber que eres mío, únicamente mío, que no estás expuesto a esas tentaciones, y que yo, soy algo más que una vanidad, que una aventura... Pero eso no puede ser.

Federico quiso hacerle gustar toda la grandeza de su conducta posterior.

—Sí, no puede ser... la gloria es enemiga del amor... Hoy siento que te quiero, estoy seguro... mañana...

—¿Mañana, qué?

—Mañana... quién sabe lo que puede ocurrir mañana...

—¡Oh, no!

Se había arrojado a sus brazos y lo besaba, llorando.

—No me digas eso, porque me moriría de pena...

Federico la consoló. No, él no la abandonaría jamás. La quería demasiado para ello. Prefería renunciar a la pluma, a esa vida de tentaciones, de aventuras, en que el corazón se endurece a fuerza de asignar a las lágrimas, al amor, a todos los sentimientos, valores puramente literarios.

—Las gentes del oficio son malas personas; son egoístas faltos de humanidad. Para ellos las mujeres no tienen más valor que el de heroínas, de protagonistas para sus fantasías, lo mismo que el amor...

Y continuó vertiendo su rencor a los literatos. Eran seres insensibilizados a fuerza de objetivar las pasiones, de considerarlas como un fruto de fantasía. El dolor más grande, la angustia más intensa, en vez de conmoverlos sólo les sugería un pensamiento mezquino: el poder servir para una situación, el ser utilizables para un argumento.

Pero él ya estaba harto de todas esas pequeñeces. Quería vivir la vida verdadera, reconquistar su sensibilidad, alejándose para siempre de esa farsa, de esa perpetua novela que era su existencia. Y lo hacía ahora que había encontrado esa adorable mujercita, ahora que por primera vez en su vida amaba de verdad, con toda el alma...

Elena continuaba llorando, pero de alegría ahora. Con la voz entrecortada por los sollozos, le agradecía el sacrificio hecho al amor de los dos.

—Yo te querré mucho, mucho, y te recompensaré de todo a fuerza de ternura... Seré tu esclava, tu sirvienta; estaré por completo dedicada a tí, mi dueño, mi Dios..., a tí que lo renuncias todo por mi amor... ¡Qué bello es eso! Renunciar a al gloria, a tu nombre, a tu porvenir, por mí, por una pobre muchacha que sólo tiene amor para brindarte...

Y siguió hablando así, gozando con esa estupenda situación de romance, sintiéndose heroína de la más hermosa de todas las novelas de su novelista, de esa que él, para ella, para los dos, escribía en la vida real...

Hernández, ebrio de dicha al asegurarse para siempre a su bella aventura, no alcanzó a comprender bien el estado de ánimo de su amante. No supuso, no tuvo la perspicacia suficiente para suponer que lo que más agradaba a Elena, era, lejos de su renuncia a su condición de novelista, la culminación de su personalidad como tal. Y llevado por su entusiasmo, cegado por su vanidad que haciale creerse amado por sí mismo, afrontó la verdad.

—Ahora que te veo así, tan dispuesta a quererme por mí mismo, voy a confiarte algo.

La atrajo junto a su pecho y la habló:

—Ya no soy Hugo Frías; soy únicamente un hombre que te ama.

—Y a quien amo yo.

—¿Estás contenta, entonces?

—Sí, contenta como no puedes imaginarlo.

El, entonces se decidió.

—¿Y si te dijera que nunca he sido Hugo Frías?

Ella lo miró sin comprenderlo, pero sin darle mayor alcance a sus palabras, sonriente.

—Sí; nunca he sido Hugo Frías.

Ella continuaba sonriendo.

—Hugo Frías no soy yo. Me fingí él para llegar hasta tí.

La mujer se desasió bruscamente.

—¿Qué dices?

—Que yo... soy sólo un hombre que te quiere.

Ella estaba anhelante.

—Pero explícate, habla... ¿Quién eres tú?

Un poco asombrado por la actitud de ella, Hernández comenzó a explicarle su embuste. A medida que hablaba iba perdiendo el aplomo. Dejaba de ser Hugo Frías, de sentirse dueño de la audacia, de la tranquila confianza en sí mismo del otro, para meterse dentro de su alma de escribiente, tímido, sin valores propios en que basar una autoridad. Balbuceando, tropezan-

La bella muerte en Grecia

El esqueleto era en Grecia desconocido. La putrefacción del cuerpo, ignorada. Al enterrarse un cadáver, sembrábase trigo encima de la tierra que lo cubría, para que germinando éste, hasta la muerte inspirara la idea de la vida. La Muerte era considerada hermana del Sueño y de la Noche. Sus atributos lo eran de Amor. La estatuaria la personificaba en un adolescente de bellas formas y rostro impasible, con el pie apoyado sobre una antorcha apagada. Hasta en el lenguaje, los conceptos relativos a la Muerte y al morir, sólo podían ser expresados por palabras que indicaban actos de la vida; y se vivía para fines terrenos, no para un porvenir de ultratumba. Los dioses sólo se relacionaban con el Hombre en cuanto vivía.

De aquí el que la muerte en Grecia fuera bella. Gloriábanse los griegos de morir de una manera bella y hasta estética. ¡Con qué dignidad caían los combatientes! ¡Cómo se cubrían con el manto o con el escudo para no infundir terror a los que pudieran verles! ¡Qué grandes ejemplos del bien morir los que nos legaron aquellos ciudadanos que en su última hora reunían a sus amigos y sus deudos, y se despedían de ellos con la conciencia serena, y con la convicción de haber llegado tal cual debían, al fin de la carrera, animándoles a que fueran útiles, a sí mismos y a la República!

POMPEYO GENER.

EN LA SUPER-REVISTA

—No sé cuántos miles de pesos han costado los vestidos...
—¿Y cuánto habrán costado los desnudos?

do con las palabras, concluyó su naracción.

—Entonces... ¿me has engañado? — gritó la otra, desesperadamente.

Hernández, que ya había dejado de esperar una alegría en Elena, desde que empezó a descubrir la verdad, no llegó a creer nunca en una reacción tan violenta.

—Pero, escucha... yo...

—Tú eres un impostor, un miserable...

Elena volvía a llorar. Lo hacía desconsoladamente, furiosamente. Había rabia, impotencia, indignación, rebelión en esas lágrimas.

—He sido un juguete, una engañada...

Se derrumbaba en un instante su poema, el bello romance de sus amores. Había sido el juguete de un tinterillo, de un pobre hombre, de un canalla...

Hernández, molesto al fin por los dicterios que escuchaba, quiso rebelarse.

—Pero... al fin... ¿no estabas contenta con mi cariño? ¿Y no le tienes acaso?... — se dulcificó — porque yo te quiero, te quiero con toda mi alma... Tú lo eres todo para mí...

El pobre enamorado volvía a encontrar su elocuencia. Le habló de sus ansias, de sus ambiciones, de sus deseos de ser querido, de su gran capacidad para amar... y le habló de su amo, ese Hugo Frías que se burlaba de las mujeres, que no las estimaba, que se servía de ellas como de un despreciable pasatiempo para sus horas de ocio. Con él sí que hubiera sido desdichada, el que la hubiera hecho sufrir, que la hubiera abandonado. El lo conocía bien, sabía como las trataba, como se burlaba de ellas. Le relató pormenores de sus aventuras, la existencia de los borradores para las cartas-contestación, esos ignominiosos modelos hechos fríamente, sin pensar en ninguna y que servían para todas. A ella también le había enviado uno, despreciándola, estimando más una partida de campo que su amor. Era, para Hugo Frías, una de tantas. En cambio, para él... ¡Oh, para él lo era todo! Y le habló de su cariño, de su inmenso cariño. El se casaría con ella, la haría feliz. Debía convencerse de lo deleznable de lo otro... él le había brindado para ello, una escena que con Hugo Frías sería definitiva, cuando le dejó entrever la posibilidad de un abandono. Pero no había peligro de que él la abandonara, él que la adoraba con fervor pagano. Eso era lo único real, lo único bello que tenía la vida. Lo otro eran fantasías, peligrosas fantasías en que no debía pensar más. Y no debía temer por la calidad del amante; bien podía darse cuenta que todo era una sugestión: cuando lo creyó el novelista lo amó, independizándose de la realidad, porque se había dispuesto a amarlo, como debía disponerse ahora...

Hernández habló mucho tiempo. Tuvo acento de sinceridad tal, de una pena tan profunda, de un cariño tan grande, que la otra sintió esfumarse su enojo. Y al verlo tan humilde, suplicando su perdón con tanto afán, se conmovió también ella.

—¿Me quieres mucho entonces?

—Oh sí, mucho, mucho... y me moriré de pena si tú no te decides a quererme también...

Ella permaneció en silencio.

—¿Me perdonas? Dí: ¿me perdonas?

—Sí, te perdono.

—¿Y me amarás?

Ella lo miró. Le parecía que era la primera vez que oía esa voz. No la reconocía, como no reconocía tampoco en el que la hablaba a su amante. Era un hombre distinto, más vulgar, más pequeño que el otro, que ese a quien ella amara.

—¿Me amarás?

Volvió a mirarlo. Y tuvo compasión, piedad por su angustia.

—Te amaré, sí...

El quiso besarla. Pero ella se lo impidió.

—No, hoy no. Déjame que me reponga, que me acostumbre a la idea de que eres... tú.

El insistió pero ella se mantuvo firme.

—Déjame sola, por favor. Son muchas emociones...

Hernández abogó aun un rato por su amor. Luego se despidió llevando la promesa de que se verían al día siguiente.

Cuando llegó a su casa, había reconstruído en parte su optimismo. Pensaba que Elena, pasado su asombro lo amaría. Sí, lo amaría como lo había amado ya. No existía ninguna razón para que no lo amase. En cuanto a su desengaño, ya sabría él convencerla del nulo valor de sus ilusiones.

* * *

Al día siguiente Hernández recibió una carta de Elena en que ésta se excusaba de asistir a la cita. La postergaba para el día siguiente.

Ya no demostraba, como antes, ese afán jamás satisfecho de verle, de estar a su lado. Ahora lo remitía, lo aplazaba.

Se encontraron en el sitio de costumbre. Fué una entrevista triste. Federico no sabía qué decirle; no se le ocurría nada. Intentó dos o tres de esas frases vagas que antes ella interpretaba con tanta fantasía. Pero Elena permaneció impasible: ya no le encontraba ocultos sentidos a esas frases. Eran sandeces, nada más que sandeces.

¿Qué otra cosa podría decir él?

—¿Me has perdonado, Elena?

—Sí, te he perdonado.

—Pero sufres. ¿Qué tienes?

Ella hizo un gesto vago. ¿Qué tenía? ¡A qué hablar! ¿La comprendería él acaso? Y permaneció muda, mirándolo con extrañeza, como si recién lo conociera, como si no lo hubiese visto nunca.

Reparó que su traje estaba mal cortado, que su corbata era chillona y no original como ella creyera, y que sus ojos, esos ojos en los que antes creyó escritas tantas cosas, estaban vacíos, no decían nada.

Dos días después leyó un cuento de Frías, aparecido en una revista: era un cuento de amor, apasionado, vehemente. Lo leyó dos veces; luego, con la revista entreabierta sobre las faldas, melancólicamente se puso a pensar en su situación.

—¿Qué lees?

Era una amiga que la interrogaba. Como Elena no contestó, la otra escudriñó la revista.

—¡Ah! un cuento de tu novio.

Elena la miró como una sonámbula.

—De mi novio, sí...

La aventura, exceptuando el último capítulo, era conocida por sus amigas. Ahora vendría el ridículo, la mofa.

—Mi novio...

Tuvo que encarar seriamente su posición. ¿Podría amar a Hernández? ¿No lo había amado, acaso, ya? No, no era él. Era al otro... A éste, nunca, jamás lo amaría.

Tomó un papel y escribió una larga carta a Hernández. En ella Elena rompía definitivamente.

"Será sugestión, será lo que tú quieras — le decía — pero no podré amarte. Desde que me dijiste la verdad me parece que nada hay de común entre nosotros. Por más esfuerzos que hago te considero un extraño. Sé que quizá soy injusta, pero...—y no te enojes por mi sinceridad—no me explico cómo te he amado. Tú habías puesto un lente rosado sobre mis ojos y yo te veía a través de él. Ahora que lo has retirado, te miro tal cual eres... o quizá peor de lo que eres, pues lo hago a través de otra sugestión: la de que eres... ¡Oh! No quiero decirte cosas dolorosas. Por eso es mejor que no nos veamos más. Mejor para mí, que no podría amarte, y mejor para tí, que me amas y sufrirías mucho".

Hernández leyó repetidas veces esa carta, sin alcanzar a comprenderla totalmente. Era para él un misterio, un enigma, esa sutileza de su ex amante. Si ella comprendía que él tenía razón... porque...

Hernández no supo nunca exponer su pensamiento, pero desde entonces tuvo un mal concepto de las mujeres.

Y cuando su amo hacía sufrir a alguna, él ya no se lo reprochó mentalmente como antes. Por el contrario, le hallaba razón. Y se sentía feli, contento. Tenía la vaga sensación de que Hugo Frías, con sus crueldades, lo vengaba un poco...

ROMANCE

Dijo la dama:—"Al hombre más villano
concederé mi mano;
mas, no tendréis, señor, el homenaje
de poseer mi albedrío en maridaje..."

Tembló el doncel... Su mano, con premura
acarició la rica empuñadura
de su rígido acero toledano
y era dolor la fuerza de su mano.

—Señora—dijo luego—aunque hijodalgo
en mis obras cotizo lo que valgo;
mi fe por vos, que amáis a los villanos,
no mueve una caricia de mis manos.

Mas, vuestra estirpe noble y consagrada
tendrá siempre el amparo de mi espada!
Adiós... Rogad que el cielo me proteja.

Calló el vizconde y exhaló una queja...
Y su dama, la bella entre las bellas,
despectiva miraba las estrellas...

EDUARDO MARIA DE OCAMPO.

El padre y los hijos

Un padre recomendaba siempre a sus hijos que vivieran en buenas relaciones; pero ellos no le escuchaban.

Viéndolo, el padre cogió unas cuantas varas de fresno, dióselas, juntas, a los hijos y ordenó:

—¡Rompedlas!

A pesar de sus grandes esfuerzos no pudieron conseguirlo; entonces deshizo el padre el paquete y les mandó rompiesen las varas una a una.

—Sois como esas varas,—díjoles luego.—Viviendo juntos y de acuerdo, nadie podrá venceros; desunidos seréis mucho menos fuertes.

LEÓN TOLSTOY.

CONTRA LA TOS Y CATARROS
BRONQUITIS
LARINGITIS
INFLUENZA
PILDORAS DE
Catramina BERTELLI
Se venden en todas las Farmacias
Concesionarios para ARGENTINA, URUGUAY y PARAGUAY:
JOSÉ PERETTI Y C.ía
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO

XXI

EL ZURRAPIENTO

Me encontraba en una casa de remate. Se ofrecía con la base de dos pesos la hectárea, una extensión de tierra en una de las provincias del norte. Como la base era ínfima el martillero pujaba por elevarla. Sentado a mi lado se encontraba un viejo conocido. En el plano del remate del campo que se vendía aparecía como colindante su nombre. ¿Cuánto puede valer la hectárea?—le dije.—"Ni la base", me contestó.—"En su carácter de colindante, tal vez le interese", le repliqué.—"No vale absolutamente nada", insistió. "Es un clavo para cualquiera que lo compre". Con este dato me abstuve de hacer ofertas, no obstante la recomendación particular que el martillero me había hecho, afirmando que pagar quince o veinte pesos la hectárea sería un espléndido negocio para triplicar el capital en un par de años. Tras muchos esfuerzos, sin alcanzar mayores resultados, cayó el martillo, adjudicándose por cuatro pesos la hectárea a un postor anónimo. Mi viejo conocido, sonriente, con el triunfo reflejado en su rostro vulgar y faunesco: "¡Qué gran negocio he hecho!, me dijo. "Ese sujeto lo ha rematado por cuenta mía. El campo no vale menos de treinta pesos la hectárea"...

Rápido, con la rapidez del pensamiento, recordé una brevísima conversación tenida a mediados del mes de agosto el año de 1893. Intervine sin querer en una entrevista entre el doctor Alem y el comprador. Este sujeto formaba parte de un comité revolucionario de la capital o de cualquier provincia. En representación de ese comité gestionaba del doctor Alem que requiriese del doctor Hipólito Irigoyen la entrega de algunas armas que, afirmaba, se habían salvado después del desarme de la revolución en la provincia de Buenos Aires. Lo escuchó el doctor Alem, y tras breve pausa: "Amiguito, me dijo, trasmítale ese mensaje a Hipólito". Sin pérdida de tiempo me trasladé a la calle Rivadavia N.º 1779. Me recibió el doctor Irigoyen con su acostumbrada afabilidad. Después de inquirir el motivo de mi visita, al saber quién era el representante del comité revolucionario, suave, muy suave, sin dejar traslucir en su fisonomía un detalle que pudiese traicionar su pensamiento, reflejando en su mirada una suprema tranquilidad, sin vacilar, como si enunciase un postulado evidente, me dijo en el tono resuelto que algunas veces suele emplear: "Ese zurrapiento le pide a Leandro que intervenga conmigo para que le facilite las armas que tengo". *Ese zurrapiento.* La palabra me sonaba por primera vez al oído. Trasmití el mensaje al doctor Alem, que al escucharlo enarcó las cejas, paso su mano derecha por su blanca barba y entre sonriente y adusto: "Este Hipólito, dijo, siempre expresivo para calificar..."

Desde aquella época lejana el zurrapiento es el ejemplar que desgraciadamente más abunda en el escenario político del país. El zurrapiento tiene en su esencia el significado que le asigna al vocablo el Diccionario de la Academia. "Cosa vil y despreciable, con poca limpieza física y moral", todo lo subordina al provecho personal, adaptándose con flexibilidad pasmosa a todas las situaciones y a todas las actividades. El zurrapiento se encuentra en todas partes, pulula en los comités y en las antesalas. Ejerce todas las funciones que pueden darle provecho. No tiene asco a nada ni a nadie. Le falta ilustración y cultura social, sin que esto quiera decir que algunas veces no sea o pueda ser universitario. Cuando por casualidad ha recorrido el kilometraje cuya estación final es el título, lo ha hecho con el desgarbo y la noncuranza del fámulo que llega a las altas posiciones sin disimular las lacras que lo afean. No tiene el zurrapiento la bondad ni la lealtad zurda y picaresca que caracterizan a Sancho. Carece en absoluto de aquel ademán que simboliza la vulgaridad en Gil Blás. Si no fuese por el temor de hacer comparaciones zoológicas, diría que tiene las calidades externas del cerdo, las truhanerías del zorro, la agresividad felina del gato y la mansedumbre del jumento.

BALTASAR GRACIAN.

Escenario político

CARACTERES DE AMBIENTE

La común experiencia...

indica que la modestia es escala a la cual muestra el rostro la joven ambición al subir; mas luego que llega al último superior peldaño, vuelve la espalda a la escala, levanta la mirada a las nubes, y tiene por viles los peldaños inferiores en que se afianzó sublime.

SHAKESPEARE.

THE AULT & WIBORG ARGENTINE Co.

Casa Central: DEFENSA Nos. 563 al 99 esquina MÉJICO Nos. 401 al 433. • Buenos Aires

E. H. WRIGHT, Vice Presidente
G. TOZZINI, Gerente General
Direc. Telegráfica "AULTWIBORG"

TINTAS. — PAPELES. — MÁQUINAS. — TIPOS
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS
UTILES PARA ESCRITORIOS Y COLEGIOS

Unión Telefónica 033 Avenida Nos. 7190 - 91 - 92, 1205 - 1206
Cooperativa Telef. 2591, Central

"TRIUMPH" LA MÁQUINA DE ESCRIBIR SUPERIOR A LA MEJOR

TABULADOR DECIMAL PATENTADO
CINTA DE DOS COLORES VISIBLES
SOLICITE UNA MÁQUINA EN PRUEBA QUE NO SIGNIFICA COMPROMISO ALGUNO DE COMPRA. - - - - -

Aceptamos máquinas de cualquier sistema en cambio de la "TRIUMHP" pagando el máximo por las usadas cualquiera sea el estado en que se encuentren. - - - - - -

DAMOS FACILIDADES — CONSULTEN NUESTRAS CONDICIONES Y PRECIOS

Unicos representantes de la acreditada máquina MONOTIPO especial para fundir tipos, rayas, interlineas y lingotes.

SUCURSALES: ROSARIO
MENDOZA
TUCUMÁN
MONTEVIDEO

El brillante cronista

Por André Warnod

—¡Señor De Merfeuil! ¡Señor De Merfeuil!—gritó el portero en la escalera.—Aquí hay una carta para usted. Se la echo por debajo de la puerta. ¡Ah! Le advierto que el propietario dice que si hoy no satisface usted la mensualidad puede buscar otro domicilio.

El señor De Merfeuil oyó los pasos del portero que se alejaban y maldijo al indiscreto que había interrumpido la placidez de su sueño. ¿Qué iba a ofrecerle, en cambio, la realidad?

La carta hallábase junto a la puerta. El señor De Merfeuil la miró sin tener valor para abandonar el tibio calorcito del lecho y atravesar con los pies desnudos la destartalada estancia, con el piso de ladrillos rotos y el papel de las paredes sucio o desgarrado por todas partes; un miserable cuartucho de buhardilla donde toda la incomodidad tenía su asiento. Allí, sin embargo, vivía el señor De Merfeuil, el bello Roberto de Merfeuil, célebre en el bulevar en los tiempos de la cuestión Dreyfus y de la Exposición 1900 por su duelo y sus aventuras galantes. A la sazón era uno de los cronistas mundanos más brillantes, y tenía treinta y cinco años.

Como la suerte le había vuelto la espalda, probó a luchar un año, cinco, diez, y luego, cansado de todo, y no teniendo ni el valor de matarse, habíase resignado a la miseria, refugiado en una habitación sórdida, cuyo alquiler no podía pagar, cubierto con un traje viejo, comiendo en asquerosos restaurantes baratos y no contando para vivir más que con los *Ecos* que le admitía el *Grand Journal* en recuerdo de lo que había sido. De vez en cuando firmaba también una croniquilla acerca de las elegancias desaparecidas.

La carta, que continuaba junto a la puerta, procedía del *Grand Journal*. Eso no presagiaba nada bueno. ¿Le privarían de su último y exiguo recurso? Vió que la carta no era del periódico. Era que la habían remitido allí y que desde el periódico la hacían llegar a sus manos. Por fin la abrió. Firmaba *Una fiel lectora*, dama de mundo, o más bien una rica burguesa, que expresaba cándidamente su admiración por la ciencia mundana del señor De Merfeuil, y le decía que deseaba conocerlo personalmente. La admiradora recibía los jueves.

El pobre viejo leyó y releyó la carta. Sus palabras encendían en su corazón un fuego de reconocimiento indescriptible. ¡Toda vía quedaban el mundo personas que creían en él, gentes para las cuales no era un parásito, un fracasado, un latero, un característico sin contrata!

¡Ciertamente que iría el día fijado a la casa de la señora Blanchedine!

Esta habitaba en un barrio elegante, y, sin duda, le retendría a comer.

Sobre el respaldo de la silla, su pantalón se sonreía por algunos puntos, y cerca de la puerta sus botas bostezaban. El señor De Merfeuil no vaciló un momento más. Cogió un pliego de papel con el timbre del periódico y se puso a escribir.

* * *

Cuando se hubo vestido, enrolló en derredor del cuello la bufanda, y se puso en marcha. La señora Blanchedine residía en una mansión suntuosa. El portero rogó al señor De Merfeuil que subiera por la escalera de servicio.

La doncella que le recibió internóse en las habitaciones, diciendo:

—Es una carta para la señora que trae un pobre hombre, de parte del señor De Merfeuil.

La señora Blanchedine sintióse orgullosa de recibir delante de sus amigas una carta de un amigo, famoso cronista mundano. Todas ellas eran jóvenes cuyos maridos se enriquecían en el comercio y envidiaban las grandes relaciones de su amiga.

—¡Oh! ¡Este querido amigo! ¡Qué gran corazón! El señor De Merfeuil me pide un socorro para un anciano que se encuentra en la mayor miseria. Hay que demostrarle que ha hecho muy bien en dirigirse a nosotras. ¡Vamos, ayudadme!

Después de tomar mil francos de un cajón del tocador, recogió cuanto las amigas tenían en sus bolsillos y reunió cerca de tres mil francos, que le fueron entregados en un sobre al enviado del señor De Merfeuil.

El pobre hombre se hallaba esperando en la cocina, y le hicieron pasar al salón. Entró, pálido y tembloroso. La curiosidad piadosa de las señoras le produjo aún mayor confusión.

La señora Blanchedine quedóse extasiada ante los remiendos del pantalón del mensajero, y los agujeros de sus botas le produjeron espasmos de compasión.

—Diga usted al señor De Merfeuil...

—¡Todo, señoras, todo! ¡Gracias, muchas gracias! ¡El cielo se lo pague!...

Cuando el señor De Merfeuil regresó a su buhardilla tenía lo suficiente para vivir tranquilo por algún tiempo. Hacía mucho tiempo que no había estado tan rico. Pero sentía una gran vergüenza de sí mismo por lo que acababa de hacer. Aunque no estaba muy seguro de no reincidir si la ocasión se le presentaba de nuevo.

EL "orgullo" y la "esperanza" de la familia. Quieto, estudioso, cumplido, "bueno como el pan". Pero a veces estudia hasta altas horas de la noche y al día siguiente le duele la cabeza, tiene un molesto "peso en el cerebro" y experimenta una desagradable sensación de embotamiento. Por furtuna siempre hay en casa

CAFIASPIRINA

Dos tabletas le alivian en pocos momentos los dolores, a la vez que le devuelven la lucidez cerebral, el entusiasmo y la alegría.

Y a "papá" le pasa lo mismo cuando tiene cualquier dolor, o llega abatido de tanto trabajar. Y a "mamá" y a los "abuelitos" y a los "muchachos". A todos da alivio, bienestar y alegría la CAFIASPIRINA.

NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES

Incomparable también para dolores de muelas y oído; neuralgias; reumatismo; excesos alcohólicos; trasnochadas, etc. Regulariza la circulación y levanta las fuerzas.

BAYER

¡No reciba tabletas sueltas!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el Sobre "CAFIASPIRINA" de dos.

DUELO TERRIBLE

Por Jules Demolliens

Aquella mañana, el señor Topinet, excelente burgués y mal esposo, recibió al despertar una sorpresa desagradable.

Entre las tarjetas de visita que le había subido la portera con sus periódicos y sus cartas, había una que llamó su atención. Decía así:

ANATOLIO BRICOLET

—¡Una tarjeta de Anatolio! —exclamó. — ¡Esto es demasiado! Siempre supuse a este canalla capaz de las mayores audacias.

Anatolio Bricolet era un miserable para el señor Topinet desde el momento en que Paquita se interpuso entre ambos, dando al traste con la gran amistad que los unía. Porque los dos vieron a Paquita y los dos la amaron, sin que la pobre muchacha pudiera resistir los afectuosos requirimientos de ambos, pues tenía un corazón tan grande como un Palace Hotel.

Pero sucedió que un día Anatolio sorprendió a su amigo en amoroso coloquio con su adorada, y desde ese instante los amigos se trocaron en enemigos irreconciliables, y si no llegaron a batirse fué por temor a una desgracia y por miedo a que el escándalo trascendiera y llegase a conocimiento de sus esposas. Pusieron, pues, sordina a sus ardores bélicos y por coraza el más recíproco desprecio.

Paquita, la causa involuntaria de la catástrofe, perdió de un golpe dos enamorados y, en consecuencia, despidió a la sirvienta que por desgracia había provocado el desastre.

Mientras Topinet tenía en la mano la tarjeta de su enemigo y gesticulaba y ponía los ojos en blanco, de rabia, Anatolio Bricolet, por su parte, no estaba menos furioso, por haber recibido entre su correspondencia, la tarjeta del maldito Isidoro Topinet.

—¿Por qué me enviará su tarjeta este sinvergüenza?—se preguntaba. —¡Esto es una burla que pide sangre!

Algo parecido murmuraba Topinet contemplando la tarjeta de Anatolio, y juró en su fuero interno tomar venganza resonante de su enemigo, haciéndole trizas donde lo encontrara.

Pero ni al uno ni al otro se le ocurrió que las tarjetas les habían sido mandadas por la propia Paquita. La mujer abandonada no podía consolarse de la partida de los dos Ulises, Anatolio e Isidoro, y resolvió jugarles una trastada, para cobrarse la indiferencia con que la dejaran en medio de la calle, sin darse siquiera unos palos o unos leves bofetones.

Las fiestas conmemorativas de primero de año le proporcionaron a Paquita la ocasión de vengarse. Como guardaba en su poder tarjetas de sus dos antiguos amigos, se le ocurrió mandar por correo la de Isidoro a Anatolio y la de éste a aquél, a fin de provocar entre ellos un conflicto.

El efecto fué fulminante.

—¡Esto no puede quedar así!—rugía Isidoro.

—¡Ese insensato me las pagará! —gritaba Anatolio.

Desde tiempo inmemorial acostumbraban ambos, después de almorzar, pasearse por la explanada de los Inválidos. En el tiempo que eran amigos solían reunirse allí para luego trasladarse a jugar a los naipes en un café tranquilo de la vecindad.

Desde su disgusto, Anatolio había elegido para pasearse la acera de la derecha, e Isidoro la de la izquierda, a fin de no encontrarse nunca.

Pero aquel día de venganza, y ansiosos de salir al encuentro del enemigo, cada cual cambió de acera, y no pudieron encontrarse frente a frente.

—¡Huye el miserable!—exclamó Isidoro .

—¡Tiene miedo el cobarde! —murmuró Anatolio.

Por fin, después de numerosos paseos y rodeos, llegaron a encontrarse en medio de la plaza.

—¡Me ha insultado usted!—dijo uno de ellos con gesto soberbio.

—Usted me ha ofendido—repuso el otro secamente.

—¡Eso exige una reparación!

—¡Clama venganza!

—¿Qué armas elige usted?

—La pistola.

—Eso hace demasiado ruido.

—La espada.

—Es muy fría para este tiempo.

—¿Entonces?

—Tengo que pensarlo. Deme usted tiempo para ello.

—¡El valor no reflexiona!

—Pues bien, en lugar de cortarnos el cuello, echemos a suerte quién ha de ir a pedir perdón a Paquita y a reanudar las relaciones.

Y sacando del bolsillo una moneda de cinco francos, uno de ellos se dispuso a lanzarla al aire.

—¡Cruz!—indicó Isidoro.

—¡Cruz!—pidió Anatolio.

—Perdón. Yo he pedido cruz. Usted no puede elegir lo mismo.

—Yo tengo derecho a las cruces como usted.

—No soy testarudo — repuso Isidoro, preparándose a arrojar al aire la moneda.—¡Cara!

—¡Cara!—repitió Anatolio.

—¡Bueno! ¡Eso ya es demasiado!

—¡Creo que no va usted a tener el monopolio de las caras!

—En ese caso, lo mejor es acudir a casa de Paquita y que ella busque la manera de satisfacer nuestra aspiración reparadora.

Muy sorprendida quedó la cándida niña al verlos, pero se serenó al saber de lo que se trataba, y dijo:

—La idea de ustedes es excelente al pretender que el azar resuelva la contienda. Precisamente hoy me proponía cortar la torta de Reyes. Los invito a ustedes al acto. Quien tenga la suerte de coger el trozo en que se halle el haba, será proclamado vencedor.

—¡Admirable!

—¡Bravo!

—Entonces, hasta la noche, señores.

Aprovechando Paquita un momento de distracción de Anatolio, dijo a Isidoro en voz baja:

—Júreme usted que si es el favorecido no aprovechará la ventaja para humillar al adversario. Eso no sería caritativo y me causaría gran contrariedad.

—Se lo prometo; seré mudo.

Y mientras Isidoro iba a buscar el sombrero, que había dejado en el recibimiento, Paquita arrancó a Anatolio igual juramento.

Aquella noche todo se desarrolló como la joven había previsto.

El roscón contenía dos habas que fueron a parar a las respectivas manos de Isidoro y Anatolio.

Ambos tuvieron la discreción de contener su alegría.

Y desde aquella noche memorable se ríen el uno del otro, considerándose cada cual el único afortunado.

La taberna está de fiesta

La taberna está de fiesta... De entre el humo venenoso
Del tabaco que difuma los perfiles de las cosas,
Van surgiendo como un sueño las imágenes borrosas
De los ebrios que salmodian un motivo quejumbroso...

Entregada a su albedrío la canalla se divierte;
Frases torpes, ultrajantes y requiebros y miradas
Se entrecruzan y se clavan cual traidoras puñaladas
En las carnes de las hembras resignadas con su suerte;

¡Oh, las pálidas busconas! Porque así el oficio obliga
Se sonríen con un gesto de cansancio y de fatiga,
Insinuándose en sus ojos el fulgor de una protesta!

Y cual río de aguas turbias corre el vino que caldea
Las pasiones inferiores de la chusma y la ralea
Saturada de lujuria... ¡La taberna está de fiesta!...

EUGENIO A. MARELLI.

El estilo en las artes

La música, llegada a su máximo ennoblecimiento ha de tornarse figura y actuar sobre nosotros con la fuerza reposada de la escultura antigua; la escultura, a su vez, llegada a su máxima perfección, se convierte en música y nos conmueve por su inmediata presencia sensible; la poesía, llegada a su integral desarrollo ha de cautivarnos como la música y al mismo tiempo rodearnos, como la plástica, de una tranquila claridad.

La perfección del estilo, en cada arte, consiste en esto: en saber borrar las limitaciones específicas, y, empleando sabiamente lo característico, imprimir a la obra un sentido universal.

F. SCHILLER.

INMUNICESE CONTRA LA TOS
TOME
Pastillas RIN-RIN
NO ADMITA SUSTITUTOS
Precio de la caja grande, $ 1.- La caja chica, $ 0.45

Un coloso financiero

El el número correspondiente a junio próximo pasado, del Boletín gratuito que mensualmente edita el National City Bank de Nueva York, y que se ocupa de difundir una útil información sobre la situación económica, hacienda pública, comercio y finanzas de los principales países americanos y muy especialmente de los Estados Unidos, se hace constar que el 16 del mencionado mes de junio, dicha poderosa institución de crédito, cumplió ciento cuarenta años de vida financiera. La enorme labor que representa esta gran cantidad de años, constituye el más elocuente elogio que pueda tributarse al brillante desempeño que, en sus castas funciones, haya podido tener la institución que nos ocupa, por cuanto sólo una administración honesta y eficiente y una orientación basada en los más sanos principios bancarios, puede alcanzar un triunfo tan definido como el logrado por el National City Bank of New York.

Cómo encontré un amigo

Por Sara Insúa

La sonrisa sutilmente burlona de Miguel Henares desapareció un instante de sus labios finos al asegurar:

—Aunque resulte paradógico, yo le debo a la mayor desilusión de mi vida el bien más grande que he encontrado en ella...

Y como en mi curiosidad insaciable formulase una súplica, Henares continuó:

—Fué muy al comienzo de mi carrera artística. Tenía yo veinte años escasos y asistía a la Academia de San Fernando. No carecía de suerte, sin embargo, y algunas ganancias obtenidas con mi pincel, aun titubeante, me permitieron alquilar un pequeño estudio y tener modelos *a mi gusto*.

Yo sólo iba al estudio para trabajar, vivía con mis padres, y, claro está, no conocía a casi nadie en la casa. Durante los dos primeros meses sólo me crucé en la escalera, o coincidí en la subida o la bajada, con un hombre alto, fuerte, intensamente trigueño, hacia el que sentí una antipatía extraña e infundada, que poco tiempo después había de trocarse en algo muy cercano al odio.

Aquel hombre era mi vecino más inmediato; habitaba en una especie de sotabanco cuya puerta se enfrentaba con la de mi estudio, y solo, al parecer. Yo prefería su vecindad a la de cualquier familia numerosa y gritona. Ningún ruido molesto turbaba mis horas de trabajo. Pero un día...

Un día, en los primeros de la primavera, cuando yo empezaba a abrir los cristales del ventanal, llegó hasta mí, no un ruido precisamente, sino una maravillosa voz de contralto, que cantaba magistralmente un *lieder* alemán.

...¡Cómo! ¿Mi vecino tenía en su casa una mujer? ¿Sería casado? Mas ¿cómo no había yo oído aquella voz hasta entonces? Sentí una gran curiosidad por saber quién era la que cantaba, y sobre todo, la clase de parentesco que la unía con el hombre moreno.

Habría podido satisfacer mi curiosidad preguntándole a la portera; pero esto no podía ser. Era la portera una mujer francamente insoportable; por sus entrometimientos había perdido yo una excelente modelo, y desde entonces no le hablaba más que lo estrictamente necesario. Era una resolución que, después de todo, no merecía la pena quebrantar por una curiosidad necia.

Pasó algún tiempo. La voz cálida y vibrante de la vecina seguía entonando canciones dulces y terriblemente románticas; pero ella no se hacía visible. Ni una sola vez logré encontrarla en la escalera o verla en la ventana. Parecía que el atleta de la tez morena la tuviese secuestrada. Y mi curiosidad iba en aumento.

¿Quién podría ser aquella mujer? ¿Por qué se ocultaba o por qué la obligaban a ocultarse? Seguramente era bonita. Una lógica fantástica me hacía deducir que la poseedora de una voz tan hermosa tenía forzosamente que ser bella. Y ésta era la causa por la que aquel hombre la esclavizaba. En su voz percibía yo acentos de dolor contenido, ansias de ternura, nostalgias..., ¿qué sé yo?

¡Y qué odio me inspiraba el tirano! Cuando le veía en la escalera habría querido pulverizarle con la mirada, mejor dicho, aplastarle como a un reptil, porque me parecía capaz de todo, hasta de maltratar, de martirizar a la pobre víctima que tenía prisionera.

Una tarde, mis suposiciones se convirtieron en certeza. Por primera vez oí hablar a mi vecina; hasta entonces sólo la oyera cantar. Discutía con su carcelero, suplicaba, lloraba...

NO! NO! NO!

No admita otro similar! En estos tiempos de grippe, hay que tomar un purgante que además de hacer una perfecta limpieza intestinal, tenga propiedades desinfectantes. Esto lo consigue con el delicioso purgante

SACAROL

que sólo cuesta 45 centavos en todas las farmacias y que se toma como azúcar en el desayuno, leche, te, etc. — Puede tomarlo desde el niño al anciano y no es necesario guardar régimen. Pero fíjese bien que sea "SACAROL" y que lleve la firma de Araujo y Cía., sino no lo admita.

NO! NO! NO!

Me daba de que me querría a mí... Porque lo gracioso era que yo estaba enamorado de una mujer a la que no había visto. Me había enamorado de su voz. Y mi amor era *impalpable*, pero humano; al oír sus gemidos de angustia y de sufrimiento yo había sentido en medio

Aquella noche yo no pude dormir. Las ideas más extravagantes cruzaron por mi imaginación calenturienta. Libertar a aquella mujer de su verdugo. Yo estaba seguro de que ella le aborrecía, y no dudel pecho un dolor casi físico.

Al día siguiente me dirigía a mi estudio decidido a *todo*. Acecharía la salida del *cancerbero*, llamaría a la puerta, y cuando *ella* me abriese, sorprendida y confusa, le diría... ¡tantas cosas!

Tantas, ciertamente, como le dijo Don Quijote a su Dulcinea. Mi aventura era digna del gran paladín.

Me temblaban las piernas al subir la escalera. Cuando llegué a mi rellano, un grito de *ella*, indescriptible, me paralizó junto a la puerta del misterio. ¿Qué ocurriría detrás? Oí voces masculinas, carcajadas groseras... ¿Qué era aquéllo? Sospeché algo espantoso, y, por un extraño impulso, empujé la puerta, que cedió. Entré resueltamente, esperando encontrarme ante un espectáculo horrendo.

Me dirigí hacia el cuadro de luz de otra puerta abierta, y miré.

Vi una habitación grande y destartalada, algunos testeros ocupados por estanterías, en las que se alineaban desordenadamente muchos libros. Alrededor de una mesa reían y bebían cinco hombres. Mis ojos buscaron inútilmente a la cantante. Supuse que había salido de allí un minuto antes de entrar yo. Pero, de pronto, *su* voz, esta vez entonando un cuplé picaresco, surgió entre aquellos hombres, que reían entre sorbo y sorbo de vino.

Al fin se descorrió ante mí el velo misterioso, para descubrirme una realidad, más que triste, irónica. La voz divina que me había conmovido tan profundamente surgía de la garganta privilegiada del hombre trigueño. Por lo visto, se entretenía cantando con voz de mujer, y la tarde anterior había ensayado un diálogo para divertir a sus amigos. *Ella* no existía.

Iba a retirarme, cuando alguien me descubrió:

—¿Es usted, vecino? — me dijo el *tirano*, viniendo hacia mí con una sonrisa cordial. — Pase usted. El escándalo le ha hecho entrar, ¿verdad?...

Y como advirtiese la expresión aún atónita de mis ojos, se dió una palmada en la frente:

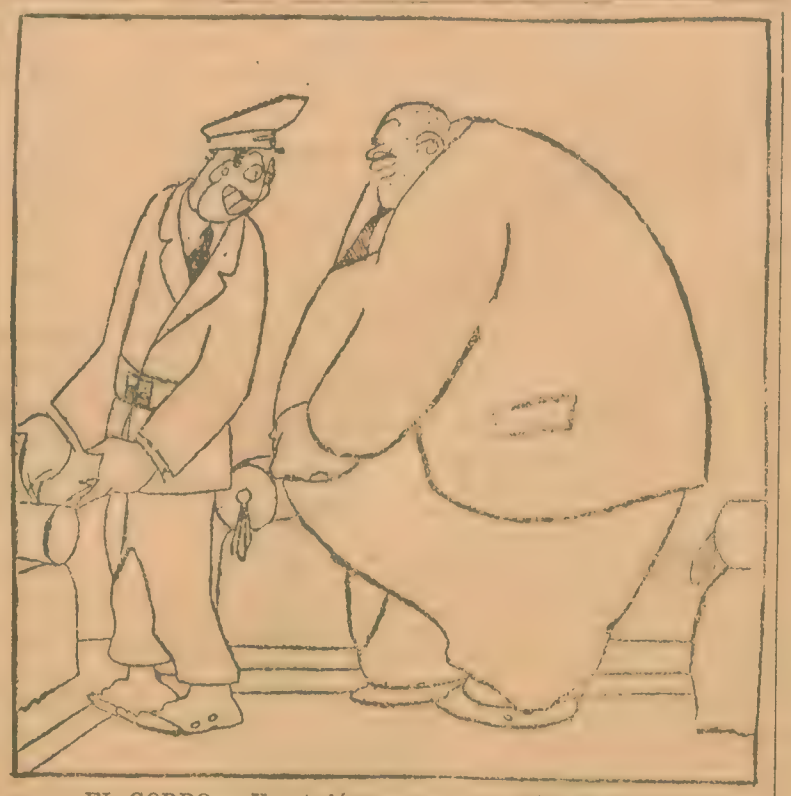
—¡Ah, caramba! Apuesto cualquier cosa a que usted se ha figurado que aquí estábamos maltratando a una mujer. Pues no, amigo mío; era yo que hacía el ganso; aquí no hay mujeres, afortunadamente... Pero tome usted un vaso de vino, háscame el favor, para que se le pase el susto.

Acepté. Dos horas después me despedí de aquel hombre, que tenía dos voces, un humor inagotable y un gran talento. Al despedirnos me ofreció su amistad, y la acepté también.

Ha sido mi mejor amigo, mejor dicho, mi hermano del alma.

Muchas veces hablamos del gran engaño que sufrí con su voz fingida, y entonces le digo:

—Realmente, tenías razón al considerar como una fortuna la ausencia femenina en tu casa. Si *ella* hubiese existido, no habría podido existir esta amistad nuestra. En ti he encontrado verdades, y en *ella* quizá sólo hubiese encontrado mentiras...



EL GORDO.—¿Y usted cree que yo podría volar?
EL AVIADOR.—¡Hombre..., según la cantidad de dinamita!

Nuestros poetas

Horacio Rega Molina

Horacio Rega Molina nació en San Nicolás de los Arroyos el 10 de julio de 1899. Ha publicado cuatro volúmenes de verso y anuncia otro: "La letanía del domingo", para el año venidero; libro del que lleva publicadas varias piezas en las columnas de "La Nación". Su última obra, "La víspera del buen amor", fué premiada en el concurso literario municipal y está considerada, junto con "El poema de la lluvia" editado en 1923, como su realización más completa y hermosa.

Rega Molina es un lírico de primera fila, un escritor puro, en el concepto más elevado y noble de la palabra. Cuando, dentro de algunos años, se disipen las sombras del actual panorama literario, quedarán en pie muy pocos valores positivos. Entre ellos, Rega Molina, que diariamente cimenta su prestigio en forma indiscutible, ocupará un puesto de honor. El puesto, por otra parte, que le corresponde por su obra, destinada a perdurar entre las mejores que ha producido nuestra literatura.

PENSAMIENTOS ABSURDOS

Dos árboles: un sauce y un ciruelo.
Dos cosas más: la fuente y la laguna.
La tarde, con su tiza, sobre el cielo
Ha comenzado a dibujar la luna.

(Recuerdo haber mirado en esta hora,
Sin que el raro recuerdo me sorprenda,
Niños con trajes a la cazadora
En un viejo catálogo de tienda).

Mirando aquellos niños y su ropa,
Recordaba haber visto, cierto día,
El busto de un caballo que galopa
En la fachada de una cochería.

Dentro del cuarto, una jovial prestancia
Estampa en mí sus trazos indelebles.
Soy, identificado con la estancia,
Un mueble nuevo entre sus viejos muebles.

(En otra habitación adonde estuve
No sé qué día, contemplé en el techo,
A la virgen, posada en una nube,
Con el Niño desnudo sobre el pecho).

Bajo al jardín. Al orillar la fuente
Experimento un algo parecido
A esa vulgar sorpresa que se siente
Con el saludo de un desconocido.

(Me detengo a mirar la enredadera,
Y pienso en un canario dibujado
En un plato con agua, de manera
Que el pajarito parecía ahogado).

Pienso también en tí. Pienso en la inmensa
Pena de amar que es un desgarramiento,
Y pienso en todo aquello que se piensa
Cuando la amada ocupa el pensamiento.

Te nombro sin que nadie me responda.
(Nombrándote en voz alta me consuelo).
Un pedazo de luna, entre la fronda,
Asoma, cual la punta de un pañuelo.

Amada, era fatal como un conjuro
Esta necesidad de haberte amado;
Si el amor no existiera, ten seguro
Que nosotros lo hubiéramos creado.

Cada uno de nosotros se mantiene
Con lo que el otro de su ser le entrega:
Yo amo el dolor porque de tí me viene.
Y tú el placer porque de mí te llega.

Eres la misma flor que hora tras hora
Velé con ojos puros y serenos;
Eres la misma flor, sólo que ahora
Yo te amo más y tú me quieres menos.

(Alma, digo, no dés a nadie cuenta
De tu pasión, ni pidas vana ayuda;
El verdadero amor no se comenta,
La boca enamorada es boca muda).

Alzo los ojos. Un dolor profundo
Llena mi pecho. La esperanza muere.
Y pienso que en la bóveda del mundo
No hay más estrellas porque Dios no quiere.

EL BUEN SISTEMA

Si alguna vez te hablaron, dulce amiga,
De mi vivir extraño y descontento,
Harás de cuenta que te hablaba el viento,
Y cree sólo en lo que yo te diga.

Conseguiré que mi existencia fluya
De mi canción, y con la muerte luche,
De manera que todo el que me escuche.
Sienta deseos de cantar la suya.

Si pones atención, habré logrado
Que de placer el corazón me llenes,
Pues lo que diga, acaso existan quienes
Lo han dicho ya, pero no lo han cantado.

Sólo he querido ver y sólo he visto
Mujeres bellas y fragantes rosas,
Mi vida está en mis versos y en mis prosas,
Fuera de esa emoción, casi no existo.

Aunque no ser ni grande ni pequeño
Es mi sistema de filosofía,
Yo sé muy bien que todo es medianía,
Que un sueño quita lo que da otro sueño.

NOCTURNO

Atardecer. Es el instante en que uno
Quisiera hablar, con alguien, de un ausente,
Mientras brilla la lámpara indulgente
Por los que no tenemos brillo alguno.

Afuera, el cielo de color de plomo,
Rompe a llover. Mohino, resignado,
Entra el perro del patio embaldosado,
Con las primeras gotas sobre el lomo.

Y mirándote siento
Que esa constante duda que me llena,
Castigo es a que tu alma me condena
Por haber puesto en tí mi pensamiento.

Herida me produce lo que ha sido
Y que ya no es; que en mucho se asemeja
Al boquete que deja
En la pared, un clavo desprendido.

RETRATO

Soy el dragón del cuento que se trueca
En un doncel, en un doncel gallardo,
Si la reina le arroja, en vez de un dardo,
Un ovillo de oro de su rueca.

Pero también la displicencia hueca
De un transeunte solitario guardo,
Que en un jardín, con gesto ambiguo y tardo,
Se inclina a recoger una hoja seca.

Tengo de la leyenda y de la vida
La parte ociosa, pero merecida,
En que ningún esfuerzo se vislumbra.
Por eso mi alma, que es la que padece,
Tiene la misma gótica penumbra
De un patio conventual donde oscurece.

LA ILUSION

Recuerdas cuando mi alma no tenía
Para jugar más que un atril mohoso,
Con un farol que nunca se encendía,
En un zaguán oscuro y silencioso?

Mi alma era un niño escuálido y medroso,
Que sin jamás comprarlos, elegía
Los muñecos más caros de un lujoso
Escaparate de juguetería.

Después me iba, con cuidado, para
Que no se me cayera de los ojos
Aquel juguete que jamás comprara.

Y así eligiendo cada día uno,
No tuve nunca, para mis antojos,
Tantos juguetes, sin tener ninguno.

OFRENDA

Corazón, corazón, cuéntale ahora
Cómo fué que perdió tu fantasía
La realidad de un año en una hora
Y el sueño de cien noches en un día.

Pero no obstante la melancolía
Que silenciosamente me devora,
Soy un niño sensible todavía,
Que esconde la cabeza cuando llora.

Soy un niño sensible que no sabe
Todo lo bueno que en su pecho cabe.
Y que, para ofrecértela de hinojos,

Tiene, pulida en incesante brillo,
Una perla de amor para tu anillo
Guardada en el estuche de sus ojos.

Madame Chrysanthéme

Por Pierre Lotti

Esta mañana, a las doce, con un sol abrasador, llegué de improviso a nuestra casa de Diondjen-dji. Al pie de la escalera estaban los zuecos y las sandalias de cuero barnizado de Chrysanthéme.

Por arriba, en lo alto, estaba todo abierto, y con las persianas de bambú echadas por la parte en que daba el sol; a través de su claro tejido penetraban el aire cálido y la amarilla luz. Hoy habían sido flores de loto las que Chrysanthéme había colocado en nuestros jarrones de bronce, y los primeros que ví al entrar fueron sus grandes y rosados cálices.

Chrysanthéme dormía echada en el suelo, que es como acostumbra a dormir la siesta siempre... ¡Qué forma tan extraña tienen los *bouquets* que Chrysanthéme confecciona! Hay en ellos algo que es difícil definir: una esbeltez japonesa, una gracia particular que nosotros no sabríamos darle.

Chrysanthéme dormía boca abajo sobre las esteras: su alto peinado y sus agujones de escamas de pescado sobresalían del conjunto del cuerpo en aquella extraña posición.

El pequeño arrastre de su túnica prolongaba en forma de cola su delicada persona.

Tenía los brazos extendidos, formando cruz, y las mangas desplegadas como si fueran alas; a su lado descansaba también su larga guitarra.

Parecía un hada muerta, o bien pudiera decirse, y se hablaría quizás con más propiedad, que se parecía a alguna gran libélula azul que, habiéndose posado allí, hubiera sido clavada en el suelo.

La señora Prune, que había subido detrás de mí, siempre solícita y oficiosa, manifestó, por medio de gestos, su indignación al ver de qué manera tan descuidada recibía Chrysanthéme a su señor y dueño, y se dirigió hacia ella para despertarla.

—¡No hagáis tal, mi buena señora Prune! ¡Si supiérais cuánto me agrada verla así!

Yo había dejado abajo mi calzado, según costumbre, al lado de los pequeños suecos y diminutas sandalias de Chrysanthéme, y entré de puntillas, muy despacio, para ir a sentarme en la galería.

¡Qué lástima que esta pequeña Chrysanthéme no pueda estar durmiendo siempre: es muy agradable presentada de esta manera, y además esto tiene la ventaja de que mientras permanece así no me hastía!

Acaso, ¿quién sabe?, si yo tuviera medios de comprender mejor lo que piensa y lo que siente. Pero es curioso esto: desde que vivo con ella, en lugar de seguir estudiando con interés la lengua japonesa, he dejado de estudiarla por completo: tal es mi convicción de que no llegaré a interesarme por ella jamás...

Sentado en la galería, contemplaba a mis pies los templos, los cementerios, los bosques y las verdes montañas, a todo Nagasaki bañado por el sol. Las cigarras producían su más estridente ruido, que se agitaba como una fiebre del aire. Todo era calma, luz y calor...

¡Y, sin embargo, todo esto no me satisfacía bastante! ¿Qué es, pues, lo que ha cambiado para mí en la tierra? Los mediodías abrasadores del estío, que hoy mismo acuden a mi memoria como recuerdo lejano, tenían más resplandor, más sol; el Baal se me representa más potente y más terrible. Se diría que todo esto del Japón no es más que una copia pálida de lo que yo he conocido en mis primeros años, una copia a la cual falta algo. Y lleno de tristeza me pregunto a mí mismo si el esplendor de los estíos no es, en realidad, más que esto. ¿No es más que esto, o es un defecto de mi vista? ¿Con el tiempo veré estas cosas más pálidas aún?

...Sentí a mi espalda una música apenas perceptible ,triste, triste, hasta causar estremecimiento, y aguda, aguda, como el cántico de las cigarras. Comenzó a la sordina y fué elevándose, gimiendo como la lastimera queja de alguna pobre alma japonesa en pena, que vagara llena de angustia en el aire y en medio del silencio del mediodía: eran Chrysanthéme y su guitarra, que despertaban a la vez...

Confieso que me agradó que la hubiera ocurrido esta idea de darme música al encontrarse con que estaba yo allí, en vez de apresurarse a saludarme. Nunca me ha ocurrido imponerme la violencia de mostrarme enamorado de ella; pero nuestras relaciones son cada vez más frías, sobre todo cuando estamos solos. Esta mañana, sin embargo, me volví hacia ella para sonreírla, haciéndola señas con la mano:

—Sigue, sigue tocando—la dije;—me es muy agradable esa extraña improvisación. ¡Es singular que la música de este pueblo tan reidor pueda ser tan lastimera! Pero decididamente la música de Chrysanthéme merece ser escuchada... ¿Dónde la habrá aprendido? ¿Qué inexplicables ensueños, que han sido siempre un misterio para mí, se apoderan de este cerebro amarillo cuando toda o canta de esta manera?

La ninfa Cirene

Cirene era hija de Hipseo, rey de los lapitas, nieta del río Peneo y biznieta del Océano y de la Tierra. Habitaba en los bosques del Pindo, dedicada a la caza, y un día en que Apolo la vió luchar y vencer a un león, se enamoró de ella, la raptó y se la llevó en un carro tirado por cisnes a la Libia, en donde tuvieron un hijo, que se llamó Aristes.

Divino tesoro...

Embargada de dicha, mamita contempla a su capullo rebosante de vida y de salud.

Y fué la Malta Palermo el mudo mensajero que le brindara a ella los elementos indispensables para poder favorecer una lactancia que tan felices resultados alcanzó.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires

Malta PALERMO

Vicenta Castro Cambón

Por Alberto Larrán de Vere

"El alma de una ciega en un libro doliente". Así titulaba la distinguida educacionista y escritora doctora Gisberta S. de Kurth, un comentario sobre el libro "Rumores de mi Noche", de Vicenta Castro Cambón.

El autor de estas líneas había comentado a su vez el mismo libro, inmediatamente a su aparición, en el diario "La Montaña", y es motivo de íntimo regocijo para él, haber coincidido con la ilustre escritora en la aseveración de que es el alma de Vicenta Castro, refugio de una resignada y honda mansedumbre. Pero ha conocido luego, tras el sondeo de esta alma a la que es menester acercarse, para comprenderla, con una fraternal sinceridad, que hay en ella tesoros más preciados aún, sentimientos más delicados y más puros si cabe, y una perfecta armonía espiritual, que tan sólo es alterada, a veces, por la vehemencia expresiva de esos mismos sentimientos.

Humilde, suave, temerosa siempre de hacer daño, anhelosa de hacer bien, Vicenta Castro Cambón ha hecho de la ternura y la bondad sin límites, el apostolado de su vida constreñida por la fatalidad.

Dos desgracias simultáneas azotaron a Vicenta en la edad de los juegos y de las ilusiones: la ceguera y la orfandad. Y ensañándose sobre su vida triste el hado perverso que da el dolor, un día que caminaba a tientas en la noche, la hizo caer tronchando su cuerpecito frágil. Más dolor es imposible infligir para poner a prueba la mansedumbre de un alma. Natural es, en ese trance, que el espíritu se llene de amargura y gima su protesta y desaliento. Pero Vicenta estaba destinada a ser un ejemplo de fortaleza y dulce resignación. Estudió con entusiasmo, con ansias, convencida de que el saber es la única redención de los seres sumidos en el abismo caótico de la sombra infinita. Y al contacto de los espíritus selectos que conoció descifrando los puntos milagrosos que descubrió aquel otro ciego admirable que fué Luis Braille, se reveló la razón de su bondad serena: Ella tenía también un alma musical, había nacido con el don maravilloso del canto. Era una alondra; una alondra ciega.

La poetisa. Así dieron en llamarla sus compañeras de estudio y de infortunio, cuando se conocieron en el Instituto sus primeros versos. ¡La poetisa! Avergonzábase ella oyéndose llamar así, con el mismo nombre que aquellos seres de prodigio que le causaban una religiosa admiración. No, ella era simplemente una almita humilde que decía su emoción musicalmente, como la sentía.

Después, un día, toda medrosa, cediendo a instancias de algunas personas de su afecto, publicó su libro: "Rumores de mi Noche".

"La poetisa ciega". No eran ya solamente sus compañeras quienes la llamaban así. Era la crítica toda, era la opinión autorizada que consagra o anula. Cuántas desazones entonces. ¡Qué temor ante la enorme responsabilidad contraída, ella que era tan pequeñita y tan débil! ¡Qué congoja ante la idea de que pensaran que ella había publicado su libro por satisfacer un sentimiento de vanidad! Ese libro era simplemente un breviario íntimo, un tributo de gratitud para el Creador que le dió la suprema compensación del ensueño, y para las personas buenas que iluminaron su noche con el lampo de sol de la generosidad.

Y he aquí que su obra consagraba luego la excelencia de su espíritu, y le daba una popularidad que la llenaba de zozobras. Ella no quería el aplauso; su corazón sencillo y humilde, rechazaba los halagos del elogio.

Imaginemos lo que hubiera hecho el santo de Asís ante el hipotético hallazgo de un tesoro. Vicenta Castro, que tiene mucho del beatífico renunciamiento y de la ternura infinita de Francisco, pensó que todo aquel tesoro de su notoriedad naciente, podía ser útil a la causa de sus hermanos de dolor y de angustia. Y se consagró con toda su alma, su alma noble y templada a pesar de la debilidad extrema del cuerpo que la encarcela, al apostolado de la redención de los ciegos, arrancándolos a las garras de la desesperanza.

Y fué a golpear a la puerta de los poderosos pidiendo comprensión y ayuda para la Biblioteca Argentina para Ciegos, convencida de que en el saber está la salvación de los espíritus desamparados.

Días atrás, en el recinto de la Biblioteca Argentina, calle Pedernera 502, se realizó un acto de homenaje a la doctora Gisberta S. de Kurth, en prenda de reconocimiento por su campaña en favor de los ciegos.

En un discurso admirable, volcó Vicenta Castro toda la hermosura de su alma, toda la riqueza de su sentimiento. Vibrante de sinceridad y de emoción, tenía su voz una resonancia sorprendente en aquel cuerpo débil y pequeño. Narró su historia, esa historia triste que hemos esbozado, con toda su sombra, sus vacilaciones, sus temores, pero llena también de una fe inquebrantable y estoica, superior a la fatalidad. Quiso descargar su corazón del peso abrumador de su ternura desbordante, y fueron sus palabras una exultación ardorosa para la providencia, que le permite hacer el bien, sembrar el consuelo y prodigar la esperanza, a pesar de sus ojos sin luz, de su debilidad y de su pequeñez.

¡Cuánta grandeza de alma en ese pobre cuerpo mutilado! Oyendo a Vicenta Castro, sondeando su corazón, acercándose a ella con la sinceridad a flor de alma, llégase a la comprobación inequívoca de que es la materia un mero refugio, un deleznable albergue, de la llama soberana y pura del espíritu.

Una lección de amor

Por Miguel Zamacois

La princesa de los ojos azules, del cabello sedeño, de las finas hebras de oro, del talle cimbreante, del andar menudo y leve, de la tersa piel de blancura de azucena, de las manos olorosas—Rosalinda—se moría por saber lo que era Amor...

Levantada muy temprano, desde el amplio ventanal de su cámara de niña ya mujer, llamaba con besos y caricias a las aves que pasaban en locos torbellinos de trinos y gorjeos y, muy bajo, por temor a que la oyeran, les decía:

—¿Qué es amor?

Y las aves con sus vuelos, con sus trinos y gorjeos parecían contestar:

—¿No lo ves? Amor es esto: el espacio libre, el azul infinito, la luz del sol, la alegría sin objeto, la locura en fin...

Rosalinda no entendía, pero se sentía presa de una honda emoción...

En el jardín abrazaba grandes matas de flores olorosas y al aspirar su dulce armonía parecía quererles preguntar:

—¿Qué es amor?

Y las rosas exhalaban su perfume, los pétalos caían en el suelo y todo quedaba mustio... La niña seguía sin comprender aquella terrible lección que en el silencio le daban sus flores:

—Amor—querían éstas decir—es un aliento de las almas, es un momento de dicha inmaterial, es un perfume que sólo brota una vez, es el color rosado del pudor, es el cansancio luego... ¡y al fin un montón de ruinas sobre la madre tierra!...

* * *

Bajo el cuerno romántico de la luna, cantaba el Poeta-trovador. Su voz era un encanto de emoción y de ternura. Las palabras de su trova decían una trágica historia de amor. El Poeta decía que se moría por un amor despreciado.

Rosalinda, desde el amplio ventanal de su estancia, le interrogó:

—Trovero de la triste trova, ¿tú amas?

El trovero calló de repente y con una graciosa cortesía, contestó:

—Sí, hermosa niña. Amo, es decir, sufro.

—¿El amor hace sufrir?

—Si es amor, sí.

—¿Y cómo es el amor?

—Para nosotros es siempre un rostro blanco y bello, una blonda cabellera que parezca dorada por el sol, un cuello blanco, unas manos de santa, un andar de reina y un corazón de niña.

—¡Como yo!—dijo ella ingenuamente.

—¡Como tú, Princesa Rosalinda —confirmó el trovero haciendo su más cumplida reverencia.

—¿Entonces para nosotras — inquirió ella — el amor debe ser un poeta como tú?

—Tan como yo que, para tí, he de ser yo mismo o si no, no es Amor.

—¿Y sientes tú amor por mí?

—Quien no lo sienta por tí, no sabe lo que es amor!...

—¿Y yo lo siento por tí?

—Sí, princesita; lo sientes ya. Oye mi acento dolorido, mira mi rostro dónde se retrata la emoción, el sufrimiento, la ansiedad, la sed de otro mundo donde todo sea celestial, puro, inefable... Oye y mira, princesita.

Y la princesa oyó y miró, pendiente de los labios del trovero. Primero fué una intensa emoción, luego una íntima dulzura, luego una tristeza y luego una lágrima, un diamante desprendido de los cielos, resbalando por la rosa te de sus mejillas...

El Poeta se calló...

La Princesita seguía en su éxtasis, vislumbrando quizás a través del mágico encantamiento del trovero, aquel mundo celestial e inefable de que le hablara antes.

Y el Poeta, con voz que parecía un hilo de armonía, le preguntó:

¿Y ahora... me amabas Rosalinda?...

Sí... repuso ella en un largo suspiro.

Pero el trovero, que ya había cantado en las cumbres de la vida soltó una sonora carcajada, que fué rodando y perdiéndose a lo lejos, como una infernal greguería...

Y el encanto se deshizo.

La Princesita lloró amargamente y al través del llanto, acabó de comprender lo que era Amor...

LOS SENTIDOS

He aquí clasificados los sentidos tal como la naturaleza parece haberlos colocado en los hombres, en los cuadrúpedos y en los pájaros; es decir, el orden según el cual se afectan más sencillamente en aquellas tres especies.

En el hombre el tacto es el sentido más perfecto, el gusto el segundo, la vista el tercero, el oído el cuarto, el olfato el último.

En los cuadrúpedos, el olfato el primero, el gusto el segundo, la vista tercero, el oído cuarto, el último el tacto.

En los pájaros la vista el primero, el oído el segundo, el tacto el tercero, el gusto el cuarto, el olfato el último.

Sobre la enseñanza de la historia

Por Ramón de Castro Esteves

No es nuestro propósito primordial ocuparnos aquí del debate que tanto apasionó a la opinión francesa y aún a la europea y que se epilogó en el Congreso de Lyon, el 8 de agosto de 1924, con una respuesta afirmativa a la sugerente y difícil interrogación: ¿Debe enseñarse historia a los niños? Y, decimos que no nos proponemos ocuparnos del punto, cuanto que en el referido congreso quedó demostrado que el estudio de esta importante materia no podía ni debía suprimirse del programa. Empero, no resistimos a la tentación de realizar algunas consideraciones más sobre la aludida interrogación, antes de abordar otra no menos compleja de responder: ¿Cómo debe enseñarse historia?

Mr. Raymond Rouze, que se ocupó del asunto con acierto y amplitud, viene a sintetizar en uno de sus párrafos los puntos de vista que ha habido que tener en cuenta para pronunciarse en pro del mantenimiento de su vigor en la enseñanza. Dice así:

"...La historia une el presente al pasado. Las ideas humanas están formadas, en gran parte, por la herencia de los antepasados. Sin ella el hombre se sentiría extranjero en su propio país. La historia es la gran educación del sentimiento nacional. Bien enseñada desarrolla un patriotismo que no es agresivo. Demuestra que cada pueblo posee un patriotismo de gloria, hace amar la propia patria y respeta la de los otros. Es lo que comprendió perfectamente la enseñanza argentina, asignándole un papel de primer orden: el de formar buenos argentinos con los hijos de los extranjeros que la inmigración trajo de todos los rincones de la Europa".

"Esta enseñanza histórica de la escuela argentina, tan ardientemente patriota, hace hombres justamente orgullosos de su nueva patria. Merece la admiración de los extranjeros que visitan las escuelas argentinas; es digna de unánime aprobación".

El punto más escabroso y que fué más debatido y que, indudablemente, habrá movido más la hesitación de los entendidos, es el referente a la estela trágica que trae aparejado el estudio de la historia con su cohorte ancestral de odios y animadversiones seculares. Quizá ello, fuera el único motivo que impulsara a cometer el paso decisivo y arriesgado de suprimirla. Pero los estudiosos han llegado a la conclusión de que, pesan más en la balanza de la controversia los factores positivos que los negativos.

En lo que se refiere a los ejemplos indeseables, las tristes experiencias de los odios raciales y las prepotencias execrables en las relaciones internacionales de los pueblos, nuestra historia patria permanece exenta de mancha, sin necesidad de recurrir a historiógrafos benévolamente apasionados. Es ello lo que sería, en caso de someter su estudio entre nosotros a una encuesta, la razón más poderosa para sustentarla, más que como recuerdo de luchas sanguinarias, como ejemplo de altos ideales en nuestros prohombres, en la defensa de nuestras libertades, como en el respeto al derecho de los demás pueblos.

Pero si es evidente que no es posible borrar de la enseñanza la ciencia histórica, sin hacerlo antes con otras, cabría muy bien una pregunta que muy escasamente ha llegado al terreno de la controversia en forma decidida y es la que ya precedentemente consignáramos: ¿Cómo debe enseñarse historia a los niños y a los jóvenes?

¿Qué tendencia debe predominar? ¿Aquélla que la enseña como hechos escuetos, simples o insuflados, pero siempre llenos de fría sinópsis y cronología, o como causas y efectos, ideas y principios? O sea la filosofía de la historia, que al fin de cuentas es la única que puede darnos la clave y la razón de los acaecimientos.

Enseñar historia con este último criterio elevado, sería imposible, a los niños que cursan estudios primarios y secundarios, pues sus cerebros no se hallan lo suficientemente desarrollados para recibir ideas amplias y complejas, imprescindibles en esta índole de conocimientos.

Teniendo presente que en los mismos colegios secundarios los alumnos de 18 a 20 años son la excepción, se verá que no es posible que antes de esas edades — salvo casos aislados y sin necesidad de juzgar las cerebraciones por la edad, — se llegue a inculcar un conocimiento bastante pleno de los hechos históricos, en su verdadera representación y como expresión de lo que la hace figurar como "maestra de la vida".

Lo mismo que el estudio de la experiencia de los individuos, sólo se conocería con cierta intensidad — salvo intuiciones luminosas — cuando el transcurso de los mismos años de la vida nos den su clave, el estudio de la historia que al fin y al cabo es experiencia del mundo, sólo se conocería también en sus verdaderos alcances cuando la misma vida pusiera ejemplos ante el estudiante.

Los hechos históricos muy poco significan en sí mismos, si no se logra acompañarles de un conocimiento sobre sus orígenes, su significado y sus consecuencias de varios órdenes. Tomemos por ejemplo una batalla; saber como saben la mayoría de los alumnos, la fecha en que fué dada, los hombres que combatieron y las horas que duró, no nos saca mucho de dudas acerca de su verdadera importancia. Porque en historia, mucho más que en otras ciencias, es dable observar el caso de que "pequeñas causas, producen grandes efectos".

Por qué fué dada la batalla, cómo se desarrolló y su significado en la causa que la motivó, es lo realmente primordial para la historia. Y, si continuamos efectuando consideraciones de todo orden sobre el punto, llegaremos a la conclusión de que el verdadero conocimiento histórico documentado y razonado queda para los aficionados y para los estudiosos investigadores, pues a los estudiantes sólo podemos y debemos pedir un conocimiento muy relativo.

Para los alumnos primarios sólo nos parece lógica la historia tal cual se les enseña, lo que no obsta, que se pueda poner en terreno de ejecución el mejoramiento que se crea necesario. Cronológica y sinóptica con algunos conceptos muy generales sobre el significado de los principales hechos, tal es lo que se enseña en nuestras escuelas en materia de historia; a ello podríamos agregar en el último grado de la enseñanza primaria, un resumen sobre las causas y consecuencias en los acontecimientos más destacados, sin hacer mayor hincapié en ciertos detalles sobre los que tanto insisten los alumnos confiados en su memoria.

En el colegio secundario la enseñanza de la historia, sobre todo de la Argentina, debe tender a un mayor conocimiento de ciertas causas esenciales, de acuerdo a la luz arrojada por las últimas investigaciones históricas, pues es desolador que un alumno merezca ser aprobado por el solo hecho de recordar, *verbi-gratia*, el número de los hombres que combatieron en la batalla de Caseros y los nombres de los jefes de batería. Es menester que además de esos detalles — que no es posible, tampoco, desechar — tenga una idea aproximada del significado de los hechos. Con ello ya posee una orientación marcada, para el caso de que más tarde su vocación le lleve a esos estudios. En caso que otros sean sus horizontes, tendrá también un conocimiento más racional de la vida, que, por otra parte, le hará confiarse menos en sus condiciones puramente técnicas.

Sabemos que la historia es un arte por demás complejo, donde las generalizaciones son las menos adecuadas para el desentrañamiento de la verdad histórica; estamos de acuerdo con Fustel de Coulanges cuando afirmaba que "l'histoire n'est pas un art facile", pero dentro de ello, creemos que algo se debe hacer para el mejoramiento de su estudio, sobre todo poseyendo un pasado como el nuestro.

No olvidemos que un país sin historia es como un niño que no sabe quienes son sus padres. La historia ayuda a vivir, a conocer los hombres y las cosas del pasado, es la experiencia adquirida por los pueblos y la razón de ser de su futuro. Los errores y los defectos, como las cualidades y las virtudes, pueden ser fructíferos cuando se sabe cómo se gestaron y de donde proceden.

El individuo que conoce la vida de sus ascendientes tiene su orientación.

Quien no sabe de dónde vino, pocas veces sabrá adónde irá.

—Señor comisario: ayer presentó una denuncia creyendo que me habían robado la cartera, pero hoy la he encontrado.
—Llega usted demasiado tarde. El ladrón está ya detenido.

—¡Qué manera de comer; prefiero comprarte un traje antes de convidarte otra vez...

—¡Qué querés, viejo, son los resultados de tomar el mejor aperitivo y tónico estomacal, el HIERRO QUINA BISLERI!

CURIOSIDADES

En los juegos olímpicos realizados últimamente en París tomaron parte 45 naciones. En los celebrados en Amberes hace cuatro años, el número de países representados fué de 17.

* * *

Las viudas en el distrito de Coira, en Nueva Guinea, se quitan la ropa y se cubren el cuerpo con arcilla blanca. Tienen que llorar a su desaparecido esposo por un año.

* * *

Se ha inventado últimame [illegible] útil que, accionándose un resorte con [illegible] vuelven las hojas automáticamente.

* * *

En las estaciones del ferrocarril en Rusia existen enormes depósitos de agua caliente para que los viajeros puedan hacer en poco tiempo te. Con este objeto, los viajeros llevan los útiles necesarios.

* * *

Recientemente, un contrabandista de la Florida se puso unas pezuñas, a modo de zancos, para despistar a sus perseguidores y que creyesen que aquellas huellas las dejaba el ganado al ir camino del abrevadero.

* * *

La limpieza durante la primavera y el otoño en el Japón es una obligación regulada por la policía, que a las primeras horas de la mañana aparece dispuesta a que no se desobedezcan sus órdenes. Con un cordón indican las manzanas que se han de limpiar, y de este modo comprueba quiénes obedecen sus órdenes.

* * *

¿Qué es la célula en el organismo viviente? La célula es el elemento fundamental de todo ser viviente animal o vegetal. La parte esencial de la célula es el protoplasma, que tiene un núcleo y una membrana: está dotado de movimientos que favorecen la nutrición.

* * *

Uno de los medios que con gran resultado se emplea en París para apagar los fuegos de las chimeneas consiste en hacer uso del sulfuro de carbono, el cual se coloca en dos o tres vasos, según la intensidad del fuego, en la parte baja de la chimenea; el vapor que se desprende llena todo el espacio de la chimenea, y, además, los gases que da por su combustión impiden que el aire tenga acceso y se apaga el incendio.

* * *

Infinitos son los trucos a que recurren las empresas que impresionan cintas cinematográficas sin los cuales sería imposible hacer esas escenas que nos parecen imposibles. Como se comprenderá, la inmensa roca que cae y aplasta a un individuo, ni es roca ni aplasta a nadie; la bomba que estalla, el tren que se derrumba por un precipio; los mil y mil emocionantes episodios que constantemente vemos en los *cines*, no serían posibles si no recurrieran a lo que el vulgo llama trampas, algunas sencillísimas, como la que se emplea para reproducir las carreras de caballos, con objeto de que los corredores se proyecten siempre sobre el telón sin necesidad de andar moviendo la máquina. En estos casos, la cámara cinematográfica que ha de impresionar y el operador van en un *auto* que corre paralelamente a los caballos, conservándolos siempre enfocados.

No es necesario que para que en la proyección aparezcan los caballos en desenfrenada carrera, la impresión de la cinta se haga a esta velocidad, pues al proyectarla el operador puede hacer pasar con la rapidez que quiera la cinta impresionada, y causar en los espectadores la impresión de que corren a carrera tendida.

* * *

Según el *Christian Science Monitor*, existen en América 6.500.000 granjas, las cuales utilizan 4.200.000 automóviles y 670.000 camiones.

* * *

Brujas, la población belga llamada la Venecia del Norte, deriva su nombre de los muchos puentes que cruzan sus canales.

Los rayos ultravioleta se usaron secretamente durante la gran guerra para hacer señales en la noche.

* * *

El boodonte, o pez puerco-espín, es uno de los peces más curiosos de los mares tropicales. Cuando este pez siente la presencia de un enemigo se infla, llenando de aire su esófago, y las espinas que lo cubren se erizan, dándole la apariencia de un puerco-espín.

Sus mandíbulas, provistas de una placa córnea en forma de pico, le sirven para triturar corales y moluscos.

Mide unos treinta centímetros de longitud, y su carne no es comestible.

* * *

Calcuta tiene únicamente 470 mujeres por cada 1.000 hombres.

En el siglo XV, los reyes católicos, como un honor altísimo, concedieron el *don* a Cristóbal Colón, de regreso de su primer viaje a las Indias occidentales; y a partir de entonces fuése generalizando su uso de tal modo, que dos siglos después—y de ello dan fe Quevedo y Pellicer—era un verdadero abuso. A tanto llegó, que en 1511 Felipe II vióse obligado a dictar una ley declarando las personas que únicamente tenían derecho a usarlo; pero resultó completamente ineficaz tal medida.

* * *

Como los dientes de los caballos y los anillos de un árbol sirven para determinar la edad, así la cantidad de plomo que un mineral contenga nos servirá de clave para determinar la edad de los minerales.

Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?
Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los POLVOS DENTIFRICOS y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de $ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo $ 2.50—de 1/8 kilo $ 1.40

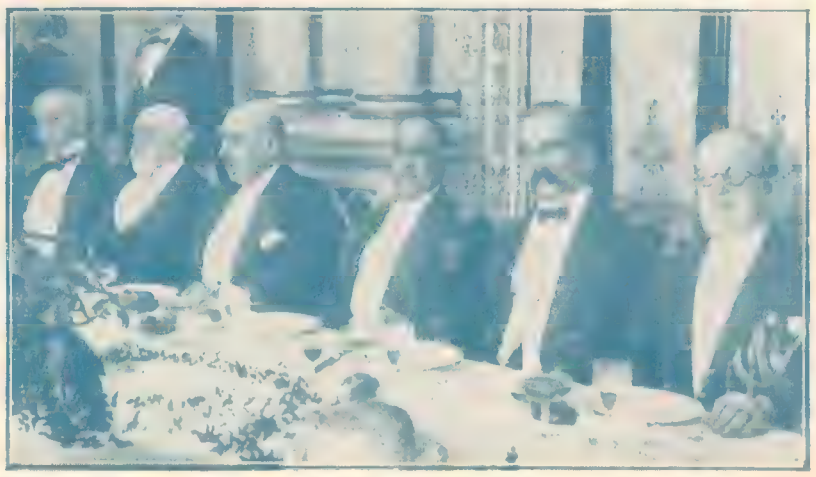
Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**

Banquete en honor de los marinos uruguayos y brasileños



Ofrecido por el ministro de Marina, almirante Domecq García, efectuóse en los salones del Centro Naval el banquete en honor de los marinos brasileños y uruguayos que a bordo de los cruceros "Barroso" y "Montevideo", respectivamente, llegaron a nuestro puerto en ocasión del aniversario patrio.—Brindó el homenaje el ministro de Marina, almirante Domecq García, a quien siguieron en el uso de la palabra los capitanes de fragata Nogueira da Gama, comandante del "Barroso", y Carlos Olivieri, comandante del "Montevideo".—Dos vistas parciales de las cabeceras de la mesa.

Algunos de los concurrentes al banquete mencionado, reunidos en la escalera del Centro Naval.—En primera fila: los ministros de Marina y Relaciones Exteriores y los del Brasil y del Uruguay.

Celebrando el triunfo de Quinquela Martín, se tributó a este artista una entusiasta demostración

En el Salón Ligure de la Boca, o sea en el escenario donde incubara su brillante éxito artístico, recientemente alcanzado en Europa, fué servido el banquete que, en honor de Benito Quinquela Martín, organizara un numeroso grupo de amigos y admiradores. El acto fué precedido de una manifestación popular, que recorrió las calles de aquel barrio aclamando al artista. Ofreció la demostración el señor José Víctor Molina y contestó el obsequiado agradeciendo la distinción de que se le hizo objeto.—Vista parcial de los comensales.

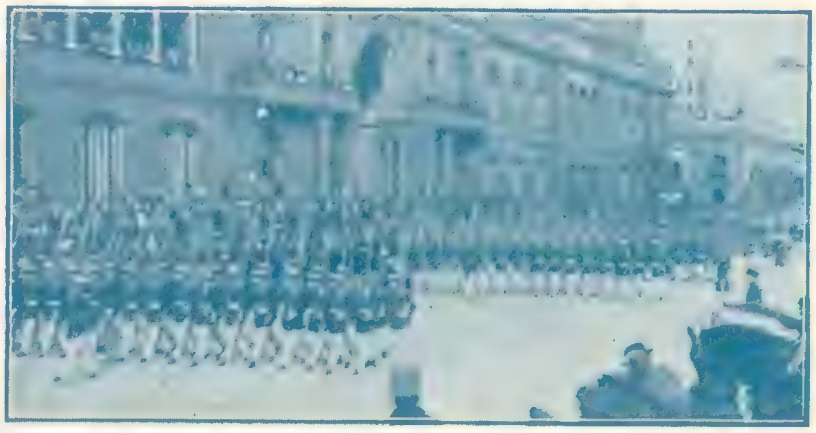
Baile en el Club Belgrano, conmemorando el 9 de julio

Festejando el aniversario patrio del 9 de julio, la comisión directiva del Club Belgrano, organizó un baile de gala, que se efectuó en los salones de la institución.—Dos aspectos de la interesante fiesta social.

Conmemoración de la fiesta patria del 9 de julio

El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado de los ministros del Poder Ejecutivo, miembros del cuerpo diplomático y altos funcionarios de la administración, que integraron la comitiva oficial, llegando a la casa de gobierno, después de haber asistido al Tedéum oficiado en la catedral.

El presidente, los ministros y el cuerpo diplomático, presenciando el desfile militar, desde los balcones de la casa de gobierno.



Los alumnos del Colegio Militar, desfilando con notable corrección ante el primer magistrado.

La Escuela Naval, a su paso por frente a la casa de gobierno, despierta elogiosos comentarios por su presentación.

La Escuela de Mecánicos de la Armada, cruzando ante el balcón presidencial

La sección de comunicaciones del ejército desfilando con los perros adscriptos a dicha unidad. Esta sección, que por primera vez se presentó al público de Buenos Aires, llamó particularmente la atención.

Bodas de plata profesionales de los abogados egresados en 1901.

Conmemorando el vigésimo quinto aniversario de actuación profesional, los abogados que egresaron en el año 1901, realizaron diversos actos en ocasión de cumplirse la mencionada fecha, uno de los cuales consistió en visitar el antiguo local de la Facultad de Derecho, donde cursaran sus estudios, situado en la calle Moreno, y en el cual fueron recibidos por el doctor Juan P. Ramos.—Fotografía de los abogados diplomados en 1901, que concurrieron a la vieja casa de la citada Facultad.

Celebración de la efemérides francesa del 14 de julio

Con motivo de cumplirse un nuevo aniversario de la toma de la Bastilla, efectuóse en los salones de la legación de Francia, una recepción a la cual asistieron destacadas personalidades de la colectividad francesa.—El ministro de Francia, Mr. Francois M. D. Georges - Picot y un núcleo de personas que asistieron al acto.

Durante la ceremonia patriótica que, en ocasión del 14 de julio, se llevó a efecto en el Hospital Francés, con asistencia del ministro de Francia y del intendente municipal, doctor Casco.

Necrología

Teniente general Adolfo Arana, recientemente fallecido en esta capital.

DE ALTA GRACIA

Los que pasan temporada en el Sierras Hotel.— Señora de Gondra y su hijito.

Sr. H. J. Mc Phail y su esposa

Señores Zimmermann

Señoras de Carizzo y de Visconte y sus hijitas y señorita de Meucci.

Figuras teatrales

Osvaldo Laplacette

Félix Mutarelli

GENTE MENUDA

Marcelo Tegami

Myrtha Schiavoni

Mercedes Concepción Raymundo

Julián Adolfo Lumbreras

Josefina y Domingo Arcidiácono

SOCIALES

CAPITAL FEDERAL.—La señorita María Elena Baño, recientemente desposada con el señor Jorge Carpenter.

La señorita Lila Hochbaum, que próximamente contraerá enlace.

La señorita Ruiz Moreno, cuyo enlace con el señor Páez Allende se realizó recientemente.

Enlace de la señorita Teresa Ferrando con el señor Antonio Quilino.—Los contrayentes después del acto religioso.

NECOCHEA.—La señorita Rosa Elía, cuyo enlace con el señor Juan Bautista Durruty se efectuará en breve.

Señor Juan Bautista Durruty, secretario de la Municipalidad, de Necochea, que contraerá matrimonio con la señorita Rosa Elía.

ROSARIO.—Enlace de la señorita Sara Beatriz Sempé Doncel con el señor Samuel Salvá

La señorita María Luisa del Rivero y el señor Armando Quintana, después de sus desposorios.

La señorita Clelia A. Rieciuti y el señor Domingo F. Perrot.

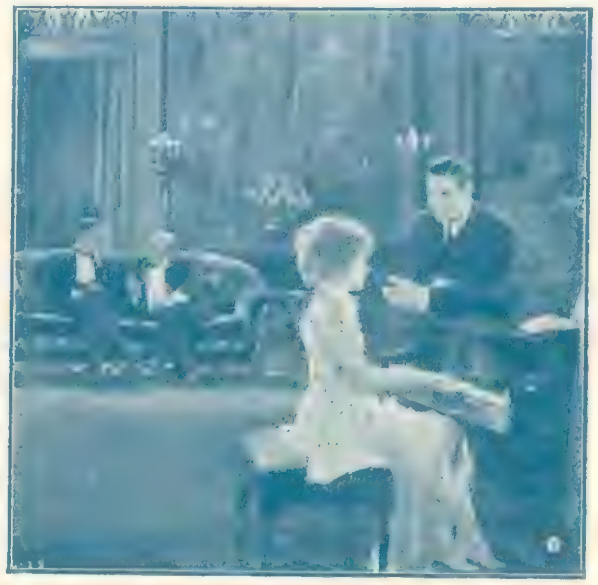
Actualidades cinematográficas

Escena de "Cenizas de venganza", film extraordinario interpretado por Norma Talmadge, Conway Tearle y Wallace Beery, que la Corporación estrenará hoy.

Pasaje de "Esposas en venta", cinedrama interpretado por Gastón Glass, Edna Murphy y Marie Schaffer, que la New York Film estrenará mañana.

Helene Chadwick y William Russell en el cinedrama "Llamas devoradoras", que la Universal estrenará mañana.

Escena de "Madres que pecáis", cinedrama interpretado por Mae Busch, Nita Naldi y Percy Marmont, que la General estrenará el domingo próximo.



Virginia Lee Corbin y William Fairbancks, en "Tan galán como valiente", film que Glücksmann estrenará mañana.

Buck Jones y Florence Gilbert en "El precio del desierto", cinedrama que la Fox estrenará el jueves próximo.

Mildred Ryan, Johnny Hines y J. Barney Sherry, intérpretes de "En la cuerda floja", cinedrama que Glücksmann exhibe desde anteayer.

Jackie Coogan en una escena de "Robinsoncito Crusoe", cinta que interpreta con Gloria Grey y Tom Santschi y que la General estrenará el viernes próximo.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE

Celebración de las fiestas julias.—Las autoridades locales, dirigiéndose al Tedéum.

Comandantes Otero y Malaspina, que mandaron las fuerzas provinciales en el desfile militar.

Mayor Cobo, bajo cuyo mando desfiló el regimiento 11 de infantería.

El cuerpo de bomberos a su paso frente al palacio municipal, desde donde las autoridades presenciaron el desfile.

El regimiento 11 de infantería, que formó en la revista militar.

Alumnos del colegio de Don Bosco, ejecutando el himno nacional frente al palacio de la municipalidad.

El presidente del C. Remeros Alberdi.—(Dib. de F. Toledo)

Equipo de la Liga Rosarina, que venció al Real Deportivo Español por 3 a 0 goals.

Los capitanes Zamora y Cochrane, antes del partido.

Team del Real Deportivo Español, que sufrió su primer derrota frente a la Liga Rosarina.

INFORMACIÓN GRAFICA DEL INTERIOR

RIO CUARTO (Córdoba). Soldados del regimiento 14 de infantería, realizando ejercicios militares, inspeccionados por el general Francisco Medina.

El general Francisco Medina, comandante de la 4.a división de ejército, acompañado del coronel José L. Etchichurry y del teniente coronel Lindor S. García, jefe del regimiento 14 de infantería, presenciando los ejercicios de dicha unidad.

BELGRANO.—Señoritas de Fala, Furqué, Barris, Drué y Merzaroli, que en la madrugada del 9 de julio cantaron el himno argentino en la plaza.

CAÑADA SECA.—El diputado provincial señor M. Pizarro, rodeado de la comisión escolar de señoras, del intendente municipal de General Villegas, señor Robles, del doctor A. Pérez Chacón y de otras personas, después de la fiesta patria realizada en la escuela local.

Miembros de la colectividad italiana, que tomaron parte en las fiestas del 9 de julio, acompañando al señor Pizarro (x).

La concurrencia escuchando el himno nacional, ejecutado en la plaza de la localidad, en ocasión del aniversario patrio.

RUFINO.—Las sociedades nacionales y extranjeras congregadas en la plaza Sarmiento durante la conmemoración del 9 de julio.

Los alumnos de las escuelas entonando el himno nacional en la plaza Sarmiento.

(Fots. Agostini y Della Mattia).

EL SEGURO

Por Colette Juer

Era en un salón de hotel, a los postres de una comida que había reunido a los miembros administradores de una poderosa compañía de seguros. Como sucede en semejantes casos, los hombres de edad, que lo eran en su mayor parte, habían mitigado con una jovialidad forzada y con bromas, lejanas en sus recuerdos, su filosofía de calculadores. Alrededor de la mesa se erguían las levitas llenas y derechas, decoradas todas, las frentes calvas o las cabezas blancas.

La comprobación del estado próspero de la compañía, al mismo tiempo que los vinos, habían animado los espíritus. Hablábase ahora, nimbándola de una poesía fuerte y áspera, de la gran rueda de oro, semejante al empuje de una ola, que venía de la masa pública a la caja de seguros, y tornaba en curso bienhechor, hacia las indigencias repentinas, con el método y la precisión de un admirable regulador.

Uno solo quedó mudo. Era el doctor Griet, del Instituto, vicepresidente del Consejo de administración. Delgado, la cabeza fuerte, los cabellos grises peinados en masa sedosa a un costado, los ojos azules llenos de pensamientos, el rostro pálido, él murmuró cuando se hubo hecho silencio:

—Yo he conocido un caso de seguro...

Su voz baja, dotada de un sonido metálico, atrajo hacia él las miradas. Su profesión soberana dábale autoridad siempre y en todas partes. Se esperaba una historia.

—Yo he conocido un caso que fué un drama—prosiguió:

Y ya se le escuchaba. El comenzó:

—Hace tiempo, tuve por clientes y por amigas, en el barrio de la Estrella, a dos encantadoras mujeres, madre e hija, por quienes me había interesado y que me habían atraído por la nobleza de su espíritu. Me parece estar viendo a la madre, una bella enferma que levantaba, para darme la mano cuando llegaba, un brazo cargado de olas de encajes y unos dedos llenos de gemas; pero vuelvo a ver, sobre todo, a su hija. Se llamaba María Teresa. Era indeciblemente fina y de "raza". Delgada, morena, de diez y nueve años, elegante y serena, parecía ostentar como un manto majestuoso su bonito nombre de emperatriz. Cuando fué pedida en matrimonio, la madre me consultó. Se trataba de un muchacho muy distinguido, pero sin fortuna, que ocupaba una situación bastante indefinible en un importante comercio de carbón. La niña había dicho perentoriamente: "Ese carbonero me gusta". Era la primera vez que hablaba de tal manera; se estuvo dispuesto a escucharla.

Yo respondía a la madre:

"—En cuestión de matrimonio, no tengo opinión. Es la gran aventura. Proceda con su instinto, más delicado que el mío. Pero, pecuniariamente, es conveniente, de cualquier modo, rodear la unión de esos muchachos de precauciones elementales. Ese joven no posee nada; es lo que temo por María Teresa. Exija que él contraiga un seguro, para que, en el doloroso caso de viudez, su hija de usted pueda sostener su rango y educar a sus hijos.

"Hasta recuerdo que, a su consentimiento, fuí llamado para arreglar el asunto. Se hizo un seguro por una prima de ochenta mil francos, a cobrar en el caso de deceso del marido.

"El casamiento se realizó; yo asistí a él y me pareció melancólico a pesar de la alegría de todos. Tenía sin cesar los ojos fijos en el novio, y no podía hallar en mí, hacia él, señales de simpatía. El era buen mozo, joven, elegante, de aspecto bastante digno y estaba visiblemente enamorado; pero "aquel carbonero no me gustaba", y deploré, sin saber justamente por qué, que mi exquisita y joven amiga se arrojase en aquellos brazos desconocidos, toda vibrante, afectuosa e ingenua.

"A decir verdad, era yo quien podía gloriarme de haber tenido, en esta historia, el instinto más delicado. El apuesto muchacho, de apariencias tan finas, era un farsante y un miserable, que hizo soportar a María Teresa los peores quebrantos. Gran devorador de dinero, ajeno a las ternuras que, al lado de una verdadera esposa todo lo podían redimir, fué minando lentamente, día tras día, la dote y el corazón de su mujer. Cuando los dos hijitos gemelos vinieron al mundo y yo penetré de más cerca, como médico, en aquel hogar, conocí en toda su lucidez el doble desastre. Me encontré allí, junto al lecho de la joven esposa, con su madre. Nos miramos tristemente y comprendimos que ambos lo sabíamos todo.

"A partir de aquel día, recibí en secreto las confidencias de la pobre madre. Sin dolencias inútiles, ella me contó las quejas que tenía de su yerno, las bajezas de aquel vividor, el matirio oculto de María Teresa. Supe cómo las penurias se infiltraron poco a poco en aquella casa y cómo, mientras la admirable joven, privada de servidumbre, se encerraba en la soledad con la tarea de educar a sus hijos, él, jugador e insaciable, seguía divirtiéndose costosamente.

"Sentí una indignación tan grande contra él, que me prometí no franquear nunca más su puerta. A la larga, la holgura de la madre fué bastante atacada. Ella daba a manos llenas, como dan las madres. La vi restringir su existencia, tomar un departamento exiguo donde vivió con una sirvienta única, al principio, y luego sola. Con el fruto de esas privaciones, María Teresa, obstinadamente animosa, sostenía su triste hogar y pagaba las deudas de su marido.

"Cuando la madre hubo muerto de dolor e inquietud y la pobre herencia se hubo desvanecido en el abismo en menos de un año, la más negra miseria vino a enseñorearse de aquel joven hogar.

"Muchas veces, María Teresa, aguijoneada por la angustia, debió venir a mí; daba pena verla llegar con sus dos hijitos, que se criaban delicados y enclenques. A veces era por las anualidades del seguro a pagar, otras por un vencimiento, otras por un proveedor.

"Me inspiraba compasión y creo que entonces yo sufría más que ella. Le dije un día:

"—¿Pero su esposo no ve que los mata, que estos niños no comen lo que necesitan?

"Ella tuvo una llama terrible en los ojos.

"—No me hable de ese ser—me dijo, excitada.

"Comprendí que lo odiaba. Era, a mi juicio, estricta justicia. Me sentí dichoso. Para mí, él se había convertido en menos que un hombre, en una cosa execrable, que no puede decirse. Y, en efecto, yo no lo nombraba nunca, nunca podía nombrarlo.

"La joven buscaba trabajo de costurera; cosía maravillosamente. Yo traté de interesar por su suerte a ricas clientes que le darían a bordar ropas finas. Estaba a punto de conseguirlo y ya entreveía para la desdichada un poco de esperanza, cuando, un día, recibí de ella estas palabras:

"Mi querido doctor: Le ruego que venga tan pronto como pueda. Mi marido está muy mal".

"Bruscamente, me penetró una impresión que no precisé, que se desvaneció, que se convirtió en vaga y muda alegría. Pero, en cuanto al hecho de ir a ver al enfermo, no hesité un segundo y partí.

"Era al anochecer, una tarde de enero. Allá abajo, el "Bon-Marché" brillaba como un palacio, bajo sus cúpulas azuladas, en la bruma. La casa era indeciblemente miserable. Cuando llamé y la puerta se abrió, ante aquella pálida morena anémica de los ojos melancólicos y marchitos, del color de las myosotis que la lluvia ha lavado, yo tuve una especie de revelación cruel.

"—¡Y bien!—le pregunté.—¿El está enfermo?

"Ella, me respondió impenetrable:

"—Vino ayer por la mañana con unos escalofríos terribles. Se acostó luego, sacudido por una tos que no cesa.

"—¿Y usted le cuida?

"Ella dijo, cada vez más misteriosa:

"—Un resto de piedad... ¡Yo no veo en él más que un hombre que muere!

"Yo dirigí una mirada sobre el pobre departamento que ella me hizo atravesar: una estrecha cocina donde los niños, aterrados por el ambiente de la enfermedad, no jugaban; el comedor, desamueblado, tan triste, con sus sillas alineadas alrededor de la mesa; el dormitorio...

"En el rico lecho, único resto salvado del naufragio, en el hueco del colchón, el cuerpo crispado del marido se estremecía. Tenía la tos desgarrante que sólo conocen los pleuréticos, y el sufrimiento de esta tos lo tenía encogido sobre sí

Pídan

"QUILMES DE INVIERNO"

La mejor cerveza para la estación

mismo, su larga barba rubia aplastada sobre el pecho. Su fiebre parecía abrasar la sábana.

"Yo tenía allí uno de los casos más graves de pleuropneumonía, complicado con perturbaciones cardíacas. Cuando hube acabado el examen, vi a la joven esposa elevar hacia mí sus ojos empañados e impasibles e interrogarme así mudamente. Comprendí la pregunta de aquellos ojos; ellos me decían: "¿Morirá?".

"¿Morirá? Ella tuvo, bajo su máscara, ilegible, como una ansiedad. ¿Es que frente a la muerte iba a resurgir en ella un resto de pasión por aquel ser a quien tan deliciosamente había amado de niña?... ¿Es que en el momento de ver desaparecer aquel recuerdo viviente de sus primeras y cortas embriagueces, ella vibraba nuevamente aún?

"Y mientras estas ideas me atravesaban el espíritu, su mirada fría e indescifrable iba de mis ojos al lecho, donde un nuevo acceso de tos sacudía al enfermo.

"¿Morirá?", continuaba diciéndome ella, silenciosamente. Entonces una mala luz se hizo en mí. El amor en aquella criatura ultrajada, dolorida, extinguida bajo sus lágrimas, el amor en aquellos ojos suaves y fríos, el amor en la altiva María Teresa, el amor por aquel ser odioso, habíase extinguido. Ella me preguntaba simplemente si llegaría pronto la hora de la liberación, si aquellas muerte en plena juventud iba a vengarla por fin, y fué en ese momento cuando recordé aquel seguro cuyas condiciones yo mismo había establecido: la prima de ochenta mil francos a pagar en caso del deceso del marido.

"¿Morirá?

"Y he aquí que, ante aquel cuerpo de contracciones dolorosas, yo me dirigía la pregunta a mí mismo. Mi diagnóstico adolecía de sangre fría; traté de escuchar impasible los latidos de aquel pecho lleno ya de ese ruido confuso que es el murmullo de los estertores. ¡Ochenta mil francos! Y veía la negra miseria desaparecida, resurgir el hogar, los niños saciados y María Teresa revivir, calma y liberada.

"Así, desde que aquella vida humana hub sido puesta en precio por mí, por ese comercio de la prima, no tuve otra idea que ver a la muerte acelerar la marcha. Yo había sido sorprendido, a mi vez, arrastrado por ese misterio del dinero, y, turbado el sentido moral, desée por primera vez en mi vida que un enfermo, confiado a mis manos de médico, sucumbiera.

"Mi conciencia se recobró a tiempo, pero yo quedé aterrorizado, menos por lo que había sucedido en mí que por lo que podía pasar de análogo en el corazón de la esposa.

"La tomé aparte en el cuarto contiguo:

"—El momento de perdonar va a venir—le dije,—no le oculto a usted que él está perdido. La muerte de un hombre joven es siempre terrible; reclamo de usted un último esfuerzo de compasión. No hablo ya a su esposa, sino a mi enfermera. El es "mi enfermo", y yo se lo confío.

"Ella me respondió:

"—¿Qué habrá que hacer?

"Le receté ventosas y botones de fuego; la hice obrar delante de mí. Quejumbroso, inerte, él presentaba sus omoplatos desnudos, y yo vigilaba con desconfianza a María Teresa inclinada sobre aquel cuerpo detestado, martirizando aquella carne, hiriéndola: quizás fuera con delicia. Espiaba los movimientos de aquellos dedos, las vibraciones del termocauterio, la mirada de sus ojos cuando, en la postración, el enfermo gemía. Pero los ojos de la esposa eran enigmáticos, y por su mano yo no podía más que admirar cuán delicada y ligera era y cómo procuraba causar el menor dolor posible en aquella tortura.

"Lo que había visto allí quedó en mi mente toda la noche. La visión de aquella bella criatura refinada, perdida en aquella morada de indigencia, me perseguía. Medí y numeré sus sufrimientos. ¡Qué rencor debía haberse arraigado en ella contra aquel hombre! Y pensé sobre todo en los dos niños gemelos, mal alimentados y enfermuchos, a quienes su ojo de madre había envuelto con una ternura huraña, desolada. El había hecho sufrir a sus hijos: ¿cómo podría ella perdonarle nunca?

"Entonces, me representé aquella vida humana entre sus manos. Ella era, en el secreto de aquel cuarto, la dueña absoluta. El menor alivio él debía recibirlo de ella, y ella era la dispensadora de la débil esperanza de vivir que le quedaba. Yo he visto a la cabecera de ciertos moribundos, mujeres tan desesperadamente apasionadas y amantes, tan intuitivas, tan violentas contra la muerte y poseyendo a tal punto el sentido misterioso que salva, que he tenido la certidumbre, dos o tres veces realizada, de la curación. Dejando a María Teresa a la cabecera de su marido, sentí que él no podría sobrevivir.

"¿Creerán ustedes que en ese momento yo tuve un poco de pena? La joven esposa, el encanto de sus veinticinco años melancólicos, su poesía, sus bellos ojos marchitos, todo se oscurecía bajo la sospecha naciente que yo tenía contra ella. Era algo indefinible. Por momentos, veía el porvenir que le depara ría la desaparición de aquel ser de desgracias. El bienestar volvería, precio de su muerte. ¡Ochenta mil francos! Veía a los enclenques hijitos crecer sin privaciones, y a María Teresa embellecer, renacer, recobrar la paz y esa especie de decoro que una mujer no tiene ya desde que se ve forzada a confesar sus privaciones. Al instante después, yo me decía que la vida potente y joven de aquel desdichado estaba reducida a un soplo, y que ese soplo estaba a la merced de aquella que lo odiaba.

"Al día siguiente, al alba, yo estaba en casa de ellos. María Teresa vino a abrir, pálida y más deshecha que nunca. Yo le dije:

"—¿No se ha acostado usted esta noche?

"Ella me respondió:

"—No.

"Imaginé que esto podía ser para mejor espiar la llegada de la muerte. No sé por qué, sentía hacia ella inexplicables severidades.

"Tenía deseos de reprocharla duramente. Ella me precedía silenciosamente hacia el lecho. Abrí la caja de antipirina: estaba intacta. Era el único medicamento con el cual podía contar para aplacar la temperatura, que subía a cuarenta y un grados.

"—¿No le ha dado usted los sellos que le había prescripto? — le dije cruelmente.

"—Estaba postrado, sus dientes

"—¿Y las ventosas?

se apretaban y no podía tragar.

"—Traté de aplicárselas, pero no pude; él había caído sobre un lado como una masa inerte, y yo no tuve fuerzas para moverlo.

"La sospecha dolorosa se precisaba en mí. Sin ninguna observación, la miré en la cara; no pude leer en sus ojos más que una tristeza profundamente marcada y una prolongada fatiga.

"Examiné al enfermo. Cuando estuvimos solos, ella me preguntó:

"—¿Qué piensa usted hoy?

"—El pulmón se congestiona cada vez más—le dije,—no creo que dentro de dos días...

"Ella debía haber adivinado algo de mi sentimiento, porque me tomó afectuosamente la mano y murmuró:

"—Yo le asombro: oigo esta sentencia demasiado fríamente... Si usted supiera lo que he sufrido, si pudiera tener idea de las lágrimas que he derramado, comprendería que tengo derecho a una especie de impasibilidad frente a lo que sucede. Soy una insensible. Lo que deba ser que sea. Todo me es igual...

"Ella me dió miedo. Sentí que aquella vida entre sus manos no pesaba nada. Le dije:

"—Piense que tiene ahí un moribundo. Sea buena... y si acaso lo ve muy mal, llámeme a buscar. Ensayaré una inyección.

"Me incliné inquieto, viendo siempre aquel destello trágico que había iluminado sus ojos cuando me había dicho: "¡Todo me es igual!" Yo sabía que ella no cometería nunca un acto delictuoso; pero había sutiles negligencias, olvidos, lentitudes apenas conscientes en los cuidados requeridos... La antipirina podía no ofrecerla a tiempo; las ventosas que libran el pulmón, podía no aplicarlas; porque, al fin, si el miserable llegase a curar...

"Fué en mí una obsesión. Pasé la velada en mi casa. A las diez, no pude contenerme y salí en dirección a la calle de Sevres. Presentía algo terrible.

Elogio de tus trenzas

A X. X

De una linda mariposa
las delicadas antenas
parecen niña preciosa
tus dos renegridas trenzas.

Como una noche de invierno
por lo larga y por lo negra
es el macizo de pelo
que se aprisiona en tus trenzas.

Observa, niña, tu negro
pelo cautivo en las rejas
a que lo lleva tu celo
cuando entretejes tus trenzas;

y verás que enamorado
cada vez que tú te peinas
mi corazón va enredado
en la trama de tus trenzas.

Yo quisiera ser el broche
con que tu pelo sujetas
para dejarte el derroche
de mis besos en las trenzas.

O ser amante *Romeo*
y tú adorada *Julieta*
para llegar a tu pecho
por la escala de tus trenzas,

y llevarme emocionado
como trofeo esplendente
el rulo caracolado
con que coronas tu frente...

. . . . . .

De una linda mariposa
las delicadas antenas
parecen niña preciosa
tus dos renegridas trenzas...!

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

A LA ULTIMA MODA

—¿Cómo quiere usted que se lo pele, señora?
—A la "garconne"...

"Les juro que mis sentimientos de aquella noche fueron atroces. ¿Debía condenarse o admirar a aquella criatura enigmática? Todo el problema, todo el interés, estaba en ella, en su conciencia que yo no conocía. Había algo de malo en acusarla, dulce y noble como me había parecido hasta entonces; pero creer ceguedad en ella ante una tentación semejante, era imposible. Estaba contento de ir a sorprenderla en plena noche, a una hora en que no me esperaba, de comprobar de improviso, sin rodeo posible, cómo procedía con su marido.

"En la calle dormida y oscura, vi las dos ventanas del cuarto piso, allá arriba, débilmente iluminadas. Subí. Era una escalera estrecha y oscura, y debí encender un fósforo para guiarme; nunca había sentido una impresión semejante al dirigirme a visitar a un agonizante. El corazón me latía como si el enfermo hubiera sido mi hijo. Llegué al descansillo, tanteando con las manos, y llamé muy débilmente. No me respondieron. Dí otro golpe, y, al no obtener tampoco respuesta, vi que la puerta no estaba cerrada con llave. Entré solo. Ya conocía el minúsculo departamento. Una lamparilla posaba aquí, al lado de la alcoba, donde dormían los niños. Penetré en el dormitorio; una vela ardía sobre la mesa de noche: el enfermo, con la cabeza alzada por dos almohadas, me miraba fijamente. Una silla aparecía al través, como recientemente movida, sobre la alfombra de junto al lecho; pero María Teresa no estaba allí...

"Observé en las pupilas del enfermo que había recobrado la lucidez. Aventuré ante todo la pregunta que me quemaba los labios:

"—¿Está usted solo, señor?

"El me miró con la misma fijeza terrible; estaba tan débil que no podía hablar; por otra parte, no me reconocía.

"—Yo soy su médico y vengo a verle. ¿Está usted solo?

"El hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

"—¿Su esposa?

"Sus pupilas se movieron estúpidamente, erraron por el cuarto; él murmuró:

—"No está aquí, mi esposa...

"Tenía la respiración más larga, menos dolorosa, el tórax podía ensancharse en la posición casi normal, sin la crispación de la mañana.

"Yo me dije: "¡La miserable! Ella lo ha visto mejor y se ha marchado. ¡La muerte la ha decepcionado, y, no osando llamarla, ha querido al menos dejarle el campo libre en su ausencia, la cobarde!"

"Entonces, ¿saben ustedes lo que me sucedió? Fuí presa de una simpatía, de un interés extraño por el marido de aquella mujer. Lo auscúlté con dulzura y, al mismo tiempo que tomaba su temperatura, sin saber siquiera si él me comprendía, le hablé con palabras reconfortantes y cordiales. Resolví no dejarlo una noche entera tan solo. Parecía sufrir intolerablemente de la cabeza, la fiebre persistía; le prodigué algunos cuidados y luego me aproximé a su lecho para descifrar mi diario a la mala luz de la vela. Pero yo no había contado con las distracciones; mi diario me apasionaba bastante menos que aquel crimen oculto que se cometía allí, en el incógnito de aquella habitación; la bella María Teresa, la dulce y turbadora morena huyendo clandestinamente en la noche, para no tener que ayudar a las fuerzas de vida que tornaban a aquel cuerpo que ella había vendido ya en pensamiento, ¿no era una cosa terrible? ¡Ochenta mil francos la puso a precio de esa vida que ella abandonaba de manera tan discreta, casi tan natural! ¡Irse, era tan simple! Dejar morir, sin matar; asesinar, sin delito, sin un acto, sin un gesto: partir...

"Yo no había despreciado tanto nunca a una mujer.

"¡Ah! ¡Se hubieran ustedes reído bien al verme aquella noche, sirviendo humildemente a aquel respetable señor! El fuego se apagaba en el fogón, y debí buscar por detrás de la cocina el lugar donde escondían la leña, e hice arder las astillas. Airée la alcoba, arreglé con cuidados infinitos el colchón hundido bajo el cuerpo del enfermo. Me impulsaba, no la compasión, sino un odio secreto por María Teresa, una animosidad de justiciero me animaba. ¡Yo salvaría a su marido, y ella quedaría defraudada!

"El se durmió quejumbroso; bajo el martillear de sus sienes, su cabeza tenía un movimiento de pequeñas sacudidas. El conocimiento, al volver, le había vuelto a dar el sentido del sufrimiento. Tomé nuevamente mi diario. Era casi media noche.

"Oí algo, un deslizamiento en el cuarto contiguo; de pronto, la puerta que yo miraba se movió, abrióse lentamente, sin ruido, y María Teresa, el rostro aterido por el frío nocturno, pálido bajo el sombrero negro, estrechando un paquete contra su delgado busto, entró, me vió y se estremeció...

"—¡Oh, doctor! ¡Qué bueno es usted!

"Sus ojos azules, infinitamente bellos y tristes, me penetraron. Yo no me contuve largo tiempo.

-Usted ha salido...—balbucée.

"Ella se inclinó sobre el lecho sin responderme.

"—Duerme—dijo.

"—Usted ha salido...—repetí.

"Ella desenvolvió el paquete, hecho con un trapo blanco del que goteaba agua.

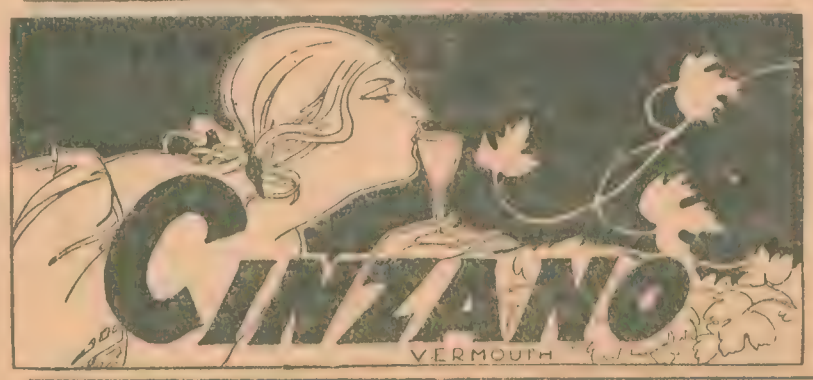
"—El sufría demasiado y yo quería ponerle hielo en la frente; hay un café donde él era contertulio y yo sabía que no me lo negarían. He tenido que ir a pie. Creo que esto va a aliviarle un poco... Está mejor, ¿verdad?

"Con hielo triturado, ella preparaba compresas para las sienes del enfermo. Yo dije:

"—Creo que está salvado.

"—Ella me dirigió una mirada que nunca olvidaré, una mirada en la que leí su alma. Indeciblemente resignada, su mirada veía el porvenir, la nueva lucha al lado de aquel compañero desgraciado y vil, la vida atroz, semejante al pasado, la miseria; pero decía también, aquella mirada, la gloria del triunfo sobre la muerte, la buena alegría de ver revivir a un moribundo y la todopoderosa piedad femenil. Ella vino hacia mí, sonriente, llena de paz:

"—¿Salvado? ¡Por usted, doctor! ¡Gracias!



El culto de los tiburones

El doctor Jackson, que ha vivido, durante cinco años, entre algunas tribus salvajes de Nueva Guinea, ha manifestado que estas tribus, que viven en el litoral y cerca de unos grandes bancos de corales, adoran a los tiburones, que son para ellas los verdaderos y únicos dioses. Estos tiburones son de un género especial, llamado "maselay", y abundan extraordinariamente entre los bancos de corales ya citados.

Todos los muertos son arrojados al mar, y los tiburones se los llevan a las grutas submarinas. Estos entierros sumarios son precedidos de interesantísimas ceremonias.

Cuando muere alguien de la tribu, cuatro ancianos lo envuelven en sus ropas y lo colocan en unas andas hechas con ramas y hojas de cocotero.

Toda la tribu marcha detrás del cadáver. Una vez la comitiva llega a la orilla del mar, uno de los ancianos llama a grandes voces al tiburón que por clasificación corresponde al muerto, y le ruega que se lo lleve al fondo del océano. Como el tiburón no acude, las andas, con el cadáver, son arrojadas al agua. Inmediatamente se ve cómo surgen los tiburones de entre las olas, disputándose la presa.

Mientras ésta desaparece, toda la tribu entona un canto funeral. Cuando el muerto ha sido arrastrado por los tiburones al fondo del mar, la tribu se dedica a un baile extraño sobre las arenas de la playa.

Creen los indígenas en cuestión, que las almas de los muertos, una vez que los tiburones las libertan de los cuerpos que las encerraban, van a una caverna sagrada que se abre entre los corales.

Y cuando cambia la luna invocan a esas almas y les suplican se esfuercen por concederles pescas abundantes y buenas cosechas.

El doctor Jackson intentó convencer a los indígenas de que su religión es absurda; pero ellos montaron en cólera y le amenazaron con matarlo y arrojarlo a los tiburones. En vista de ello, el doctor Jackson decidió callarse.

El gobernador inglés de Nueva Guinea va a enviar una expedición para que estudie las costumbres de estos salvajes adoradores de los tiburones y procure civilizarlos.

Origen del agedrez.

El origen del juego del ajedrez es antiquísimo, pues hay escritor que afirma se conoció ya en la guerra de Troya; pero lo que parece más probable es que fuese invención oriental anterior a todos los cálculos que hacen los tratadistas, y que empezase a jugarse en la India. La leyenda atribuye su invención a Sissa, hijo de Dahir.

En cuanto a la fecha de su invención, tampoco existe dato cierto; pues unos la remontan al año 2000, antes de J. C.; otros, al siglo VI, antes de J. C., y otros entre el siglo II y III, antes de J. C.

Los mejores ajedrecistas fueron, en la Edad Moderna, Lucenas, Damiano, Reny, López de Segura, Busnarde, Arales en España, Gianusio, Silvio, Carrera en Italia, Donican Filader en Francia, y en la Edad contemporánea, Deschapellis Craus, Macdonnell, Lewis Stanntan, Kling, Horwitz, Mandheim, MacDonell, Les Bombonais, Borchthal, Luis Paulser, Neuman, Zukestort, etc., etc.

Entre los manuales más notables podemos indicar "El Ajedrez" por José Brunet, Barcelona. "El Ajedrez de memoria", por Vázquez, Habana. "A. B. C. des echecs", por Numa Greti, París.

LA MEDALLA

Por Pierre Mostier

Era una de esas cenas parisienses cuyos comensales son citados al día siguiente en los ecos de sociedad de los periódicos. La dueña de casa era una respetable dama que se ocupaba de arte y de política; su esposo, un anciano silencioso y distinguido, que había adquirido una brillante reputación como coleccionista de medallas y monedas. Los invitados pertenecían a las clases sociales más elevadas; la política, el arte, el ejército, la literatura, la medicina, etc., tenían en aquellos salones la más brillante representación.

Antes de pasar a la mesa, la dueña de casa había llamado a sus invitados y les había anunciado para los postres una sorpresa extraordinaria. Pero desde el segundo plato los comensales estaban impacientes; querían saber, y, cediendo a tanta insistencia, la señora les dijo:

—Señores: les he reunido aquí, primero, por el placer de tenerlos a mi mesa, y luego, por la alegría de enseñarles un tesoro único: el ejemplar más raro contemplado hasta hoy. Hace un mes que lo poseo; viene de Egipto. Es la perla de mi colección. He pagado por ella doscientos mil francos, y la venderé por un millón cuando me plazca.

Se hizo un gran silencio. ¡Una antigüedad que valía un millón no era un espectáculo ordinario!

—Hela aquí—prosiguió la dichosa propietaria, tendiéndola a su vecino.

Era una especie de medalla de oro, de cinco a seis centímetros de diámetro. Circuló de mano en mano, pues todos querían verla. ¡Tener un millón en una mano, aunque no sea más que un instante, no es cosa permitida a todo el mundo! La medalla circulaba de mano en mano; pero de pronto desapareció. Fué buscada en vano. Al asombro siguió el estupor. ¿Qué misterioso ladrón se había introducido en aquel aristocrático comedor y había adoptado el rostro respetable de uno de aquellos huéspedes ilustres?

Todos se miraron con terror. El numismático estaba lívido, y su esposa se abanicaba nerviosamente sin decir una palabra.

Entonces, un autor dramático, como hombre habituado a resolver las situaciones más difíciles, dijo:

—Todos nosotros somos gente honrada, nos conocemos y tenemos plena confianza los unos de los otros. ¡No tengamos, pues, un estúpido amor propio! Ha desaparecido una medalla que valía un millón. Estoy seguro de que se encontrará; pero como es posible que uno de nosotros la tenga inadvertidamente, propongo que vaciemos nuestros bolsillos.

Esta proposición fué aceptada con alegría, casi con entusiasmo. Y fué para todo el mundo un placer depositar sobre la mesa, ante la mirada estupefacta de los dueños de la mansión, pañuelos, llaves, monedas, carteras, cigarreras, cajas de cigarrillos o pastilleros.

Sin embargo, dos de los invitados no habían vaciado sus bolsillos. Uno de ellos se disponía a hablar cuando el otro lo detuvo enérgicamente:

—Encuentro que este medio de investigación es humillante para nosotros. Yo no me someto a él.

—¡Yo tampoco!—repuso el otro.

El primero era un académico que contaba los más ruidosos éxitos en el teatro y en la novela; el segundo, un general que había vencido en muchísimas batallas.

Todos los asistentes protestaron:

—¡Pero si nadie sospecha de ustedes! ¡Bien lo saben!

—Así lo creo—replicó el académico.

—Es usted muy dueño de proceder como le parezca—repuso secamente el coleccionista.

Imaginaréis cómo siguió la cena. Todos hablaban en voz baja, sin atreverse a dirigir la palabra al académico ni al general. Se les miraba con desconfianza.

Por fin terminó aquella cena impresionante. Dejaron el comedor para pasar al saloncito de fumar. Al levantarse, la dueña de la casa dejó caer la famosa medalla, que estaba entre los pliegues de su vestido, bajo la servilleta. Todos lanzaron un suspiro de alivio y se precipitaron hacia los dos sospechosos sintiendo la necesidad de asegurarles de su simpatía y confianza.

—¿Pero, por qué han rehusado vaciar los bolsillos?—preguntó el cronista al académico y al general.

—Ahora lo sabrán—respondió el escritor.

Y buscando en su bolsillo, sacó... una medalla exactamente igual al tesoro único que acababa de causar tanta emoción.

——Querido amigo—continuó, despiadado, dirigiéndose al coleccionista; — yo había traído esta medalla para hacérsela ver; pero cuando he visto la suya, exactamente igual, no he querido decirle ante todos los invitados que su estimación era un poco fantástica. Su medalla no es rara, no es incomparable, no vale un millón; lejos de eso. ¡Yo he pagado por ésta mil doscientos francos!... Pero si hubiera vaciado mis bolsillos cuando aun no se había encontrado la suya y hubieran visto ésta, me hubieran tomado por un ladrón. Y lo mismo se me ha juzgado ante mi resistencia. ¡He aquí cómo un exceso de buena educación puede perder a un hombre honrado!...

—¿Y usted?—preguntaron al general.

—Yo — respondió titubeando — también puedo confesarlo ahora. No vacié mis bolsillos porque me había guardado tres bombones que me proponía llevar a mi esposa... conforme suelo hacer cada vez que concurro a alguna fiesta...

Se necesita un peluquero que no hable.....

Por Julio Franzoso

Amigo lector; he aquí que debo hacerte una confesión: a pesar de haberlo intentado muchas veces aún no he aprendido a afeitarme. Tú dirás que esta confesión no te interesa por no haberla solicitado y que no tiene importancia, ya que son muchos los hombres que no saben realizar aquella operación.

Pero...; todo tiene su importancia, y trataré de demostrarte mi afirmación. Por carecer, pues, de esa habilidad doméstica, según todos tan práctica — ya que anula los viajes a la peluquería, las esperas inevitables, las propinas más inevitables todavía, etc. etc. — es por lo que me veo obligado a escuchar sonriente (con esa sonrisa de los que van a fotografiarse), todo lo que al "maestro" se le ocurra digno de mis órganos auditivos. Por eso, puedo mostrarte hoy este pequeño lote de oficiales, medio oficiales y cuarto de oficiales peluqueros, en el desarrollo de sus funciones. Arriba el telón:

(Peluquero 1.º Dramaturgo formidable, según él...).

—¡Qué drama el mío! ¡Si usted lo conociera! ¡Hace diez años que lo estoy escribiendo! Es un "drama muy dramático" porque a mí me gustan las obras fuertes, ¿"sabe"? ¿Quiere que le cuente el argumento?

—Bueno... (Nada se le puede negar a un hombre que tiene la navaja sobre nuestra garganta).

—Se va a emocionar, porque es muy emocionante ¿"sabe"? Es una hija que está enamorada del... padre y como no puede casarse con él, una noche... ¿"sabe"?, ella "agarra" y lo mata de una puñalada...

—¡Qué mala hija! (Pienso yo...)

—No hay en Buenos Aires una compañía que sea capaz de representar mi drama por lo fuerte que es! ¡Qué quieren con los dramas de Pirandello! ¡Si viera qué triste es la última "encena"! ¡Ah!, porque me olvidaba de decirle: la muchacha también se mata al final de la obra; así resulta mucho más dramático el drama...

—¡Basta, por favor! — exclamé, agotada la paciencia.

—¿Eh? ¿Se va?

—Sí; a terminar de afeitarme en otra peluquería.

Salí a la calle "desconcertado" y con una parte de la cara llena de jabón... Un uniforme de vigilante, que tenía un hombre adentro, me detuvo. Le expliqué lo sucedido y "sin saber cómo", me llevó a la comisaría en "averiguación de antecedentes"...

(Peluquero 2.º Ex cocinero retirado. Conocedor a fondo, del complicado arte culinario).

—En mi casa, el puchero se hace todos los días. ¡Pero qué puchero! Lleva de todo, ¿eh?, porque a nosotros nos gusta el puchero con mucha "sostancia"...

—¿A usted no le gusta el puchero? Qué raro, ¿no? En casa nos gusta a todos. ¿Por qué no viene el domingo a comer con nosotros? Yo lo invito desinteresadamente. Ahora, si usted quiere traerse unas masitas para los chicos... a gusto suyo, señor... dos kilos si le parece... Así tienen para varios días... ¡Ah, y de paso si quiere traerse un poquito de fiambre... Verá usted qué puchero "sostancioso" el nuestro!

(Peluquero 3.º Catedrático, hombre de turf, por excelencia... y por comodidad).

—Para este domingo tengo una "imperdible". Pero, entre nosotros, ¿eh? (Bajo y misterioso el tono, adecuado a las circunstancias). Juéguele diez ganadores a... (me dice al oído una palabra, que es el nombre del caballo)... yo sé por qué se lo digo... Hágame caso una vez... ¡Si viera qué aprontes! ¡Mil en 59"! No me haga "correr" el "dato", ¿no?...

(Más allá, otro oficial trata de convencer a otro infeliz cliente, como yo, de que está iniciado en los misterios de las ciencias ocultas. En tanto la máquina doble cero cumple su misión.

—...En el lugar que ocupaba la cama donde falleció mi esposa puse un ropero y durante tres noches seguidas, a eso de las doce, la puerta se abría y se cerraba sola... Era el espíritu de la finada que volvía al ropero, sin duda para ponerle naftalina a las ropas como era su costumbre hacerlo en vida... (El que escucha ha perdido los buenos colores que llevara en el rostro al entrar). También en esas noches oí ruidos como si arrastrasen cadenas y una voz lejana que me llamaba...

Amigo lector: Si tú conoces a algún "fígaro" que cumpla su trabajo con religioso silencio, envíame su dirección y asegúrale un cliente para toda la vida.

DE FENELON

¿No tienen las mujeres deberes que cumplir, deberes que son el fundamento de la vida humana?

¿No son ellas, por ventura, las que arruinan o sostienen las familias, las que cuidan de los detalles de la casa, las que, por consiguiente, influyen de un modo decisivo en todo lo que interesa más de cerca al género humano?

Es, pues, sumamente importante el educar bien a las mujeres.

El árbol cultivado más antiguo.-

Historia del olivo.

El olivo, vegetal tan célebre en la historia, es de todos los árboles que dan frutos, el que se ha cultivado desde más antiguo: en tiempo de Jacob se sacaba ya aceite de su fruto.

Se cree que fué transportado del Atlas al Atico y que los focenses, fundadores de Marsella, le introdujeron en la Galia.

Cuando las aguas del diluvio bajaron, Noé conoció que podía salir del arca viendo a la paloma que había soltado, con una rama de olivo en el pico.

Minerva y Neptuno se disputaron el honor de poner el nombre a la ciudad que Crepops había edificado y convinieron que tendría este privilegio el que produjese instantáneamente una cosa más útil. Minerva, golpeando la tierra con su lanza, hizo salir un olivo cargado de flores; Neptuno, con un golpe de su tridente, dió origen a un caballo. Los dioses decidieron en favor de Minerva, que puso a la ciudad el nombre de Atenas.

El olivo fué consagrado a Júpiter, pero más particularmente a Minerva, que le había dado a los atenienses y les había enseñado a cultivarlo. Vino a ser por esto el símbolo de la paz. Virgilio representa a Numa Pompilio con una rama de olivo en la mano para manifestar que su reinado era pacífico, y una rama de este árbol en las medallas puestas en manos de un emperador, significa que la paz ha sido de larga duración en su reinado.

Según los augures, un olivo herido por un rayo anunciaba la terminación de la paz.

Una corona de olivo era el premio de la victoria en los juegos olímpicos.

De olivo estaba hecha la maza de Hércules y también la del gigante Polifemo. De su misma maza sacó Ulises un trozo, que aguzó, y con el que sacó al temible gigante el único ojo que tenía.

Jerjes, cuando se apoderó de Atenas, hizo incendiar el templo de Minerva, en el cual se hallaba, según la tradición, el olivo que esta diosa había hecho crecer; pero habiendo obtenido algunos habitantes el permiso de ir al día siguiente a hacer sacrificios en medio de las ruinas, se cuenta que del tronco del olivo, a pesar de estar quemado, había brotado una rama de un codo de largo.

En los Idus de julio y en ciertas fiestas, los caballeros romanos llevaban coronas de olivo, lo cual prueba, según Plinio, la gran consideración de que gozaba este árbol, y añade que no era permitido emplearle en usos profanos, ni aún encender con él el fuego en los altares de las divinidades. Los romanos daban como símbolo a la Clemencia, una de sus diosas alegóricas, una rama de olivo.

El aceite de olivo era muy estimado en Roma y se vendía muy caro. Al principio de la República se consideraba al aceite más bien como un objeto de lujo que de necesidad.

Cuéntase que Diógenes, habiendo visto unas mujeres colgadas de unos olivos, exclamó: "¡Qué felicidad, si todos los árboles diesen frutos de esta especie!".

San Lucas, martirizado por los paganos, fué colgado de un olivo.

Heródoto cuenta la siguiente historia: Dos jóvenes doncellas, naturales de Epidauro, que recibieron un grave ultraje, se ahorcaron de desesperación. En seguida las tierras de los epidauros se esterilizaron y habiendo consultado al oráculo, prescribió que se levantasen a las dos víctimas, estatuas hechas de madera de olivo cultivado.

Los epidauros no tenían este árbol en su territorio y pidieron a los atenienses que les permitiesen ir a tomarlo en el suyo; se lo concedieron a condición que todos los años enviarían diputados a Atenas encargados de hacer un sacrificio solemne a la diosa Minerva, que era, según queda dicho, la creadora del olivo.

Plinio dice que el aceite calma las olas del mar, y otros autores han sostenido esta aserción.

El aceite de olivo tiene propiedad de obrar mucho menos sobre la aguja imantada que los otros aceites vegetales, propiedad en la cual está fundado un aparato electromotor imaginado por Rosseau para reconocer la falsificación de este aceite por otros aceites.

Al olivo le perjudica mucho el frío, y casi siempre perece cuando el termómetro baja a 12° bajo cero.

La pesca y la aviación.

La idea de recurrir a la aeronave para guiar a los pescadores hacia abundantes pescas es muy reciente, pues surgió hará unos cinco o seis años. Se decía que el aparato que vuela sobre el mar, por gozar de penetrante vista, tanto en el fondo como en la superficie, puede fácilmente encontrar los bancos de pescados y señalarlos a los marinos. Como complemento se podrá fotografiar el fondo del mar, por lo menos el de aquellos parajes en que la profundidad sea menor; los clisés que se obtengan revelarán los pasillos de légamo o arena por donde es fácil deslizar las redes (evitando el peligro de que se enganchen las rocas), los bancos de ostras y mariscos, las algas y hasta los cables submarinos, tan enemigos de los pesqueros.

En 1919 y 1920 se realizaron las primeras pruebas en Francia. Por las costas del Océano Atlántico se descubrieron bancos de pescados, más numerosos en el Pertuis Breton y en las cercanías de la isla de Yeu.

En 1924 se realizaron nuevos intentos, esta vez con dirigibles. Sobre las islas de Oleron y de Yeu se hicieron excursiones aéreas que no dieron resultado alguno, toda vez que la visibilidad fué muy mediocre, en general. Y en junio y septiembre del año pasado se reanudaron las pruebas, realizándose tres intentos: en los dos primeros fueron señalados bancos de mújoles, sin que se encontraran sardinas; el tercero y último intento dió por resultado el descubrisiento de una banda de marsoplas, cuya presencia, casi siempre, es indicio de la de sardinas, pero tampoco pudo hallarse este pescado. El dirigible señaló, no obstante, el hecho a los pescadores de la Rochelle, y salió un pesquero que volvió a tierra con bastante pescado.

También en los Estados Unidos se han realizado ensayos análogos; y tan grandes beneficios parece que reportan a la industria pesquera americana estos procedimientos, que determinadas fábricas de conservas han establecido servicios de aviones de reconocimiento para sus pescadores.

En Canadá y Terranova, los tripulantes de hidroaviones vieron a poca profundidad focas y bancos de bacalao.

En octubre y noviembre de 1921, en Felixtove, Lowestoff, costa de Suffolk y Plymouth (Inglaterra), varios hidroaviones salieron en busca de bancos de pescado, volando a unos trescientos metros de altura.

En las costas de Cornouailles se realizaron las mismas pruebas hacia marzo de 1923, pero tanto los anteriores intentos como éste dieron resultado negativo a causa de la poca visibilidad, la niebla, la lluvia, sin contar la marejada, que demostraron ser grandes inconvenientes para este empleo de la aviación.

En Escocia se realizaron pruebas, en julio y agosto de 1924, a lo largo de Peterhead (condado de Aberdeen). Tampoco parece ser que hayan dado resultados satisfactorios. Pero aquí es porque tanto la Mancha como el mar del Norte son muy poco favorables al empleo de la aviación en la pesca, debido no sólo al tiempo, casi siempre nublado, sino también a sus fondos arenosos. Las aguas de aquellos parajes contienen en suspenso infinito número de granos de arena que dificultan la exploración aérea.

En donde la cooperación de la aviación y la industria pesquera puede verdaderamente prosperar, es en parajes de fondos claros y rocosos, como, por ejemplo, a lo largo de las costas francesas de Bretaña y Vandée, y en las costas españolas de las Provincias Vascongadas, Asturias y Galicia.

Hay, además, que modificar y perfeccionar los procedimientos y proyectos primitivamente empleados. Lo que generalmente se desea con mayor interés es el dotar a todos los barcos pesqueros de aparatos de telegrafía sin hilos, con objeto de que puedan comunicarse con el aeroplano o hidroavión. Y si se tratara de informar a pequeños patrones que no disponen cada uno más que de un barco de vela sin motor auxiliar ni telegrafía sin hilos, entonces habrá que contentarse con señales convencionales o con boyas.

Y el último proyecto consiste en emplear el aeroplano, no ya tan sólo para descubrir la presencia del pescado, sino la de los peces carnívoros. El mar es un inmenso campo de batalla, donde a cada minuto se originan sangrientos dramas.

Se piensa, en lugar de dedicarse a la mera busca del pescado, en descubrir y perseguir a los grandes carnívoros, cual el llamado beluga, que devora a millares de pescados.

El beluga es un cetáceo de la familia de los delfines, que mide de tres a cinco metros de largo, y que vive en manadas. Los daños que causa son tanto más graves cuanto que casi siempre devora el pescado ya cogido en la red, para lo cual corta ésta con sus potentes mandíbulas.

El Caloragua "LONGVIE"
proporciona
AGUA CALIENTE
BARATA AUTOMATICA Y PERMANENTE
VISITE LA
Exposición Longvie
TUCUMAN 727

FRENTE A FRENTE

Joven hermosa que vas
en tu coche reclinada,
sin conceder tu mirada,
ni conmoverse tu faz.

Orgullosa del blasón
que ostenta tu aristocracia,
gustas que admire tu gracia
hasta el humilde peatón.

Sabes, sin quererlo ver,
que tu encanto lo deslumbra
y se aclara su penumbra
porque te ha visto, mujer.

Y te rinde vasallaje
porque siente, en su emoción,
que se le va el corazón
siguiéndote en tu carruaje.

Así, por tus ufanías,
ante su mirada gozas,
del prestigio de esas rosas
de las grandes florerías.

Pero un contraste temido
hiere tu afán de coqueta:
es la altivez del poeta
que no se da por vencido.

Y aunque rime la canción
que tu belleza le inspira,
no ha de olvidar que su lira
es igual que tu blasón.

Quedamos pues, frente a frente,
sin saber quién vence a quién:
tú con tu altivo desdén;
yo, sin doblegar la frente.

IRENEO RICARDO DEL PINO.

Los diamantes de lady Danver

Por J. P. Loughuan

Grange metió la caja de cuero con las joyas en su bolsillo, se abotonó el sobretodo y salió silenciosamente de la habitación.

Luego se apresuró nerviosamente a bajar la escalera, atravesó el vestíbulo y salió por la ventana que daba al jardín.

De pronto se puso a escuchar, oía pasos en la acera de enfrente, que se acercaban a cada momento.

Las sienes se le inundaron de sudor. ¿Lo agarrarían en este su primer delito, cuando la fortuna le sonreía una vez más, dándole nuevos medios para huir con Emma a otro país?

Cada vez se acercaban más las pisadas. Ya estaban casi enfrente de la puertecita de la pared. ¿Se detendrían? No, habían pasado, José Grange corrió el cerrojo con dedos temblorosos y al salir sintió una mano en su hombro.

—Vámonos de aquí—dijo una voz a su oído.—El vigilante acaba de marcharse, pero puede volver en un minuto y sería peligroso si te encontrara con los diamantes de Danver en el bolsillo. ¿Eh?

Grange no supo qué decir en el momento y anduvo al lado de su compañero, ceñudo y triste. Era una desgracia, decíase, que lo hubiera descubierto este hombre, que era el que más odiaba en el mundo. Porque su compañero era Carlos Stanly, hermano de leche de Emma. Al ganarse a ésta, José había conseguido su único triunfo sobre Stanley, pero ahora se encontraba en poder de aquel hombre y el viaje a otro país parecía ya imposible.

—¿Qué quieres?—preguntó bruscamente.

—Parte del botín—replicó Stanly.—Vamos a medias y estamos en paz. Las joyas hubieran sido mías, si no te hubieras anticipado. ¿Quieres partir?

—Lo pensaré—dijo Grange contrariado.

—¡Pronto! Te doy plazo hasta mañana, y si no accedes te revienta. Habrá una recompensa ofrecida que será para mí. Hasta luego ¡Que vengas mañana temprano!

Se marchó, y cuando Grange se dirigía lentamente a su casa, una idea desesperada le acudió a la imaginación.

Emma estaba despierta cuando entró en su miserable desván.

Había estado llorando; pero José iba tan abstraído con sus proyectos, que no se apercibió. En lugar de hablar Emma lo observó con silencio ansioso. Nunca lo había visto con tal aspecto, y, con la pronta intuición de una mujer comprendió que algo había ocurrido.

Lo vió mirar fijamente alrededor de la pieza, y después avanzar a la hornilla apagada, donde abrió un agujero en el montón de cenizas frías y, escondiendo allí algo, lo cubrió con las mismas.

—¿Qué es eso?—preguntó ella.

—El principio de una nueva vida para ambos—contestó él.—Estoy cansado de esta existencia y no hay medio de salir de ella sin dinero. He buscado trabajo, he intentado volver a la labor; lo he intentado todo; pero sin resultado. Ahora nos vamos, tú y yo, y lo dejamos todo, tan pronto como arregle las cosas.

Se detuvo pensativo y contrariado y siguió después hablándola.

—¿Tú conoces bien la casa de Stanly, Emma?

—Sí, José. ¿Por qué?

—¿Cuál es la habitación de Carlos Stanly?

—¿Para qué, José?

—Necesito saberlo. ¿Cuál es su habitación?

La mujer lo miró en silencio por algunos minutos. Sabía que las contrariedades y el hambre habían arrastrado a este hombre a la desesperación. Sabía también que sus propios sufrimientos pesaban día y noche en el corazón de él, y que había llegado al extremo de estar dispuesto a hacer cualquier cosa para mejorar su desesperada situación. Pero, ¿qué tenía que ver con él Carlos Stanly? ¿Estaría su marido al borde de algún crimen terrible que lo persiguiera toda su vida?

—Emma, ¿cuál es la habitación de Stanly? Tú has vivido en la casa como una de la familia y debes saberlo. Dímelo pronto, porque tengo que salir dentro de un minuto para arreglar algunos asuntos.

—No salgas otra vez, José, hazme el favor.

Pero él la interrumpió bruscamente:

—Tengo que salir y antes de irme necesito que me digas lo que te he preguntado. Más vale que me lo digas, Emma. Si no me lo dices será peor.

Ella se cubrió la cara con las manos procurando tranquilizarse. Comprendió instintivamente que, contestara o no, su marido llevaría adelante sus propósitos, cualesquiera que fueran, y una calma sin esperanza reemplazó su anterior congoja.

Levantó la cabeza y le dijo:

—José, es la pieza baja que da a la calle, y Dios te perdone si vas a hacer algo mal hecho.

Un momento después salió José. Anduvo por las calles oscuras como en un sueño. Había llegado a la crisis de su vida, y deliberadamente, había decidido la senda que debía tomar. Sabía dónde podía obtener 100 libras y no más, por los diamantes de Danver, y si tenía que dividir esto con Stanly, adiós sus sueños de porvenir. Cincuenta libras no era suma bastante para él; quería tenerlo todo. Apretó los dientes y marchó adelante, hasta hallarse en la calle donde vivían los Stanly; la casa de su enemigo estaba allí, en la oscuridad. Allí estaba la ventana de la pieza, donde él quería entrar. La calle estaba desierta.

¡Era la ocasión!

Examinó atentamente la ventana. El pestillo estaba roto y el levantar con cuidado el postigo era obra de pocos segundos. Se inclinó y trepó a la habitación, cerrando nuevamente la ventana.

Podía oir su propio corazón latir al avanzar silenciosamente, hasta que su mano izquierda tocó la cubierta de una cama. Sus dedos estaban ya en la almohada mientras que distinguía el perfil oscuro de la cabeza del dormido.

Se apartó y tentó otra vez. Había una toalla en una percha, al lado de un lavabo. La tomó, sacó una botella del bolsillo y echó el contenido en la toalla doblada en cuatro. Después se inclinó en la cama, colocó la toalla sobre la cabeza del dormido, sosteniéndola ligeramente en dicha posición con ambas manos.

Así estuvo durante cinco, diez, quince minutos angustiosos. Después la retiró, y acercó el oído a los labios del muerto. No percibía ningún aliento: había completado su tarea. Salió después como un sonámbulo y sintiendo vacilar sus piernas, se sentó un largo rato en un banco de la plaza, hasta lograr serenarse.

Emma estaba dormida cuando José Grange regresó, y, cansado de espíritu y cuerpo, pronto se quedó dormido. Pero el sueño le trajo poco descanso, porque la cara mortal de Carlos Stanly lo perseguía en sus sueños todo el resto de aquella noche terrible.

Cuando despertó, la luz entraba por los cristales sucios y se encontró solo en la pieza. Se vistió y empezó a pasear intranquilo de un lado a otro. Tenía el propósito de salir y disponer de los diamantes a primera hora de la mañana; pero todo el horror del asesinato estaba vivo en su alma, y no se atrevía a encontrarse en la calle con sus semejantes.

Se imaginaba el encuentro del cuerpo de Stanly, y el clamor y alarma por el criminal, los anuncios en los diarios y las discusiones generales que se entablarían en las esquinas de las calles y en las tabernas donde él tantas veces pasaba las horas.

El robo de los diamantes palidecía hasta la insignificancia, ante este segundo y más terrible crimen y su cabeza vacilaba cuando pensaba en las consecuencias del descubrimiento. Quiso dominarse por completo antes de aventurarse a salir. Se sentó a la mesa y, apretándose con sus manos las sienes que le latían, intentó desterrar el terror que le oprimía el corazón. Se tapó los oídos y procuró pensar en lo que debía hacer. Allí se quedó sentado sin conciencia del tiempo, hasta que repentinamente se abrió la puerta y alguien atravesó el umbral.

Granje dió un salto y se balanceó, retrocediendo y tartamudeando de horror.

Los ojos querían salírsele de las órbitas, su cara estaba lívida, sus manos apretadas; porque la figura que se presentó ante él, era la figura de Carlos Stanly, vivo y sano. Entonces, ¿a quién había matado?

La duda pasó como un relámpago por la mente de Grange y para darse cuenta, balbuceó estas palabras:

¿Cómo están en la casa?

Stanly se sonrió horriblemente.

Todos tranquilos, excepto el viejo contestó. Padre se murió. Pero, ¿por qué miras tan espantado? ¿Dónde están los diamantes?

Granje fué a la hornilla y se arrodilló.

Aquí están—dijo desanimado.

Y puedes llevártelos todos. ¡Diantre!

¿Qué ocurre? — preguntóle Stanly.

MANTO PATRIO

Manto patrio, manto hermoso
de la biceleste y blanca,
que surgió allá en la barranca
del Paraná majestuoso.

Manto patrio, manto hermoso
que aprendiéramos a amar,
entre el dulce modular
del himno y el padre nuestro,
mientras cumplía el maestro
su misión de iluminar!

Manto, sin sombra, inmortal
que en el Pasaje, jurado,
fué en Tucumán consagrado
como enseña nacional.

Manto, sin sombra, inmortal,
de los demás respetuoso,
que hoy, como ayer, generoso
sin pretensiones se yergue
sobre esta tierra que albergue
brinda, al hombre laborioso!

Manto, a la fuerza, guerrero
que en la jornada imponente
más lo besó el sol ardiente
y más lo arrulló el pampero.

Manto, a la fuerza, guerrero
que al detener su carrera,
pleno de fama, luciera,
porque en días ya lejanos
libertó a pueblos hermanos
de la opresión extranjera!

Pendón que flameara airoso,
y Falucho traicionado
prefirió a verlo humillado
sufrir martirio glorioso.

Pendón que flameara airoso
hasta en horas de dolor,
congregando, en derredor,
las tropas, frente al hispano,
cuando lo alzara Belgrano
como infundiendo valor!

Con Güemes, el guerrillero
de incomparable pujanza,
escoltado por la lanza
se impuso en el entrevero.

Con Güemes, el guerrillero
por esta tela sagrada
corrió, como desatada,
la gaucha y fiel montonera,
que tanto, en sus tiempos, fuera
para después no ser nada!

Manto que mimó el laurel
y que sólo vió bravura
—el que con alma se jura
ya a bordo, ya en el cuartel—

Manto que mimó el laurel...
y aprendiéramos a amar
entre el dulce modular
del himno y el padre nuestro,
mientras cumplía el maestro
su misión de iluminar!

FELIPE FLORES (hijo).

—Se los han llevado—dijo Grange. — Los escondí aquí anoche, y han desaparecido.

Y señaló las cenizas que había escarbado.

—Eso no me basta. Hay que encontrarlos — contestó Stanly con desprecio.

—Es la verdad.

—¡Es mentira! Las piedras las trajiste aquí anoche, y tienen que estar. ¡Búscalas!

—¡No conseguirás nada!

Volviendo la cara, los dos hombres vieron a Emma de pie en la puerta.

—Las piedras no están ahí ya—continuó, entrando en la pieza, — porque yo misma las llevé esta mañana a casa de lady Danver. Si no me crees, Carlos, ve y pregunta a la señora misma. Y ahora vete, porque necesito hablar a José.

Stanly se marchó refunfuñando, y tan pronto como salió, Emma se volvió hacia Grange.

—Cuando entraste anoche—dijo ella —te iba a decir que el padre de Carlos había muerto repentinamente. Murió en la habitación pequeña del piso bajo—añadió, sin mirar a su marido.

—Tengo que darte otras noticias —continuó después de una pausa.— Cuando restituí las alhajas a lady Danver, hoy, la dije la verdad entera respecto a nosotros, y nos va a dar recursos para empezar una nueva vida en otro país. José, ¿tú quieres cambiar de vida? ¿Querrás, José?

El se adelantó, y pasando el brazo alrededor de su cintura, la dijo en voz baja:

Ante Dios, te digo que sí quiero Emma... He aprendido una lección de los diamantes de lady Danver.

EL JUGADOR

Sin ser un moralista muy austero, y considerando el juego como uno de estos males profundamente humanos que no se podrán desarraigar jamás, y que a pesar de todos los esfuerzos reaparecerá siempre bajo formas nuevas, lo menos que se puede hacer es no alentarlo, no propagarlo.

El jugador—me refiero al jugador inveterado si profesional—no es interesante. Si es rico hace de su dinero el empleo, el más triste que se puede imaginar. En el fondo del jugador hay habitualmente un perezoso, un impotente, un egoísta sin energías, ávido de goces inmerecidos, un descontento y un fracasado.

El juego es una aventura sedentaria, abstracta, mezquina, seca, esquemática y sin belleza de los que no supieron encontrar o provocar las aventuras reales, necesarias y bienhechoras de la vida. Es la actividad febril y malsana del ocioso. Es el esfuerzo inútil y desesperado de los enervados que no tienen ya o no tuvieron nunca el valor y paciencia de realizar el esfuerzo honesto, perseverante, sin brillo, que exige toda existencia humana.

Hay mucha vanidad pueril en el caso del jugador. En suma, es un niño que busca su sitio en el Universo. No se ha dado cuenta todavía de su situación. Se cree sin igual ante el destino. Infautado de sí espera que lo desconocido, lo incognoscible, haga por él lo que no hace por nadie y lo espera sin razón porque es él, y los otros no tienen ese privilegio. Es arrastrado a interrogar sin cesar, rápidamente, ansiosamente, a la suerte, con no sé qué vana y pretenciosa esperanza de aprender a conocer mejor fuera de sí en sí mismo. Si no tiene suerte, quedará halagado con creerse perseguido por ella; si es feliz, se afirmará más en razón de los dones excepcionales que el azar le brinda. Por lo demás, no tiene ninguna necesidad que merezca esos dones; al contrario, cuanto menos derecho tenga más orgulloso será de ellos y una injusta y manifiesta ingratitud experimentará al gozar de los favores de la buena fortuna.

MAURICIO MAETERLINK.

La medusa o aguaverde y sus terribles tentáculos

La medusa o aguaverde, es celentereado que debe esta denominación principalmente a la circunstancia—aparte otros caracteres—de tener, como todos los animales de su tipo, una sola cavidad, la gastromuscular, en el interior del cuerpo; no es un zoófito tan inofensivo como generalmente se cree. Bajo esa inocua apariencia, la medusa posee una asombrosa capacidad prensil. Así lo han demostrado recientes investigaciones llevadas a cabo en uno de los más importantes "aquariums" de Inglaterra.

El aguaverde va arrastrado por las corrientes, ya en la superficie del mar, ya en aguas profundas, y como un pobre ser inocente, va mezclado con peces y larvas que le sirven de pasto.

Con frecuencia, las medusas son arrojadas por las olas a la playa, en la que a veces hay grandes extensiones cubiertas de esos organismos transparentes que en su inmovilidad parecen privados de existencia.

Una de las especies de aguaverde, la llamada "Chrysaora noscalee", cuando apenas alcanza tres centímetros de diámetro, satisface su voraz apetito con todo lo que está al alcance de sus tentáculos de extraordinaria longitud y sensibilidad, que, invisibles y en constante vibración, no malgastan energía en el forcejeo con presas que no pueden ser fácilmente atrapadas. Aquella sobre la cual se posan los tentáculos de la medusa no tiene salvación posible. Las medusas de menor tamaño, las larvas de cangrejo y de varias clases de peces, las blennas y otros pequeños pescados, son tenazmente perseguidos por el aguaverde, que caza de una vez tres y cuatro ejemplares. Tan pronto como el tentáculo elige víctima, empieza a convertirse con lentitud hasta que introduce la presa en la boca de la medusa, alguna de las cuales tienen labios colgantes que atenazan al animalito aprisionado, y le dirigen al estómago, aunque no es necesario que el alimento llegue con rapidez a esta cavidad, ya que a la boca afluyen jugos digestivos que disuelven en seguida el cuerpo del cautivo.

Dos jóvenes medusas de la especie de los "equóreas" fueron introducidas en un "aquarium" donde vivieron juntas por espacio de tres semanas, y alimentándose de pececillos de los que constituyen el pasto habitual del aguaverde y que les eran proporcionados en abundancia. Al cabo de aquel tiempo una de las pequeñas medusas fué devorada por un cangrejo, y la superviviente redobló su glotonería. Cierto día estuvo a punto de sufrir la misma suerte que su compañera, ya que otro cangrejo engulló un gran trozo del cuerpo del aguaverde, a la que se dió por muerta durante unas horas, al cabo de las cuales se observó que recobraba el movimiento y daba caza a una pequeña presa. Al día siguiente la medusa estaba curada y demostraba más apetito que nunca.

Cuando está lleno el estómago del animal, sus tentáculos se contraen, y apenas emergen en torno al cuerpo.

Hay también un tipo de medusa que semeja un saco transparente provisto de un fleco, que son los tentáculos. Se trata de una especie de gran voracidad y que engulle presas aun mayores que esa clase de medusa, y tiene la fortuna de no constituir alimento del agrado de los peces.

Esas que se ven en la playa y que son de forma casi esférica, recobran su vitalidad tan pronto como se las introduce en un recipiente de agua salada, en la que nadan a impulso de unas aletas endosadas a la parte inferior del cuerpo. Esta clase de aguaverde, que sólo tiene un par de tentáculos de extraordinaria longitud, se alimenta principalmente de sardinas y de pequeños crustáceos, así como también de platijas y de los huevos que pone la hembra de este pez.

Al observar la extremada delicadeza de los tentáculos del aguaverde, produce asombro el gran poder prensil que poseen esos sutiles órganos, como igualmente pasma la consideración de que para tantos ejemplares de la fauna marina sea tan temible la medusa, organismo tan liviano que lo absorve un trozo de papel secante.

TARDE OTOÑAL

Para FRAY MOCHO.

Siembra al mosaico el jazmín
de perfumadas estrellas,
en estas horas tan bellas
propicias para el esplín.

Serena tarde otoñal
que una femenina mano
está arrancando del piano
algo muy sentimental.

Paulatinamente avanza
la sombra crepuscular,
cual se acrecienta el pesar
cuando se va la esperanza.

Ya la música ha cesado
y la brisa deja al fin,
en las teclas un jazmín
como punto perfumado.

LUIS A. DE LEON.

Colonia, mayo 9|926.

¿Cuándo vivió Abraham?

El fragmento de una tablilla con inscripciones encontradas en Kish completan el texto de otra que existe en el Museo Británico, y la larga serie de observaciones astronómicas sobre las salidas y rutas del planeta Venus durante los treinta y un años del reinado de Amuniyadunga, décimo rey de la primera dinastía babilónica.

La lápida de Kish, combinada con la del Museo Británico, da el día, el mes y el año del reinado en los que Venus se ponía por el Este y reaparecía en el Oeste, y viceversa, con cifras exactas del tiempo de su invisibilidad.

Por estas fechas se ha sacado en limpio que Hamurapi, probablemente el Asurafel de que habla el Génesis, reinó de 2067 a 2025 (antes de J. C.), con lo cual se fija exactamente la fecha de Abraham.

La primera dinastía babilónica empezó a reinar en 2169 antes de J. C.

Sabemos que el ilustre Sargón empezó a reinar en 2752 (antes de J. C.), por la gran lista de dinastías existentes en Oxford, que da todos los nombres de los reyes desde la Creación al Diluvio, y desde éste hasta el principio de la primera dinastía de Babilonia.

Sabemos que Sargón fué aproximadamente contemporáneo de Netesimu, de la primera dinastía egipcia, y por consiguiente Menes, fundador de esta dinastía egipcia, reinó en 3100 (antes de J. C.).

Otra tablilla babilónica importante también, existente en el Museo Británico, habla de la creación del mundo y de la del hombre, hecho con el barro de la tierra.

Todas estas noticias fueron escritas en Babilonia antes de que la tomasen los hebreos.

La citada tablita, escrita con caracteres cuneiformes, dice:

"El Cielo y la Tierra fueron creados en un día y una noche en el remoto pasado".

El texto hebreo dice:

"Y fué una tarde y fué una mañana, un día".

"En un día de tiempos remotos, cuando el Cielo y la Tierra fueron creados; en una noche de los tiempos remotos, cuando el Cielo y la Tierra fueron creados".

La continuación de este interesante documento ha sido destruído, pero lo que queda ha bastado para que Inglaterra haya originado grandes polémicas entre estudiantes y sabios que se ocupan del estudio y explicación de la Biblia, y los asiriólogos, que pretenden que el Génesis está basado en las leyendas babilónicas más remotas.

La importancia de Asiria desde el punto de vista histórico y arqueológico ha dado origen a la astrología, que estudia la religión, civilización, historia y lengua asirio-babilónica, y, por lo tanto de los documentos escritos en inscripciones cuneiformes.

Las excavaciones asirias empezaron en el siglo pasado en 1820 y han continuado hasta la fecha.

Para descifrar la escritura cuneiforme se recurrió a las inscripciones trilingües.

Raulinson, en 1850, había comprobado 500 palabras, y Oppets llegó a conocer 6.300.

Hoy, ya las inscripciones cuneiformes las leen con facilidad los asiriólogos, y como se poseen más de 300.000 cilindros, tablillas e inscripciones, el conocimiento de la historia asiria ha llegado a gran altura.

El vuelo de las mariposas

Cuando decimos de alguien que "anda mariposeando", asociamos tal concepto a la impresión visual de esos frágiles e inofensivos insectos, que vemos posarse de flor en flor próximas. Creemos que vuelan corto. Y acaso cause sorpresa a mucha gente la afirmación de que, al pensar así, menospreciamos de una manera injusta una plausible actividad, error en el que, sin duda, incurrimos también al formar juicio sobre algunas "mariposas humanas".

Los entomólogos saben desde hace tiempo que ciertas mariposas pueden efectuar prolongados vuelos, como lo confirma el caso de alguna especie emigrante, que tiene su cuna en el norte de Africa, desde donde emprende el vuelo a diversos países, sin preferencia por uno determinado. Al atravesar el mar, lo hacen en fila india. Hay también otra especie emigrante que vuela en masa y desde lejos produce la sensación de una densa nube.

Por cierto que se posan en el mar para descansar, y emprenden fácilmente el vuelo.

El más considerable movimiento migratorio es el del insecto de la América del Norte, denominado mariposa-rey, que, según informes recientemente publicados por un entomólogo de Nueva York, puede recorrer una distancia superior a mil leguas, aseveración que corrobora el hecho de que esta mariposa suele verse en las Islas Británicas.

Es un insecto de gran tamaño, de color leonado, las alas moteadas con pintas blancas y negras.

También emigran las libélulas, vulgarmente conocidas bajo la denominación de *caballitos del diablo*, insectos desconocidos en las islas Hawai, antes de que allí se introdujera el cultivo del arroz, porque la procreación de semejantes libélulas requiere grandes extensiones de agua.

Participación en los beneficios

I

—¿Es que has hecho fortuna?—pregunté a mi amigo Roland Lepreux, al verle descender de un auto soberbio, envuelto en un magnífico abrigo de pieles y fumando un habano riquísimo, tres signos evidentes de riqueza.

—Sí, querido—me respondió.—En tres años, y gracias a una teoría que siempre me fué grata: dar parte en los beneficios a cuantas personas están a nuestro servicio. He aplicado este sistema en mi establecimiento, y ya ves el resultado. Yo tengo un auto de cuarenta caballos, y cada uno de mis dependientes uno de cinco.

—¡Magnífico! Pero cuídate, porque tienes muy mala cara.

II

—¡Estás espléndido!—dije un año después a Roland al verle en la calle. Tenía, en efecto, aspecto de hombre que rebosa salud.

—Estoy muy bien, en efecto—me dijo,—y gracias a mi teoría, de que ya te hablé. He hecho un contrato con mi médico. Le pago mil francos mensuales a condición de no estar mal. ¡Figúrate si me cuidará con interés!

—¡Bravo!—le dije.—Tu teoría es maravillosa!

III

—¿Qué tal?—le dije meses más tarde, al verle alegre y satisfecho.—¿Qué de bueno te ocurre ahora?

—Nada, chico; la aplicación de mi teoría: ¡una idea genial! Doy a mi criada cincuenta francos todas las mañanas para los gastos de la casa y repartimos lo que economiza a diario. Una semana con otra venimos a tocar cada uno a cien francos.

Quedé confundido con aquel rasgo de ingenio.

IV

Pero ayer encontré a Roland Lepreux triste, demacradísimo. Parecía un desenterrado.

—¿Qué te ocurre? ¿Y tu teoría?—le pregunté.

—No me hables. ¡Ya pueden venirme con teorías de participación en los beneficios! He estado a punto de morirme. Desde hace algún tiempo venía notando que me encontraba muy débil, y mi médico sostenía que no tenía nada y que me encontraba admirablemente. No podía sospechar lo que me ocurría, y, además, no quería perder sus mil francos mensuales. Hasta que un día sospeché lo que ocurría y acerté. Mi criada, poco a poco, y sin que yo me diese cuenta, me había hecho acostumbrarme a no comer. ¡Como lo oyes! Para tener más beneficios me estaba matando de hambre!

CLAUDE GEVEL.

Flores "baratas" para la solapa

En la última exposición de horticultura celebrada en Westminster (Inglaterra), todos los que acudieron se detenían asombrados para contemplar una orquídea de ocho años que sólo tenía cuatro flores preciosas y rarísimas; pero el asombro se trocaba en espanto al enterarse de que el precio de tal planta era nada menos que de mil y pico de libras esterlinas.

El profano se asombra de esas cifras: no llega a comprender cómo una simple flor pueda alcanzar tan enorme precio.

Ignora cuánta paciencia y cultivos exige una variedad nueva. Desde el instante de la fecundación hasta el día de la floración transcurren siete años, ocho muchas veces.

La menor negligencia, un poco más de sequedad o de humedad, una racha de nieve, destruye en un momento la labor de algunos años. Además, de cada cien flores sólo dos o tres se logran.

El azar interviene aquí como en todas las cosas.

Se cuenta de un orquideófilo que tuvo la suerte de encontrar dos orquídeas salvajes a espaldas de su casa. Habían brotado sobre un montón de basura sin que ningún botánico se explicara su floración en Europa, donde jamás se había señalado la aparición de esta especie.

Existen cazadores de orquídeas que se van por el mundo en busca de especies desconocidas. Y esta casa tiene sus peligros. La expedición que ha explorado las regiones intertropicales se trasladará luego a la helada Siberia.

Desde las Indias a la cordilleras de los Andes ha ido ahora un cazador de orquídeas, arriesgando su vida y su salud por unas florecillas.

No hay, pues, que asombrarse del precio elevado que alcanzan algunas de ellas.

LA SUPERSTICIÓN

Una de las más antiguas y quizá la más importante de todas las emociones humanas, es la que se conoce con el nombre de superstición. Tan antigua como el hombre, aún subsiste en estas épocas de progreso como una afirmación de que, en lo íntimo, el hombre de hoy difiere poco del de las primitivas edades. Hoy día, puede afirmarse así, la superstición es tan grande como en tiempo de los Faraones y de los Césares.

Si contemplamos las representaciones de los salvajes, vemos que se basan en la superstición, y, sin embargo, mueven a risa a aquellos que las contemplan, los cuales, quizá en el fondo, tengan otras supersticiones peores.

Desde el paraguas, que no puede abrirse en lugar cerrado porque ese hecho atrae la desgracia, al terror que infunde la contemplación de mutilados, existe toda una gama demostrativa de cómo el hombre puede estar afligido por esa que podemos llamar enfermedad de la superstición.

Un hombre contempla a un gato negro pasear delante de él; este hecho es seguro que no tenga para la vida de un individuo más trascendencia que el vuelo de una cigüeña, y, no obstante, si algo malo le acaece y se da a caminar por el camino de las sutilezas, no hay duda que surgirá el recuerdo del felino, y el pobre gatito será el autor de la desgracia, y ya cuantas veces contemple un gato negro a su lado, lo considerará como heraldo de la desgracia.

El sexo bello es más supersticioso que el fuerte, y ello es natural, porque la mujer, más de casa que el hombre, tiene más ocasiones de sentirse afectada por las sombras misteriosas, los ruidos raros, los rumore que a ella se le antojarrán de trasgos y que acaso los produzcan insectos como las carcomas... Así, no es extraño que la mujer se aterre al contemplar un espejo roto, la sal desparramada, las tijeras abiertas o el vuelo ruidoso de los molestos moscardones. Estas creencias, aunque difíciles de explicar, son, desgraciadamente, verdaderas.

La superstición no tiene más fundamento que esa tendencia del hombre en creer que algo misterioso rodea su vida y en no dejar en el misterio el curso futuro de su vida. De aquí el incremento que ha tomado en todas partes la afición a la astrología, la quiromancia, etc., y el deeso de consultar a palmistas, echadores de cartas y adivinos.

Y lo más notable es que si se pregunta a uno de esos devotos que van en busca de la revelación por qué lo hacen, por qué se desprenden de dinero para pagar esas prácticas, no saben dar una respuesta categórica, y acaso no sea extraño ver asomar a sus labios la sonrisa de la duda en lo que fueron a buscar como credo de fe.

La astrología, sabido es, los adeptos que en otras épocas tuvo. Antes de conocer los movimientos de las estrellas y planetas, quizá hubiese alguna explicación en esa creencia; pero la gente de hoy, como la del antiguo Egipto cree aún en la suerte que implica el nacer en ciertos días, bajo la influencia de ciertas estrellas, sin comprender que en cada minuto del día cientos de criaturas nacen que después han de llevar vida completamente distinta y cuyos destinos variarán diametralmente unos de otros.

Las palmas de la mano juegan también un papel importante en la creencia de las gentes y se ve en ellas un medio de conocer el destino por las rayas de las mismas. Y no digamos nada de la cartomancia. Unas cartas que al barajarlas coinciden con otras, tienen más elocuencia que un dietario donde el autor haga constar, minuto por minuto, todos los hechos salientes de su vida; hasta tal punto, que ha bastado el salir dos veces una carta de esas que acarrean desgracia, para que algunos individuos hayan intentado quitarse la vida y así eludir la confirmación del presagio.

Otra superstición nueva es la numerología. En esta *ciencia*, los números van unidos a las letras que Al indicarlas, si se equivoca el nomcomponen el nombre del aficionado. bre, esto cararreará desgracia al interesado, mientras que si son los numerales los que se equivocan, el éxito y la fama se pelearán por visitarle.

Para vencer la superstición, es necesaria una autosugestión continuada, la cual nos hará comprender que los fantasmas que creemos tan poderosos sólo son producto de nuestra imaginación y que los acontecimientos que forman nuestra vida no están influenciados por el hecho de que un espejo se canse de prestar servicio o el visitante que a nosotros llegue tenga la desgracia de sufrir alguna mutilación en su cuerpo.

Sobre todo, en los niños hay que evitar esas amenazas del *coco* u otro personaje parecido con que se les obliga a callar y que son como la semilla que ha de arraigar en ellos para que ya no les abandone jamás la superstición, que el llenarles de preocupaciones absurdas, no dejarán al espíritu en la completa libertad que éste necesita en todo momento.

EL BARNIZADO

UN CRITICO.—¿No le parece a usted, querido artista, que habría que dar un poco más de barniz a esa parte de los pies? Así tendrían más brillo los zapatos.

El casco de tres puntas de las mujeres damaras.

Los damaras son un pueblo de hotentotes que viven en la región llamada Damaralandia, en el Africa sudoccidental.

Los batawanas los emplearon como pastores, y hoy poseen rebaños de su exclusiva propiedad.

Los curiosos tocados de sus mujeres nos recuerdan la descripción de Herodoto, de una tribu que vivía a orillas del lago Tritonis, en Libia, cuyas mujeres usaban cascos como los guerreros.

La diosa Athenas, que siempre fué representada con un casco guerrero, estaba estrechamente asociada con las leyendas conocidas acerca del lago.

Cuando muchos años después Cartago fué conquistada por los vándalos, las mujeres cambiaron la moda de sus tocados tradicionales y adoptaron el tipo de tres puntas de los hombres del Norte.

En el mismo período, las mujeres africanas, de quienes se cree descienden los actuales hotentotes de Damaralandia, envidiosas de las largas trenzas de sus hermanas, las mujeres de los vándalos, y en la imposibilidad de lograrlas con su cabello corto y crespo, decidieron adornarse con colas de bueyes.

Cuando Belisario venció a los cartagineses, éstos, que huyeron hacia el Sur, probablemente se mezclaron con los hotentotes de Damaralandia, quienes, al cabo de los siglos, conservan la costumbre femenina del tocado de tres picos de los vándalos.

Al menos, ésta es la hipótesis más aceptable de las que se ha dado para explicar la existencia de tan extraño tocado entre las mujeres de los damaras.

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

Noticias cinematográficas

Augusto Genina triunfa plenamente con "La femme en homme".

Acaba de estrenarse en París una película dirigida por Augusto Genina, uno de los "metteurs en scene" europeos mejor considerados, que ha obtenido la más favorable acogida de parte del público y de la prensa. Titúlase este film "La femme en homme" ("La mujer disfrazada de hombre", literalmente traducido).

Un diario de la importancia de "Le Matin", cuyo crítico cinematográfico M. Jean Prudhomme goza de gran reputación, dice así al hablar de "La femme en homme":

"Esta película es una comedia de una rara fineza, de un gran encanto y, sobre todo, una verdadera obra maestra de "esprit" y de sensibilidad. Augusto Genina puede desde ahora contarse entre los más grandes "metteurs en scene" de estos tiempos. Su técnica segura, la elección de los "interiores", la manera con que hace expresar y moverse a sus intérpretes, le han valido ayer, con ocasión del estreno, el entusiasmo general.

"El argumento es de una trama deliciosa y la historia que nos refiere cautiva desde las primeras escenas y hasta el final resulta difícil al espectador poder sustraerse a esa seducción.

"Ese "quid-pro-quo" de una jovencita que, por circunstancias curiosas, tan pronto aparece disfrazada de hombre, tan pronto en su figura natural, creando situaciones originalísimas, está llevado hábilmente. Hay sorpresas felices, ratos de gran emoción y risa, en pintado lo que hace falta para componer una de las obras más delicadas que hayan aparecido en la pantalla".

Termina diciendo "Le Matin", que la interpretación es perfecta, destacándose Carmen Boni, que encarna la protagonista con una extraordinaria gracia y un "entrain" exhuberantemente juvenil; un papel de anciano humorístico lo desempeña B. Ibáñez—el actor que encarna de manera tan admirable el papel del anciano Bardo Bard en "Romola",—y su trabajo merece los más grandes elogios, lo mismo que todos los demás actores.

LA MANO

Por Guy de Maupassant

Todos se acercaron al señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su opinión respecto del hecho misterioso, del inexplicable crimen que, desde un mes, formaba la preocupación general. Nadie entendía nada.

El señor Bermutier, de pie, dando la espalda a la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las diferentes opiniones; pero no llegaba a conclusión alguna.

Muchas señoras se habían levantado para acercarse más y quedaban de pie, con los ojos fijos en la cara del magistrado que pronunciaba palabras graves. Se estremecían, temblaban por el miedo curioso, por la necesidad de saber que dominaba sus almas, más imperiosa que el hambre.

Una de ellas, más pálida que las otras, rompió el silencio:

—¡Es espantoso! ¡esto es ya sobrenatural! ¡Nunca se sabrá nada!

El magistrado se volvió hacia ella.

—Sí, señora: es muy probable que no se haga la luz. En cuanto a la palabra "sobrenatural" que ha empleado usted, nada tiene que hacer en este caso. Nos hallamos frente a un crimen hábilmente ejecutado y tan bien rodeado de misterio, que no podemos despojarlo de las circunstancias impenetrables que lo envuelven. En otros tiempos, hube de ocuparme de un crimen en el que parecía mezclarse a lo real, algo de fantástico. Debí abandonarlo, por falta de pruebas.

—¡Cuente, cuente usted!—exclamaron varias señoras, casi simultáneamente.

El señor Bermutier sonrió con gravedad, como debe sonreír un juez de instrucción: luego, dijo:

—No crean ustedes que he supuesto, ni por un instante, que hubiera en esta aventura algo de sobrehumano. No creo sino en las cosas naturales. Pero, si en lugar de decir que es "sobrenatural" lo que no comprendemos, le llamáramos "inexplicable", sería mucho mejor. Como quiera que sea, lo que más me conmovió, en el hecho que voy a contar, fueron las circunstancias preparatorias. Las cosas pasaron así:

Era yo entonces juez de instrucción en Córcega, y precisamente en Ajaccio, pequeña ciudad situada en la extremidad de una admirable bahía, rodeada de altas montañas. Lo que tenía que perseguir allá, eran los crímenes provocados por venganza. Los hay dramáticos, feroces, heroicos. Se ven en aquel país las venganzas más extraordinarias que se puedan imaginar: odios seculares, apagados por un momento, pero nunca extinguidos; astucias abominables, asesinatos transformados en carnicerías, y casi diría, acciones heroicas. Había visto degollar a viejos y niños... Mi cabeza estaba llena de estas historias.

Un día llegué a saber que un inglés vivía en una quinta en el fondo de la bahía. Tenía consigo un criado francés, tomado en Marsella cuando pasó por aquella ciudad. Bien pronto se ocuparon de aquel singular individuo que vivía completamente solo en su casa de donde no salía sino para pescar y cazar. No hablaba con nadie, nunca iba a la ciudad, y todas las mañanas se ejercitaba durante una o dos horas en el tiro de pistola o carabina. Se forjaron varias leyendas respecto de él. Se pretendía que era un personaje de alta posición que había huído de su patria por razones políticas. Luego se afirmó que había ido a esconderse allí después de cometer un crimen espantoso. Se citaban a este respecto detalles horripilantes. En mi calidad de juez de instrucción quise estudiar el pasado de aquel hombre. Pero nada pude conseguir. Se hacía llamar Sir John Rowell. Hube de contentarme con hacerlo vigilar de cerca; pero, en realidad, en su modo de vivir, nada había que justificara la menor sospecha.

Sin embargo, aumentaban los decires respecto de él; y esto me indujo a acercarme a aquel extranjero, para lo cual no encontré medio mejor que ir a cazar en los alrededores de su propiedad. La ocasión se hizo esperar bastante. Por fin, se presentó ésta bajo la forma de una perdiz que yo maté, y fué a caer en la quinta del inglés que salió a mi encuentro. Mi perro me la trajo: pero, aprovechando la ocasión favorable, presenté mis disculpas, rogando a Sir John Rowell quisiera aceptar la perdiz. Era un hombre de alta estatura, tenía cabello y barba rojizos, anchas espaldas; era una especie de Hércules. Agradeció vivamente mi delicadeza, hablando francés con marcado acento extranjero. Al cabo de un mes había conversado con él cinco o seis veces.

Una tarde, pasando delante de la verja de la quinta, vi a Sir John Rowell en el jardín, sentado en una silla y fumando tranquilamente una gran pipa. Lo saludé: me invitó a entrar, ofreciéndome una copa de cerveza. No me lo hice repetir. Me recibió con cortesía inglesa, habló con simpatía de Francia, de Córcega, y declaró que quería mucho a este país y su ribera.

Entonces, con grandes precauciones y bajo forma de un vivo interés, le hice una pregunta sobre su vida y sus proyectos. Contestó con franqueza y amabilidad; me dijo que había viajado mucho en Africa, en las Indias, en América, y agregó sonriendo:

—He tenido muchas aventuras, ¡oh, *yes!*

Volví luego a hablar de caza, y él me dió interesantes detalles sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante, y del gorila.

—¡Pero, ¡son todos animales terribles!—dije con un interés siempre creciente.

—¡Oh, no! el más terrible es el hombre.—Y rió a carcajadas, con esa espontaneidad completamente inglesa. — También he cazado al hombre...

Hablamos después de armas, y me invitó a entrar en su casa para mostrarme las que tenía, de varios modelos.

La sala, en la que entré, estaba tapizada con una tela negra con ribetes de oro y grandes flores amarillas que brillaban como fuego en el fondo oscuro.

—Es una tela japonesa—dijo mi acompañante.

Pero en el medio de aquella tela noté una cosa extraña: un objeto cuyo color negro resaltaba sobre el fondo formado por un pequeño cuadrado de terciopelo rojo. Me acerqué. Era una mano; una mano de hombre. No una mano de huesos, de esqueleto, sino una mano negra, seca, con las uñas amarillas, los músculos descubiertos, con manchas de sangre ennegrecida sobre los huesos cortados netamente, como por un golpe de hacha, en medio del antebrazo. Rodeaba la muñeca una enorme cadena de hierro soldada sobre aquel miembro repugnante, y fija en la pared por medio de un anillo muy fuerte capaz de sujetar un elefante.

—¿Qué es eso?—pregunté horrorizado.

El inglés contestó con su flema habitual:

—Fué mi mayor enemigo. Vino de América. Fué cortada con sable, arrancada la piel con la piedra y secada al sol por ocho días. ¡Ah! ¡Muy bueno para mí esto!

Toqué aquel resto humano que debía haber pertenecido a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, ostentaban tendones enormes. Daba miedo el mirar aquella mano; desollada de aquel modo, hacía pensar, naturalmente, en una venganza salvaje.

—¡Este hombre debió de ser muy fuerte!—dije al inglés, quien contestó con toda tranquilidad:

—¡Oh, *yes!* pero yo fuí más fuerte que él. Le puse esta cadena para sujetarlo.

Creí que hablara en broma, y le dije:

—Esta cadena es ahora completamente inútil: la mano no se escapará por cierto.

Contestó Sir John gravemente:

—Quería siempre irse; la cadena fué necesaria...

Lo miré sorprendido, preguntándome si no estaba acaso loco. Pero su cara era impenetrable, tranquila y hasta bondadosa. Hablé de otras cosas y admiré sus armas.

Observé que había tres pistolas cargadas puestas en varios muebles como si aquel hombre temiera alguna sorpresa.

Volví varias veces a su casa. Luego, dejé de visitarlo. Su presencia en la isla era ya una cosa habitual. Se había vuelto indiferente para todos.

Pasó un año. Una mañana, a fines de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora después, entraba yo en la casa del inglés, acompañado por el comisario central y el capitán de gendarmes. Al entrar vi al criado que lloraba desesperadamente. Mi primera sospecha cayó en

TRANSITO

Sé firme en tu fe, corazón mío, que ya amanecerá.

La semilla de la promesa está en lo hondo de la tierra, y brotará un día.

Como un capullo, el sueño abrirá su corazón a la luz, y hallará su voz el silencio.

¡Ya viene el día en que tu carga se ha de volver tu regalo, en que tu martirio te irá abrumando la senda!

Recoge del polvo esta vida mía; ponla bajo tus ojos, en la palma de tu mano.

¡Alzala a la luz, escóndela en la sombra de la muerte; aguárdala en el joyero de la noche, con tus estrellas; y, a la mañana, que se encuentre a sí misma, entre las flores que abren para adorarte!

¡Alégrate, que ya saltaron las cadenas de la noche, que se han disipado ya los sueños!

Tu palabra ha rasgado sus velos, y están abiertos los capullos de la mañana; despierta tú, el que duermes!

¡La salve de la luz se dilata de este a oeste; y en las torres de la prisión en ruinas, se levantan los cántaros de la victoria!

Cuando se cierra el mercado, y todos vuelven, ante el crepúsculo, a sus casas, me siento al camino a verte pasar en tu barca, que va cruzando el agua oscura, con el rayo del poniente en la vela.

Miro tu figura silenciosa de pie en el timón; y de repente, cojo tus ojos mirándome. Y dejo de cantar, y te llamo, que me lleves a la otra orilla.

RABINDRANATH TAGORE.

él: pero era inocente. Nunca pudo descubrirse al verdadero culpable.

Entrando en la sala de Sir John, llamó en seguida mi atención el cadáver, que estaba de espalda en el suelo. El saco y el chaleco, hechos jirones, revelaban una lucha terrible. En inglés había muerto estrangulado. Su cara estaba hinchada y negra, y conservaba la expresión de un gran espanto; tenía, entre sus dientes apretados, algo que no se podía distinguir; el cuello estaba perforado por cinco agujeros que parecían hechos con puntas de hierro, de los que había emanado abundante sangre.

Llegó un médico. Examinó detenidamente los rastros de los dedos en la carne, y pronunció estas extrañas palabras:

—Se diría que ha sido estrangulado por un esqueleto.

Un calofrío me corrió por todo el cuerpo, y dirigí la mirada hacia la pared, al lugar donde había visto la horrible mano desollada. Ya no estaba allí. La cadena colgaba rota. Me incliné sobre el muerto, y vi en su boca contraída un dedo de aquella mano, cortado, o mejor dicho, serrado con los dientes, precisamente en la segunda falange. Se hicieron las diligencias legales. No se descubrió nada. Ninguna puerta, ventana ni mueble, habían sido violentados. Los dos perros que estaban de guardia en la casa no se habían despertado. La declaración del criado fué, en pocas palabras, la siguiente:

Hacía un mes, que su amo parecía agitado. Había recibido muchas cartas que quemaba sin leerlas. A veces, tomando un látigo, presa de una cólera que casi rayaba en delirio, había fustigado con furor aquella mano seca, clavada en la pared, y desaparecida en la hora del crimen, sin que se supiera de qué manera.

Se acostaba tarde y cerraba con mucho cuidado las puertas. Tenía siempre armas a su alcance. Durante la noche, hablaba en voz alta como si disputara con alguien. Aquella noche, el criado no había sentido ruido alguno; y sólo al abrir las ventanas de la sala se dió cuenta del crimen de que había sido víctima su amo.

No se podía sospechar de nadie.

Comuniqué lo que sabía del muerto a los magistrados y a los oficiales de la fuerza pública, y se hicieron minuciosas investigaciones en toda la isla. Nada se descubrió.

Una noche, tres meses después del hecho, sufrí una espantosa pesadilla. Me pareció ver la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o una araña, por las cortinas y paredes de mi aposento. Tres veces me desperté, tres veces volví a dormir; por tres veces vi aquel horrible resto humano dar vueltas por la estancia, encogiendo los dedos como ganchos.

Al día siguiente me llevaron la mano; había sido hallada en el cementerio, sobre la tumba de Sir John Rowell, enterrado allí por no haberse podido descubrir su familia. Faltaba el dedo índice.

Esta es, mis buenas señoras, la historia. No puedo decirles más.

Las señoras estaban pálidas, temblaban; una de ellas gritó:

—¡Pero esto no puede concluir así! ¡Debe haber una explicación! No nos acostaremos sin que usted nos diga cómo, a su juicio, pueda haber sucedido el hecho.

El magistrado sonrió con gravedad.

—¡Oh! Haré desvanecer vuestros sueños terribles. Pienso sencillamente que el legítimo propietario de la mano no había muerto y que fué a buscarlo con la que le quedaba. Pero, cómo haya podido hacerlo, no lo sé explicar. Es una venganza.

Una de las señoras murmuró:

—No, no puede ser así.

Y el juez de instrucción, sonriendo siempre, concluyó:

—¡No les dije a ustedes que mi explicación no sería de su agrado!

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 135 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla
Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6897

Dr. A. R. Zambrini
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oidos del Hospital San Roque
Asistente a la clinica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Circulo de La Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5728, Juncal

La penetrante vista de las aves

¿Habéis tenido ocasión de observar cómo caza una lechuza? Su vuelo es rápido y silencioso, por la peculiar estructura de las plumas de las alas, cubiertas de una aterciopelada pelusa, para que el roce no produca el más leve ruido. Que así ha de ser cuando el ave cazadora ha de buscar la presa en medio de la oscuridad. Es un vuelo característico el de la lechuza — unos cuantos aleteos vigorosos y un prolongado avance "planeado", — que termina con un rápido descenso, aunque no siempre para hacer presa. Mientras está posada en tierra, la lechuza mueve incesantemente el cuello, y con tal facilidad, que casi llega a trazar un círculo con la cabeza, sin que a la penetrante mirada escape ni aun la más pequeña bestezuela que pueda ser víctima de la voracidad del ave, que, de no poseer una gran agudeza de visión, no podría divisar, por ejemplo, desde cierta altura y entre las tinieblas, como ya dejamos indicado, un ratoncillo que se desliza raudo por entre la hierba. Además, esos ojos enfocan perfectamente, ya que el ave se arroja sobre la presa con la rapidez de una flecha, y jamás yerra el golpe.

En la lechuza, como en el águila y como en otras muchas especies de pájaros, el ojo va provisto de una membrana transparente que pasa de continuo sobre el globo del ojo. De esa membrana hay vestigios en el ojo humano y en el de otros mamíferos, entre los que, por cierto, no figura la ballena. También existe en el ojo del cocodrilo el vestigio de esa membrana, que sirve para limpiar la superficie del ojo, para lo cual está provista de un flúido acuoso que le presta la glándula lagrimal, flúido que pasa luego a la cavidad nasal.

Fácil es la observación de que en los pájaros, o en la mayoría de ellos, sólo es movible el párpado inferior, que en no pocas especies de aves se halla reforzado por una placa tendinosa, grande en el avestruz y en las aves de presa, y que no poseen los papagayos ni otros pájaros.

Hay una estructura de ojos peculiar de los pájaros y de algunos reptiles, y consiste en una serie de láminas superpuestas desde la entrada del nervio óptico a la cámara del ojo, láminas cuyo número varía en las distintas especies de aves que la poseen. Así, hay pájaros que no tienen más que tres de esas láminas en el órgano visual, y el de otros está provisto de treinta. Parece que esas láminas alimentan el humor vítreo, que éste es el nombre del flúido que llena la cámara posterior del ojo.

Lo mismo que en el ojo humano, en el de las aves, la parte más sensible es una ligera depresión en la pared interna de la cámara y exactamente opuesta a la pupila. Muchos pájaros tienen dos depresiones, una para la visión monocular y otra para la binocular. El vencejo y la golondrina tienen tres depresiones de esa clase. Pero éstas no bastan para la visión; hace falta también un mecanismo focal, que en las águilas y lechuzas está constituído por las láminas óseas superpuestas, y que, mediante impulso muscular, pueden producir la contracción y aumentar, por tanto, la convexidad de la superficie del globo del ojo, superficie que vuelve a aplanarse tan pronto como cesa la presión de aquellas láminas. Y ese es el mecanismo que permite al pájaro disponer rápidamente su visión para percibir los objetos próximos y lejanos, y de ahí que puedan distinguir hasta un pequeño insecto que se mueve entre la hierba.

La visión humana y la del pájaro son iguales en lo concerniente al límite amarillo del espectro; pero no llega la del ave al otro límite representado por el azul violeta, es decir, que el ave no percibe ni el violeta ni el azul.

En cuanto al color del iris en el pájaro puede ser verde esmeralda, amarillo brillante, anaranjado, carmín, azul pálido casi negro, y hasta se da el caso de que sea blanco, como en el grajo.

Es de advertir también que los ojos de no pocas especies ornitológicas cambian de color cuando el pájaro llega a la edad adulta. Así, el colimbo, de gran cresta, tiene el iris de color amarillo pálido en la primera época de su vida, y se torna luego carmín, alteración cromática que no influye lo más mínimo en la visión.

He aquí, a grandes rasgos, las principales diferencias entre el ojo humano y el de los pájaros, a los que artificialmente disputamos las dos ventajas representadas por el vuelo y por la agudeza de la visión, sin que logremos vencerles en este aspecto, ya que éstos tienen visión más penetrante y de más potencia que nosotros.

Un buho gigante

De tiempo en tiempo se presentan casos en las especies animales que alteran por completo los tamaños que de las mismas se da en la Historia Natural.

Recientemente, en ocasión que se hallaba trabajando en su taller de Londres el obrero M. Squires, se presentó de improviso en la estancia un buho de proporciones gigantescas, de la variedad llamada "Gran Duque".

El obrero, espantado, vió cómo el animal se arrojaba sobre él e intentaba saltarle los ojos. Penosamente y como pudo, se defendió de las acometidas del ave, y después de una lucha terrible, logró dar muerte al animal.

Examinado el buho, se vió que era un ejemplar de un grandor inusitado, pues media 1 metro 30 de envergadura.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

MENINA

La conocí en mis tiempos de loca fantasía
sobre el tablado sucio de aquel "café-concert"...
¡Carne de maravilla que se desvanecía
en las fétidas brumas del vicio y del placer...!

Flotaba en su mirada taciturna tristeza...
Ponía en sus canciones una extraña emoción,
y en sus gestos se hallaba mezclado a su [impureza
un "no sé qué" de imperio, de alcurnia y de [blasón...

Tendría, más o menos, veinte años. Y era [hermosa.
—belleza de mulata, rara y excepcional—
Su cutis, terciopelo ligeramente rosa.
Su andar, un movimiento flexible de juncal...

Al tacto de los hombres tornábase una brasa
y al besar succionaba, su beso, el corazón,
y un viento de lujuria, que entorpece y arrasa
era su aliento cálido, trémulo de pasión.

A veces deambulaba como una cosa inerte
por entre las penumbras del sordo cafetín
presa de las toxinas que hilvanaban su muerte
con lentitud pasmosa:—"Mozo, mais Gin... [mais Gin..."

Y entonces, sollozando, frente a su vida trunca,
frente a ese hondo martirio que en vano podía [ahogar...
—"¡A vida e uma carga que nao termina nunca
e eu quero,—nos decía—as pennas disipar!"

Pasadas las borrascas que el alcohol producía
tornaba, nuevamente, flexible hacia el placer,
mas era su caricia seca, brutal y fría.
¡En un extraño fuego su alma se daba a arder!

Odiaba y parecía que en el odiar hallara
dicha para su sorda y esquiva soledad.
Que por cada caricia de hielo recobrara
de época lejana, virtud, felicidad...

Y un día, no la vieron ya más sobre el tinglado
sordo, sucio y hediondo de aquel "café-concert"
los visionarios ojos, del navegante osado,
que adoraba a esa carne de vicio y de placer.

¿Bajo qué cielo extraño, Menina brasileña,
descansará tu cuerpo? ¿Envuelto por qué tul
reposará tu carne lujuriosa y trigueña...
tu cabecita inquieta de un negro casi azul...?

No sé; pero hoy me llega tu sopor de tristeza
vibrando en estas horas de profunda emoción
unida a aquel resabio de alcurnia y de nobleza
que, sin querer, ponías sobre cada canción.

José A. Ferraté Acosta.

LA TRISTEZA DE INES

Tenía el alma triste como una obsesionada,
su goce fué tan vago que, sin darse, ni dar,
un día, hace ya mucho, la paloma inviolada
se alejó, cual un barco que se pierde en el mar...

Pero siempre a mis ruegos mi infortunio decía:
—"la esperanza compensa tus angustias, y el [mal
que hoy te devora se aplacará algún día;
¡y un día harás un verso con rimas de cristal!"

Forjé en la noche bruna mis ensueños, y al par
que su alma obsesionada vagaba sobre el mar
lloré por la asechanza que nos llevaba en pos;

pero esa ya inquietante noche de amor tan triste
su alma apasionada—si es que el alma existe—,
se alejó de su espíritu con un golpe de tos...

Galo Arg. Zaragoza.

INCLEMENCIAS DE INVIERNO

Cubre a mis sierras lívido paisaje;
el cielo frío con mirada aleve
sus faldas viste de escarchado traje
o copos blancos que se llaman nieve.

Los mustios prados y árboles sin hojas
proclaman del invierno los rigores;
en la vejez retoñan las congojas
y el ave ya no canta sus amores.

Si el meteoro acuoso del espacio
con linfa helada los poblados baña,
cobíjase el magnate en su palacio
y el pobre busca abrigo en su cabaña.

Mas para tregua dar a tal desmayo,
Febo en las nubes muestra los reflejos
y entre las gotas con su tenue rayo
dibuja un arco iris a lo lejos.

Ceferino Buonanotte.

EPITALAMIO

De fiesta están los tronos de Himeneo,
de fiesta el corazón, de fiesta todas
las liras siempre mágicas de Orfeo
vibrando en la feliz noche de bodas.

Está Venus en ella con su encanto
rodeada de las tres divinas gracias,
y Eurídice que amó al cantor de Tracia
como no hubo mujer que amara tanto.

Y está presente un alma en esta fiesta
que os ofrenda sus loas gentilmente
y os desea en su canto de juglar,

que el fuego que encendió la diosa Vesta
no se extinga jamás, y eternamente
feliz sea la vida en vuestro hogar.

Víctor J. Muschietti.

TRISTEZA

Tú quieres que yo diga lo que siento
sin saber, que el dolor mi llanto ahoga,
porque la fuerza ignota del destino
hoy me llenó de sombras...

Sin embargo, la fuerza que me queda
ante la ingrata suerte marcha a solas;
para lograr los fines que tú quieras
tal vez las fuerzas sobran...

Pero deja pasar estos instantes
que, respetando el temporal mi choza,
para contarte lo que siento,
ya llegarán las horas.

José Juan Bianchi.

YO TE QUIERO ASI...

Yo te quiero así, cual eres
Bella, suave, pequeñita;
Te quiero porque me quieres
Y eres así, tan buenita;
Con tu boquita de grana
Y tus cabellos castaños
Con tus ojos de gitana
Tan luminosos y extraños;
Con tus mimos, tus antojos
Con tus celos infundados;
Tus ternezas, tus enojos,
Tus besos apasionados!
Con tus frases ora graves,
Ora infantiles, o amantes
Con tus caricias tan suaves
Y otras veces, torturantes.
Con tus breves manos blancas
Y tu cuerpo en floración;
Con tus risas siempre francas
Que alegran el corazón.
Y en fin, yo te quiero así
Como te conozco y eres;
Te quiero con frenesí,
Te quiero, porque me quieres!

Domingo F. Arietti.

¡MIRAME!

Para FRAY MOCHO.

Crepúsculo rojo... cánticos de aves...
solloza la tarde sus últimas notas
como una arpa lírica, tañida en los suaves
sombríos harenes de tierras remotas.

Solloza, muy lenta, de rumores llena
con esa modorra tibia y saturada...
bella, cual encantos de una novia buena,
que espera, amorosa, la tierna llegada.

¡Mírame! Yo quiero que irradie la luna!
...transportar mi espíritu hacia lo sublime...
en heroico arranque, disipar la bruma,
de este mar de ideas que mi mente oprime!

¡Mírame! Te pido, quiero verte triste,
tú eres eternal, puedes sí, alegrarte...
Mas yo, siento que la muerte insiste...
de ti me despido; tengo que dejarte!

María Teresa Seara.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12 — U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . „ 5.00	Semestre . „ 6.00	Semestre „ „ 4.00
Año . . . „ 9.00	Año . . . „ 11.00	Año . . . „ „ 8.00
N.° suelto . 20 cts.	N.° suelto . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico	„ „	„ 6.—	1.50

La locura del fuego

Por Francisco Caravaca

—¿Me hace usted el favor de darme fuego?—me dijo aquella mañana mi compañero de oficina Alejandro Month, o, por mejor decir, "el silencioso", como nosotros solíamos llamarle de continuo, pues mi camarada era de una parquedad de palabras verdaderamente espartana.

—¡Con mucho gusto!—le respondí.—Ahí, encima de la mesa, tiene usted la caja de fósforos.

—¡Oh, muchas gracias!—me dijo con su marcado acento alemán.

—¡Muchas gracias!... Yo preferiría que usted encendiese su cigarrillo, que también está apagado, y que después me diese fuego...

—¡Caramba, qué raro!—exclamé sorprendido de esta excentricidad de Alejandro Month.—¿Qué más da que encienda usted primero?... ¿Es galantería, señor Month?...

Mi compañero sonrió con aquella su imperceptible sonrisa de tristeza, y moviendo su rubia y pelada cabeza, respondió:

—¡Oh, sí, una galantería que usted se merece!

Lentamente cogí la caja de cerillas que había sobre la mesa, y sin apartar la mirada del rostro de mi camarada encendí el cigarrillo compendiosamente. En su rostro, de continuo inalterable hasta para las mayores jocosidades que se nos ocurrían contar en la oficina en los ratos de ocio, que eran los más, noté una ligera contracción de disgusto, de enojo, algo así como la visión de un enemigo, de algo molesto, de un recuerdo penoso, recóndito... ¡Qué extraño!...

Le ofrecí después mi cigarrillo, y Alejandro aplicólo al suyo y lo encendió. Después me dió las gracias con la exquisita cortesía de siempre, y se sentó a su mesa, poniéndose a trabajar activamente. Así permanecía todas las horas de oficina, ajeno a cuanto se dijese en torno suyo. Por esta razón le llamábamos "el silencioso". Sólo de tarde en tarde interrumpía su trabajo, sacaba su petaca y liaba un pitillo. Esto muy rara vez al día: dos o tres a lo sumo. Nunca tenía cerillas. Usaba de continuo un encendedor de yesca, y cuando se le había olvidado se lamentaba lo más escuetamente posible del olvido, y se dirigía a cualquiera de los compañeros que tuviese el cigarrillo encendido. Nunca encendía por su propia mano una cerilla. Indudablemente, en esta rareza suya había algún misterio. No sé por qué tuve la evidencia de que existía este misterio, y me propuse desentrañarlo lo más hábilmente.

La tarea era harto difícil de sí. Alejandro Month regateaba sus palabras de un modo avaro y tenaz. No era hombre fácilmente abordable. No obstante, acuciado por la curiosidad, el mayor de todos mis habituales defectos, aguardé un momento que me pareció propicio, y, amistosamente, le interrogué:

—Dígame, señor Month: yo no le he visto jamás encender una cerilla... ¿A qué obedece esto? Tendría curiosidad por saberlo...

—¡Ah, muy sencillo!—me respondió.

—¿Muy sencillo? Veamos. ¿Por qué?

—Naturalmente, porque no la he encendido...

—Bien; es cierto. Pero ¿a qué obedece esa aversión suya por las cerillas? Yo quisiera saber...

—¡Es usted muy curioso!—dijo Alejandro sonriendo algo irónico.

—Perfectamente — le respondí tenaz; — pero ya le he dicho de antemano que sentía una viva curiosidad; es más, un gran interés. Presumo que hay algo de misterio, de profundamente terrible en esa repulsión suya por los fósforos...

Alejandro se puso repentinamente grave, taciturno, triste... Durante unos momentos guardó silencio, mirándome fijamente.

—Bien; va usted a conocer el secreto de mi vida, mi gran tragedia... En Leipzig, hace ya doce años, vivía yo en la compañía de mi esposa, Gretchen... Yo la amaba profundamente, y era feliz a su lado... Era muy hermosa mi mujer: rubia, muy rubia, de ojos azules y profundos... ¡Oh, muy hermosa!... Yo salía todas las tardes, después de comer, para ir a la cervecería de Hans Schaffer, donde solíamos reunirnos algunos amigos para pasar el rato y jugar una partida de *whist*... Yo era poco afortunado en el juego, y esto no puede hacerle suponer a usted que fuese afortunado en amores... No; ya verá usted como no... Yo perdía, perdía siempre, aunque en pequeñas cantidades. Nunca había ocurrido que perdiese hasta el extremo de tener que ir a casa a buscar dinero. Pero aquella tarde yo perdía de un modo desesperante, y seguía jugando. Se hizo de noche, y seguía jugando. No fuí a cenar. Siempre jugando... y siempre perdiendo... Cuando abandonamos la hostería de Hans eran lo menos las doce. A esta hora yo nunca había regresado a mi casa. Salía después de cenar, y casi siempre volvía a la una y media o las dos. Pero la noche aquella lo había perdido todo, todo; me dolía mucho la cabeza...

El crítico (al autor).—Me parece muy bien. Ahora, que yo haría que se suicidara el protagonista de un tiro mejor que con un veneno.
El autor.—¿Por qué?
El crítico.—Para que así se despertara el público y se enterara de que había terminado el espectáculo.

Me marché a mi casa. Subí la escalera, y al llegar al primer piso metí la llave en la cerradura y entré. El pasillo estaba a oscuras, y no sé por qué, tal vez porque me sabía la casa de memoria, no se me ocurrió encender la luz del pasillo, sino que a tientas llegué hasta el cuarto de Gretchen... ¡Dios mío! Dentro del cuarto de mi esposa oí la voz de un hombre... ¡Me engañaba en mi propia casa!...

Y queriendo sorprenderlos di un fuerte empujón a la puerta y vi a mi esposa, a mi Gretchen, en brazos de un desconocido.

Lo que pasó después sólo lo sé por referencias, pues yo perdí la razón, vino la policía y se me trasladó a un manicomio.

Al principio mi locura fué furiosa; el recuerdo de la infidelidad de Gretchen me exacerbaba. Pero después se transformó en una locura apacible, dulce, melancólica... Sin embargo, un día mi locura sufrió un nuevo cambio. Como ya no era el loco furioso de los primeros tiempos, en la casa de salud se me permitían ciertas libertades, entre ellas la de fumar.

Pues bien; encendiendo un día mi cigarrillo, absorto en mis elucubraciones quiméricas de demente, vi aparecer ante mí la figura de mi esposa llorando, arrepentida de sus impurezas... Yo la miraba estúpidamente, y la cerilla, encendida, permanecía entre mis dedos... Seguía mirándola sin comprender, y de pronto dí un grito de dolor... ¡La cerilla me había quemado la punta de los dedos!...

Desde entonces fué horroroso, horroroso... Experimentaba un morboso placer en encender cerillas continuamente, en seguir con la mirada de avidez de un chiquillo el descenso de la llama hasta mis dedos y en quemármelos horriblemente, lanzando grandes alaridos de dolor... ¡Era horrendo, amigo mío, horrendo!

Llegué a carbonizarme por completo de un modo despiadado las yemas de los dedos, y el director del manicomio hubo de prohibir severamente que se me diese una cerilla.

Gretchen huyó a Francia. Yo permanecí en la casa aquella durante más de cinco años...

Cada vez que venía una visita a verme, yo, en mi monomanía, seguía pidiendo una cerilla con lágrimas en los ojos e ira en el alma idiotizada.

Después sané. Salí de la casa aquella..., y desde entonces... no he vuelto a encender una cerilla. ¡Fué la locura del fuego!...

Quien quisiera...

extinguir las pasiones en el hombre, le convertiría en un tronco, en una piedra; así, no se corrige el mundo, sino que se le destruye. El verdadero arte consiste en apaciguar los efectos nocivos y en despertar los útiles.

METASTASIO.

Un héroe de la botánica

Nada tan desconcertante como la afirmación de que la Botánica puede ser una escuela de heroísmo si se considera tal ciencia sólo en el aspecto que nos es familiar. Porque al decir "Botánica" imaginamos en seguida al sabio en un paciente recorrido por bosques y colinas, dedicado a la búsqueda de plantas que habrán de enriquecer su herbario, y esa figura del investigador pacífico no puede inspirar en nosotros el más leve entusiasmo. Pero también puede aplicarse la actividad a la Botánica de un modo distinto y cuya descripción resulta emocionante.

La narración de algunos episodios en los que han figurado como protagonistas prestigiosos botánicos, podría constituir una verdadera novela de aventuras.

Citemos entre esos exploradores de la flora a Wilson Popenoe, que ha recorrido a pie gran parte de la América Central en busca de un árbol frutal determinado; a Rock, que ha efectuado un viaje de 10.000 kilómetros por el Asia tropical para recoger en una selva de Birmania algunas semillas de una planta medicinal que se creía en aquel país, y en fin, a Frank V. Meyer, en cuyas científicas andanzas nos vamos a ocupar con cierta extensión.

Los tres mencionados botánicos han pertenecido a la organización creada por el Ministerio de Agricultura norteamericano para investigar por tdos los parajes del globo la existencia de plantas nuevas. Con unos nueve millones de kilómetros cuadrados de superficie—casi la de Europa,—los Estados Unidos de América tienen diversidad de climas, que se prestan a los más variados cultivos. Desde hace medio siglo se realiza allí el esfuerzo necesario para dotar al inmenso territorio de plantas verdaderamente útiles. Pero entre los vegetales se registran casos análogos a los que se dan cuando se trata de la fauna; esto es, que no pocas especies se rebelan contra la expatriación, aunque el trasplante se haga a un medio aparentemente idéntico al de procedencia.

Las simientes y los retoños que recogen los botánicos del servicio de referencia se depositan en un negociado técnico, que los distribuye según su origen. Así, por ejemplo, una planta oriunda de la Indochina se expide a una estación experimental de la Florida, donde ese vegetal halla casi el equivalente del calor húmedo de su suelo natal.

Expuestos tales antecedentes, digamos algo acerca de la vida profesional de Frank V. Meyer.

Hijo de un horticultor holandés, prestó servicio en el Jardín Zoológico de Amsterdam; marchó después a América del Norte, trabajó allí en varios establecimientos y por último ingresó en la organización especial del Ministerio de Agricultura, donde pronto llamó la atención de sus superiores, no sólo por sus conocimientos científicos que poseía, sino por su entusiamo profesional y su resistencia física, todo lo cual indujo a los jefes de Meyer a comisionarle para la investigación de plantas nuevas en el interior de China.

Marchó allá el botánico, en octubre de 1905, y permaneció en aquel país por espacio de tres años. En Pekín frecuentó los mercados de barrio, y tan pronto como atraía su atención alguna fruta desconocida, seguía pacientemente al vendedor cuando éste regresaba al campo, y de ese modo averiguaba el entusiasta botánico qué árbol producía aquella fruta. De esta manera descubrió el "tamopán", árbol que da frutos deliciosos.

Cierta mañana, paseaba por las calles de la capital, cuando se cruzó con un vendedor que llevaba en un canasto unos melocotones de enorme tamaño. Se acercó Meyer al portador de aquella mercancía y le expresó el deseo de comprarla. Pero los hermosos melocotones habían sido adquiridos por un mandarín, y el que transportaba el canasto resistió a todas las tentaciones. Mas el botánico logró enterarse de que los melocotones de referencia procedían de una alhehuela situada en la provincia de Chang-tung. Marchó el investigador a aquella localidad, pero no consiguió que le vendieran melocotones, porque los labriegos tuvieron instintiva desconfianza hacia aquel extranjero, de quien llegaron a temer que se propusiera hacerles la competencia en la explotación de aquellas frutas, tan estimadas en todo el país. No tuvo Meyer más remedio que comprar una huerta, y desde esa posesión hizo trasplantar los árboles a los Estados Unidos, donde se aclimataron sin dificultad en la zona del Sudoeste.

Tras de haber realizado otros descubrimientos de importancia, y luego de haber descansado un año en Wáshington, salió Meyer para el Turkestán chino, y luego fué a Tibet, donde, en el curso de una expedición, le abandonaron todos sus acompañantes, temerosos de caer en poder de los soldados del gran Lama y ser condenados a muerte. Meyer fué hecho prisionero por los soldados chinos, que le tomaron por un espía, y se disponían a fusilarlo, cuando le salvó un mandarín que conocía al botánico y estaba enterado de su misión en aquel país.

Por última vez fué a China en [illegible] y prisionero en varias ocasiones de los bandos revolucionarios, murió de un modo misterioso, ya que hasta ahora no se ha podido precisar si fué asesinado o se ahogó en un río de impetuosa corriente, conforme a la versión de un indígena a quien utilizaba como guía el malogrado botánico, que, en medio de las apuntadas vicisitudes, llevó a cabo importantísimos descubrimientos.

Química industrial.- Análisis cualitativo del agua.

Prácticamente, todas las aguas contienen en disolución sales diversas, que conviene determinar en muchas ocasiones, como, por ejemplo, si se trata de alimentar una caldera y se desean evitar las incrustaciones. Las sales que se presentan con más frecuencia son: carbonato cálcico, sulfato de cal (yeso), carbonato de magnesia y sulfato de magnesia. El carbonato de cal se disuelve en el agua en presencia del anhídrido carbónico, que ésta siempre contiene en disolución.

Para realizar un análisis cualitativo del agua se precisa el material siguiente:

Un frasco de 250 gramos con solución alcohólica de jabón.

Un frasco de 50 gramos con agua de cal.

Un frasco de 50 gramos con cloruro de bario.

Un frasco de 50 gramos con cloruro amónico.

Un frasco de 50 gramos con ácido clorhídrico.

Un frasco de 50 gramos con ácido nítrico.

Un frasco de 50 gramos con carbonato amónico cristalizado.

Un frasco de 25 gramos con fosfato sódico cristalizado.

Tiras de papel tornasol rojo.

Tiras de papel tornasol azul.

Una pequeña lámpara de alcohol.

Una escobilla para limpiar tubos de ensayo.

Unas pinzas para coger tubos de ensayo.

Seis tubos de ensayo.

Un frasco de 100 gramos de cristal blanco y con fondo plano.

Una gradilla para colocar tubos de ensayo.

Todo este material se puede encontrar en cualquier droguería. La solución de jabón puede prepararse colocando en un frasco algunos pedacitos de jabón blanco y vertiendo alcohol encima de ellos. Se tapa la botella y se guarda durante varios días agitándola tantas veces como sea posible, hasta que se disuelva todo el jabón. Si hay exceso de alcohol, se añaden nuevos pedazos de jabón, o viceversa. El agua de cal se prepara apagando en un plato grande, con la mitad de su peso de agua destilada, una pequeña cantidad de cal acabada de cocer. Esta cal se pone en un frasco con agua destilada fría, y se agita de cuando en cuando. Después se decanta el líquido claro y se guarda éste en una botella bien tapada. No sería difícil conseguir del droguero a quien se compre el material restante, que prepare el agua de cal y la solución de jabón. Una vez preparado todo esto, ya se puede proceder al análisis. El agua que se desea analizar se puede recober en cualquier botella bien limpia.

Dureza del agua. — Echense en un tubo de ensayo unos dos centímetros de solución de jabón y añádanse sólo tres o cuatro gotas del agua que se analiza. Si la solución se pone lechosa o con coágulos, el agua es dura, o sea que contiene abundantes sales en disolución.

Alcalinidad o acidez del agua. — Llénese con el agua hasta la mitad un tubo de ensayo; introdúzcase en el agua una tira de papel tornasol rojo: si se pone azul, el agua no es alcalina. Introdúzcase luego una tira de papel tornasol azul: si se pone rojo el agua no es ácida.

Carbonato de cal. — Echense en un tubo de ensayo unos dos centímetros del agua, y añádase otro tanto de agua de cal; si existe carbonato de cal, el agua se pone lechosa, y añadiendo un poco de ácido clorhídrico vuelve a aclararse.

Sulfato de cal.—Echense en un tubo de ensayo unos cuatro centímetros del agua y añádase un poco de cloruro de bario: si se forma un precipitado blanco, que desaparece al añadir ácido nítrico, el agua tiene sulfato de cal.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de

FRAY MOCHO

Bolivar, 879 **Buenos Aires**

DRAMA

Personajes en acción:
mi amor inmenso, la ingrata
y la duda que me mata.
El teatro: mi corazón.
Al descorrerse el telón
este amor tan bien sentido
lucha en vano, decidido,
contra el mundo y su falacia.
Argumento: mi desgracia
y desenlace: el olvido.

C. A. Rodriguez.

El colmo del robo

Quizás no haya caso más raro en los anales del arte de robar que el realizado por una escuadrilla de ladrones en Alemania, hace poco tiempo. Por increíble que parezca, los tales ladrones robaron una casa de tres pisos.

La casa en cuestión había sido legada en un testamento a un señor de Berlín, pero cuando fué a verla no encontró más que el solar.

Las investigaciones llevadas a cabo pusieron en claro el asunto. Un ladrón listo y provisto de documentos falsos obtuvo el necesario permiso de las autoridades para efectuar el derribo de la finca, y ayudado por algunos compañeros y personal que ignoraba a quién pertenecía la casa, la derribó y se llevó todos los materiales, sin dejar ni un ladrillo a su legítimo propietario.

PAPEL Y TINTA

«Pitangas y Sina Sina», por María Teresa L. de Sáenz. - Montevideo.

En estos tiempos que surgen tantos "poetas" ultraístas y modernistas, con bagajes de versos raros y de metáforas extravagantes, un libro del estilo de este que termina de publicar la señora de Sáenz, tan puramente vivido y de un sabor tan nuestro, resulta algo extraño.

Indudablemente, en todos los órdenes de la vida hay una renovación que impera; las costumbres de ayer quedan completamente olvidadas y en arte es lo mismo; ahora el futurismo, con sus profetas, quiere también levantar su vuelo, aunque éste se pierda en su iniciación y no prospere.

El libro de la señora de Sáenz es un reflejo de la vida campera; poemas que nos hablan y nos conmueven, porque encarnan un recuerdo, una tradición.

Leyendo estas poesías se piensa en el gaucho que en lejanos tiempos cruzó la soledad de nuestras pampas, en su indómito caballo, en dirección al rancho de barro y paja, oculto entre los viejos sauces, acariciado por algún riacho murmurador.

En moldes clásicos y armoniosos, encierra la poetisa su emoción. Quizá sus versos no marquen asuntos nuevos para los que gustan de los exotismos, pero, con un trato cercano al alma, la señora de Sáenz da a sus temas un relieve propio, haciéndonos vivir horas agrestes, con olor a selva y a río; horas pasadas, cuando el modernismo imperante no había quitado la nota clásica de nuestras costumbres.

Tiene en su libro trabajos dignos de citarse, como "Campera", "Recelo" y "Crepúsculo". También unifica a sus poemas algunas décimas de la misma índole, las cuales con su acabado brillante, hacen resaltar las cualidades de su autora para este género poético.

"Pitangas y Sina-Sina" es un buen libro, fresco y puramente criollo.

Damos a continuación unas cuartetas, así puede el lector percatarse de sus cántigas:

"Quiero un ranchito sobre la loma
con sus paredes de barro y ramas
y que en sus puertas tenga cortinas
de madreselvas y de retamas.
Un arroyuelo que manso corra
entre los sauces y los juncales,
y que acaricie con su corriente
las margaritas y gramillares".

La señora de Sáenz es madre de la autora de "La almohada de los sueños", Raquel Sáenz, honda y sentimental poetisa.

F. B. V.

«Mundial Música»

Hemos recibido el último número de esta celebrada publicación, precioso album de admirable presentación, conteniendo seis obras para piano, de música frívola con o sin letra, de las de mayor éxito y actualidad. De cada album también publícase un suplemento para violín, violoncello y contrabajo, muy propio para cines, cabarets, balnearios, dancings, etc., etc.

"Mundial Música" realiza además un esfuerzo enorme en precios, ya que ofrece excepcionalmente hasta el 15 de septiembre una magnífica "Biblioteca Musical", compuesta de nueve tomos lujosamente encuadernados, con más de 2000 páginas, conteniendo 631 obras musicales de todos géneros, al inconcebible precio de pesetas 6.50 cada tomo, que envía franco de embalaje, portes y certificado. De este modo el público sólo abona escasamente el costo de la encuadernación.

Para formarse idea de ello, baste decir que el tomo VI, por ejemplo, contiene entre otras muchísimas composiciones de mérito, los "Cuadros de la Exposición", de Mussorgsky; los "Valses", de Schubert, revisados por Wanda Landowska; "Valencianes", y dos marchas españolas de Salvador Martí; "De Huelva", de Romero. Estas obras, sueltas en otras ediciones, cuestan 22 pesetas; pues con unas cincuenta obras más, forman el tomo de referencia. Como se ve, resulta una edición de baratura increíble.

Para más detalles diríjanse a "Mundial Música", Conquista, 5, Valencia (España).

Catálogo de plantas

El Ministerio de Agricultura de la Nación acaba de editar un Catálogo General de plantas, estacas y semillas de frutales, forestales, de adorno, industriales, etc., disponibles para la venta en las escuelas, chacras y viveros de este departamento.

Las personas que tengan interés en recibir dicho interesante y útil folleto, pueden solicitar su envío por carta dirigida al señor Adrián Patroni, jefe de propaganda del Ministerio de Agricultura, Paseo Colón 974, Buenos Aires.

Noticias literarias

Está imprimiéndose, editado por la Cooperativa Editorial Buenos Aires, un nuevo libro de nuestro distinguido colaborador, señor Fermín Estrella Gutiérrez, poeta que, como se recordará, fué uno de los premiados en el concurso municipal de 1924. La nueva obra del señor Estrella Gutiérrez, es una colección de interesantes cuentos y llevará por título *"La ofrenda"*.

Hemos recibido:

"Rosas y Lavalle", por Julio A. Costa. — Edición L. J. Rosso y Cía. — Buenos Aires, 1926.

"El gaucho y el llanero", por José E. Machado. — Edición Vargas. — Caracas, 1926.

"Carnegie Endowement For International Peace". — Número 14. — Wáshington, 1925.

"El arte y la literatura en Cuba". — *Biblioteca del Club Cubano de Bellas Artes*. — Tomo 1. — Habana, 1925.

"Guía Comercial del Ferrocarril Oeste de Buenos Aires". — 17.a edición, 1926.

"Boletín de la Unión Panamericana". — Julio de 1926. — Wáshington.

Extinción del fuego por medio del humo

Se ensaya actualmente en los Estados Unidos un nuevo procedimiento para extinguir el fuego. Consiste en ahogar las llamas por medio del humo, cuya eficacia depende de la forma en que se establezca su contacto con el fuego, sobre el que ha de caer el humo precisamente en una sucesión de aros, y la persistencia de la acción de esos anillos gaseosos no necesita ser muy prolongada para extinguir las llamaradas.

Para practicar ese procedimiento, se ha ideado una especie de mortero, en cuyo interior se produce el humo por medio de cartuchos que contienen pólvora solamente, humo que es lanzado en anillos a través de un corto cañón, unido al cuerpo esférico que sirve de depósito, y en el que se producen las explosiones y con ellas el humo. El aparato, colocado en un "chassis", puede ser rápidamente transportado al lugar del siniestro.

Las pruebas realizadas en el local de una revista científica norteamericana, han dado resultados satisfactorios. Consistieron en llenar de humo un depósito de latón provisto de una abertura circular, y dar golpes en la superficie opuesta a aquélla donde se había practicado la abertura por la que se desprendían los aros de humo, que apagaban la luz de una bujía colocada a la distancia de unos cuantos metros.

El original procedimiento de extinción está llamando poderosamente la atención y, actualmente, prosiguen con actividad los ensayos del aparato.

BRIDKA.....

Por Oscar R. Olmos

Los ojos de Kali despedían llamas... Los rojos rubíes que sirviéndole de pupilas, giraban dentro de sus órbitas de nácar, lanzaban dardos de fuego, que atravesando los bosques, las montañas y los mares, iban a perderse en las regiones desconocidas, desde donde Brahma regía los destinos humanos...

Poco a poco, Kali bajaba sus rojos rubíes, y después de dejar vagar la mirada por la semioscuridad de la pagoda, clavábalos en la vestal que arrodillada a sus pies, mantenía siempre viva la llamita azul del homenaje divino.

Bridka, la vestal, la pura virgen pálida, que guardaba su tesoro más preciado, como tributo al Supremo Poder, se extremeció toda, cual la blanca flor del loto entre los juncos, cuando el escozor más vivo de su pecho, le indicaba que la mirada de Kalí, escrutaba, vigilante, hasta el rincón más oscuro de su alma...

¿Por qué temblaba Bridka, la pálida vestal, la nívea servidora de la pagoda blanca? ¿Por qué su pecho se agitaba ansioso ante el acerado mirar de los ojos de la Diosa? ¿Tendría acaso una mancha que empañase el terso cristal de su pureza?...

* * *

Irauni, el más bello entre los hombres del sunderbund, el hijo predilecto del faquir Akoo, se encontraba noche a noche al pie de la oculta pagoda; envuelto por el abrazo enorme de la Luna, su figura se rodeaba de un nimbo inmenso, cual si fuera un ciclópeo semi-dios, surgido de las ignotas regiones de la nada, para robar a Bridka el hermoso tesoro de su pureza.

Y en lo más alto de la marmórea torre, recostado su rostro en el plateado disco, flotaba al viento la rubia cabellera de la vestal divina...

* * *

Una noche, turbó el silencio sagrado del dormido santuario, el murmullo apagado de anhelosa conversación; el sonido contenido de lavios que se unen y el latir ferviente de dos cuerpos que se enlazan y que se ligan...

* * *

Cuando el nuevo día extendió su túnica dorada sobre las aguas fangosas del sunderbund; cuando los rayos rubios cual el cabello ensortijado de Bridka, rompíanse en miriadas de chispas multicolores contra el pulido mármol de la pagoda; cuando la claridad, vaga al principio, descorrió el velo de sombras que en el interior reinaba, se descorrió la cortina que ocultaba a los ojos del mundo, la mano justiciera del poderoso Brahma...

* * *

Allí, sobre el albo pavimento de la pagoda blanca, a los pies mismos de Kali, yacían en apretado abrazo, Irauni, el bello tugh, y Bridka, la vestal, la nívea virgen de cabellos rubios; y sus labios se habían unido, para lanzar dentro de un solo suspiro, la esencia de dos almas...

Y los rojos rubíes que servían de ojos a la diosa, lanzaban rayos, pareciendo querer escaparse de sus cárceles de nácar.

Así guardaba Brahma sus tesoros...

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

TEMPORAL DE ESTRENOS

De todas partes del planeta llegan noticias de desastres y calamidades por conturbaciones meteorológicas y sísmicas, como si la tierra cruelmente flagelada por los elementos, retorciera sus anchas espaldas esquivando el castigo. Las catástrofes se suceden en todos los órdenes ininterrumpidamente y parece que el mundo, senil y agotado, no tiene ya fuerzas para resistir sus futuras renovaciones.

En nuestro teatro se ha desencadenado también un furioso temporal, que viene a ser el reflejo de los trastornos geológicos a que aludimos. Desde luego, se trata de fenómenos superficiales, que agitan y conmueven únicamente las carteleras, sin llegar a influir ni a rozar siquiera el alma del teatro, todavía en la pureza de su santa y virginal ignorancia pristina. Las catástrofes, desastres y demás episodios entre los que de tarde en tarde puede registrarse un apacible arco-iris y con muy buena voluntad alguna que otra frustrada aurora boreal, responden a diversas fuerzas pero siempre revisten la monótona forma que en la meteorología teatral se denomina estreno. El cronista ha aguantado con estoica virilidad el desencadenamiento de la bárbara tormenta que parece haber ya pasado. Quedó sobrecogido y extenuado. Bajo esta penosa impresión, pasa a dar cuenta de los perjuicios y desperfectos ocasionados al teatro, a consecuencia de los últimos estrenos.

"LOS TRES AMANTES", de Guillermo Zorzi, en el LICEO

La compañía del Liceo, que viene representando con éxito algunas piezas extranjeras, presentó en escena últimamente "I tre amanti", de Guillermo Zorzi, pieza que ya conocíamos en su versión original. La obra de Zorzi fué muy bien interpretada por Blanca Podestá y los suyos, que dan a las interesantes situaciones del drama toda la fuerza emotiva y toda la vehemencia pasional de sus personajes llenos de vida. La traducción ha sido correcta.

Seguramente la pieza perdurará en el cartel, y si no es así, será de lamentar, porque las obras de esta calidad debieran prolongar su existencia en la escena, siquiera para evitar ciertos estrenos que no sólo ofrecen el inconveniente del hecho en sí, sino que se prenden y no hay modo de sacarlos.

ESTRENOS EN EL SARMIENTO

El teatro Sarmiento ha sido uno de los más castigados por el último temporal. Hasta el momento de escribir estas líneas se registraban dos estrenos: "El error del sabio", de Folco Testena y González Castillo, y "El valet de corazón", de J. Rodríguez Bustamante.

"El error del sabio", es más bien "El error de dos autores". Dos firmas tan prestigiosas como Folco Testena y González Castillo, se han lanzado a la peligrosa aventura de un drama científico y hay que lamentar no solamente la equivocación de haber elegido un tema tan poco simpático, sino también la de no haber acertado en su ejecución. Encarado el asunto en otra forma y resuelto por otros medios, es posible que la pieza hubiese tenido otro resultado. Así, no convence ni emociona a nadie. Por más esfuerzos que hicieron los actores, no lograron darle vida ni imponer en ningún momento el sentido hondamente patético que los autores trataron de imprimirle. Puede quedar la obra como ensayo poco afortunado y curiosidad pseudo científica para los aficionados a los experimentos psicopáticos.

En cuanto a "El valet de corazón", es una pieza sin pretensiones científicas. Con un asunto, realmente muy gastado, casi folletinesco pero de folletín sentimental, Rodríguez Bustamante ha compuesto una obrita amable, que entretiene discretamente por la forma amena en que está contemplado y desarrollado el asunto.

Se trata de un falso mucamo que enamora a la señorita de la casa y descubre al final su condición aristocrática que lo lleva al dulce connubio con la damita. La cosa en verdad no tiene gracia, pues lo difícil e interesante es que se hubiese casado con ella conservando su apariencia de criado y que hubiese revelado la verdad después de consumado el matrimonio. Con todo, como decimos, la intriga está bien llevada y satisface al poco exigente público de nuestras salas. La interpretación que dió a esta pieza la compañía Sarmiento resultó muy eficaz, especialmente por parte de Carmen Lemus que debutaba en este teatro en reemplazo de Fanny Brena.

"LA MUJER DE CHAPELGORRIA", de Ricardo Hicken y Francisco Payá, en el NUEVO.

No es posible imaginar que los autores de esta pieza se hayan propuesto otra cosa al escribirla, que proporcionar a Roberto Casaux el modo de lucir sus habilidades de maquietista. El talentoso actor, no precisa más que un pequeño margen de interés en la pieza para realizar una labor escénica admirable, que pueda anotarse como un gran éxito. La poca fortuna que había tenido en esta temporada, se quebró con "Judío", que llegó y pasó el centenar de representaciones y ahora continúa la buena racha con esta producción que, malgrado sus truculencias y recursos, no carece de ingenio y gracia en las situaciones, poniendo Casaux todo lo demás con holgura. En "La mujer de Chapelgorría", crea un tipo de vasco realmente admirable y que mantiene a la sala en perpetua hilaridad. Pierina Dealessi encarna un papel cómico de mucha eficacia. Los demás elementos del conjunto contribuyeron en la medida necesaria para dar a este estreno las características de un éxito bien definido.

"LA LEY DE LA VIDA", de Aurelio del Hebrón, en el ATENEO.

Historia de una mujer vulgar cuya única misión en la vida es proporcionarse los deleites del amor sexual, primero con el marido y después con un amante: así puede sintetizarse esta obra. Todo gira en torno de este pobre asunto en el que la pobreza psicológica de la protagonista irradia en todo lo que la rodea. Sin acción, sin altura, sin interés, "La ley de la vida", reproduce un concepto falso acerca del predominio del instinto erótico sobre toda otra facultad humana, con una apariencia de fatalismo que no está, afortunadamente, en la vida, como ley sino como excepción. No puede negarse que está correctamente escrita, aunque no bellamente y a pesar de cierta habilidad técnica, resulta pesada y monótona. La labor de Camila Quiroga, Milagros de la Vega y Consuelo Abad, así como la de Bouhier, Perelli y Scarsella, salvó a la pieza de una mala aventura. La presentación escénica tan lujosa y cuidada como de costumbre, detalle interesante que viene cuidando la empresa, dándose cuenta de la importancia de este factor.

"GORRIONES" FUE MUY APLAUDIDO en el BUENOS AIRES, AL ESTRENARLA MUIÑO.

La nueva pieza de Oscar R. Beltrán, autor que de un par de años a esta parte ha concentrado toda su actividad literaria en el teatro, acusa un nuevo progreso en el arte de hilvanar escenas, ya que casi sin argumento, sin asunto puede decirse, logra mantener el interés del público durante más de una hora. Esto sólo se logra en el teatro cuando se ha dominado la técnica y se tiene plena seguridad de lo que llega y lo que no llega al auditorio, suprema dificultad para el hacedor de comedias.

En nuestro teatro de género chico, casi toda la producción está encaminada a distraer al público, a divertirlo con escenas amenas y situaciones hilarantes. Claro que los medios que usan unos y otros autores no son idénticos. Los más, apelan a toda clase de recursos, extorsionando el idioma, después de extorsionar los gestos y ademanes. Beltrán es masurado, discreto y es así cómo en "Gorriones", su último trabajo escénico, con personajes que se prestan para toda clase de abusos teatrales, se mantiene en una posición equidistante de la gracia de buena ley y de la otra.

Con tipos que él mismo llevó al teatro en "Los caballeros del caño", si la memoria no nos es infiel, sainete en colaboración con Alberto Ballestero, estrenado en el Maipo en la temporada de Morganti, ahora ha vuelto a infundir aliento a unos sujetos asaz pintorescos y desenvueltos, de palabra fácil y graciosa, consiguiendo un buen éxito de hilaridad, no sin dejar en algún momento de emocionar al público, mediante la nota sentimental hábilmente mezclada con los elementos cómicos, que abundan en la pieza.

Muiño, a cargo del más simpático "atorrante" de la grey de vagabundos, realiza una de sus más acabadas interpretaciones, teniendo a su lado a la señora Conti, que también se destaca en su papel, lo mismo que los actores Bono y Blanco.

El público aplaudió mucho el final de "Gorriones"; llamó a escena al autor y le obligó a usar de la palabra, oportunidad que aprovechó Beltrán para ofrecer los aplausos a los escritores españoles huéspedes en la Argentina, Martínez Sierra y García Sanchiz, quienes hablaron con elogio de nuestro teatro.

"VIVA LA REVISTA", de Cayol, Cairo y De Bassi, en el MAIPO.

Una nueva revista en el Maipo, es siempre un nuevo éxito. Dentro de las características del género y con los elementos con que cuenta este teatro, los autores de la casa componen nuevos cuadros, de más o menos mérito artístico, pero que siempre llena su finalidad de agradar y entretener, ya que no con recursos extraordinarios de ingenio, por lo menos por la fastuosidad de la presentación, la acertada labor de los artistas y el tono distinguido y agradable que en toda pieza se mantiene. En resumen, un éxito análogo a los anteriores, que hará que esta revista mantenga la tradición de este teatro como el primero en su género.

"MAMITA SE QUIERE CASAR", de Eliseo Gutiérrez, en el SMART.

El teatro de los Ratti se caracteriza por su repertorio de piezas dulzonas y sin sabor fuerte, como para paladares poco experimentados en las delicias de los alimentos fuertes. Sin conflictos graves, sin personajes raros, sin frases de enjundia, sin escenas originales, con elementos archiconocidos y dentro de la más estricta vulgaridad, esta clase de obras que hacen reir merced al trabajo de los cómicos, son el plato obligado de ese público de burguesitas que tanto se complace con la labor de los hermanos Ratti. No hay otra cosa que decir de la última pieza estrenada. Llena su cometido y nada más. Los actores divierten al público y eso es todo.

SAN MARTIN

Continúan con éxito las representaciones a precios populares en el San Martín. La revista "Hasta el San Martín no para", últimamente estrenada, confirmó en sucesivas representaciones la buena acogida que le dispensó el público.

SE ESTRENO EN EL APOLO "HA ENTRADO UN LADRON"

La nueva producción del fecundo autor don Julio F. Escobar, recientemente dada a conocer en el Apolo por la compañía Arata - Morganti, ha sido concebida y realizada con la pericia de un escritor avezado en lides de teatro, cual es el autor de esta comedia. De suerte que, gracias a la habilidad del comediógrafo, el público pone de lado la sustancia y verosimilitud del tema, para seguir con creciente interés la forma en que se va desarrollando la trama, un tanto novelesca, acaso con algo de cinematográfica, pero atrayente.

Explota Escobar un asunto viejo, pero siempre simpático al público y que el mismo autor ha utilizado en otras piezas, como el del delincuente que resulta después un tipo digno, noble y caballeresco. Un ladrón elegante, a punto de apoderarse de un collar de perlas de una niña, revela ante la dueña de la joya la excelencia de sus sentimientos y, buen psicólogo femenino, llega a hacérsele extremadamente simpático, tanto que si la comedia tuviera un acto más, es casi seguro que le veríamos desposado con su presunta víctima.

Tal como lo hemos relatado en pocas palabras, claro que "Ha entrado un ladrón" no es una obra trascendental ni mucho menos, pero no puede negarse que está hábilmente construída y que tiene pasajes de mucha eficacia teatral.

Morganti, en el papel de protagonista; Arata, en el de un personaje cómico y las actrices Emma Bernal y Berta Gangloff en los principales roles femeninos, conquistaron aplausos del público, el que también celebró al autor.

LLEGARON JOSE GOMEZ Y LOS ESPECTROS

En el cartel del Marconi vuelve a brillar Ibsen. La noticia no es de hoy, pero es siempre de actualidad impresionante, como el salvamento de nuestros aviadores por el "caboclo" Cardoso.

José Gómez, después de sembrar tristezas por todo el norte de la república, ha resuelto reanudar en la sala de Miguelito las representaciones de "Los espectros", esto es, localizar en la capital, por algún tiempo, su campo de acción fúnebre. Hará llorar cincuenta o cien noches en el Marconi. ¡Qué pena!...

NUEVO DOMICILIO

La compañía Juárez - Sanjuán, que tan exitosa actuación viene obteniendo en el Mayo, se traslada al Comedia.

El discretísimo conjunto español que encabezan figuras tan estimadas como Rogelio Juárez y Julio Sanjuán, le ocurre como a todas las empresas felices. Llega un momento en que la necesidad de expansión determina la mudanza a un local más amplio y no decimos ventilado porque no estamos en verano.

En el Mayo ya no cabía toda la gente que quiere ver los espectáculos y el traslado se impone.

Coincidirá con la reaparición de la compañía en la Comedia, el estreno de "María Fernández", que no es el nombre de una fámula, sino el título de una comedia de Muñoz Seca. El hecho ocurrirá esta noche.

BOUREL, EL REVISTERO

Entregado por entero al batacláu, el autor César Bourel que con Mario Bellini y Raúl Doblas sostiene con ambos brazos el pabellón revisteril en el Florida, sueña con elucubraciones bataclánicas en toda hora. Algunos de esos sueños se convierten en realidades, como ha ocurrido con "La revista picaresca", que acaba de estrenarse en la coquetona salita del pasaje Güemes.

Necesitamos unos días de reposo para comentarla, pues nuestras retinas están aún impresionadas de tanta visión bataclánica...

EN EL NACIONAL, RIEN, RIEN, RIEN...

No es una risa de la naturaleza de la de la marquesa Eulalia, ciertamente, pues el público del Nacional difiere bastante en su psicología de la heroína de Darío, que posiblemente huiría despavorida de la sala de Carcavallo... Tampoco la culpa es de los autores criollos si no se escriben madrigales escénicos, ya que es casi seguro que si en la catedral del género chico se ofreciera algo parecido, se apuntaría la empresa su primer desacierto y el público saldría desconcertado, aburrido y furibundo.

La culpa es de la época en que vivimos, de sensualidad triunfante, de torpeza artística axiomática, de estolidez espiritual y otras bellezas por el estilo.

Los profesionales del teatro, en todo tiempo, han servido los gustos del público, son esclavos de los actores, de las empresas y del público. Por eso, el autor más solicitado es el que mayores éxitos de taquilla proporciona, prescindiendo de todo lo demás.

En el Nacional, quizás con más justeza que en otras salas, cuidan mucho los factores determinantes de los éxitos y es así que rara vez yerran. Una prueba más la está dando el último estreno "Ya se acabaron los criollos", que provoca carcajadas a granel.

PARRA, MUCHACHO FEO

Al popular bufo le faltaba encarnar un personaje que entre otras excelencias tuviera el prestigio de su fealdad y la oportunidad le vino de perlas con una comedia del autor y periodista brasileño, doctor Pablo Magalhaes, de visita actualmente en nuestro país.

A estas horas nuestro público conoce el trabajo escénico del nombrado escritor, pues su estreno ocurrió a tiempo de cerrarse esta edición.

Esperamos, pues, referirnos a "Aventuras de un muchacho feo", que tal es el título de la comedia, en nuestro próximo número.

PAONESSA

El jueves 22, el conocido y estimado primer actor José A. Paonessa, quien al frente de la compañía "Ciudad de Buenos Aires" realiza una jira artística con sostenido éxito, efectuará su función de honor en el teatro Colón de Mar del Plata, ciudad donde viene actuando hace más de un mes. La misma noche será también la "serata d'onore" de la primera actriz, señora Antonia P. de Ispizúa, que se viene destacando por sus grandes dotes artísticas.

GRAN SPLENDID

El último estreno notable, "Madame Sans Géne", por Gloria Swanson, determin un gran lleno en esta grandiosa sala, que atrae a las familias más calificadas de Buenos Aires.

Otros extraordinarios trabajos cinematográficos prepara para ofrecer en breve la empresa de este cine, cuya temporada es una de las mejores de los últimos años. Recordamos que los martes y viernes las veladas son de moda.

CINE PARK

En la semana anterior, las funciones de este prestigioso cine de Palermo han congregado crecida cantidad de público, hecho que ha de repetirse en la que se inicia, a juzgar por el interés del programa que ha formulado la empresa, en el que se incluyen películas de gran lujo y atrayente argumento.

En esta sala se dan siempre las últimas novedades en materia cinematográfica.

Últimas creaciones de la moda femenina

1. Traje muy fácil de vestir, compuesto de un sweater de crespón de China marina y de una falda de crespón estampado rojo y amarillo sobre azul.—2. Sobre un traje de crespón Majunga negro, con volante doble pisado, viene puesta una casaca sin mangas, de crespón de China estampado en los tonos rojo antiguo y beige.—3. Trajecito de crespón de China negro finamente plisado y con ranuras. Adorno de hilos de oro.—4. Trajecito de crespón de China azul "hierba doncella", recortado y plisado.—5. Sombrero muy adornado, con copa de paja muy fina y faja con flores de terciopelo. La faja se levanta a un costado para descubrir la cara armoniosamente.—6. Elegantísimo sombrero para ceremonia, en crepé de China, faja cortada atrás y copa completamente cubierta de flores de terciopelo.

Como las flores cultivadas con esmero conservan por mas tiempo su frescura y su aroma, así el cutis se mantendrá terso y diáfano, lozano y fragante, si es protegido por el uso de estos exquisitos polvos:

La Hora Deliciosa

Polvo de arroz, finisimo de fragancia sutil y penetrante.

Polvo Cielito Mío

Semigraseoso, una feliz combinación en cuanto a polvo y perfume.

Polvo Graseoso Leichner

Permanece delicadamente adherido al rostro, dándole un aterciopelado encantador.

Tall. Grae A. Garcia & Cia - Patagones 2490
INDUSTRIA ARGENTINA